

EMILIO ORTIZ

*La vida con un
perro es más feliz*



Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

PRESENTACIÓN

SERES EXTRAORDINARIOS

1. LA AMISTAD SEGÚN TANA

Agresivos, pocos; traidores, ninguno; y amigos, todos

Intercambio de intereses. Los principios de una gran amistad

Cada vez más lejos del lobo, cada vez más cerca del hombre

Poco a poco

Los tiempos de la compañía

Un simple acompañante que terminará por ser el mejor amigo

Uno más de la familia

Cuestión de tiempo

2. LA INTELIGENCIA CANINA SEGÚN SARI

El cerebro del perro, una realidad científica apasionante

La inteligencia de los perros en la filosofía

Distintos tipos de inteligencia

Razas de perro e inteligencia funcional

La inteligencia emocional en los perros

Asombrosa fidelidad canina

Conclusiones sobre la inteligencia

3. LOS DERECHOS SEGÚN HUGO

¿Y por qué ellos?

Derecho canino

La defensa organizada del derecho animal

Organizaciones de defensa de los animales en España

Ni maltrato ni abandono; él nunca lo haría

Cientos de casos, lamentables desenlaces

La convivencia en espacios públicos

4. LAS MANÍAS SEGÚN CHOCOLATE

Las suyas

Las nuestras

Las de ambos

5. EL ADIESTRAMIENTO SEGÚN SANDY

Aspectos básicos del adiestramiento canino

Convivir con un perro, un antídoto contra la soledad

El perro y el niño

6. LA VIDA Y EL TRABAJO SEGÚN JAZZ

Héroes caninos

Perros de asistencia

Perros de alerta médica

Perros para catástrofes y seguridad

EPÍLOGO

La vida con un perro es más feliz

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

EMILIO ORTIZ

LA VIDA CON UN PERRO ES MÁS FELIZ

,

Emilio Ortiz, autor de la novela de éxito *A través de mis pequeños ojos*, nos sorprende con este libro en el que los perros toman la palabra para contar sus experiencias y su relación con los humanos.

La vida con un perro es más feliz te ayudará a comprender mejor a tu más fiel amigo; a conocer cómo funciona su cerebro para interpretar sus emociones y manías; a entender qué esconde tras esa mirada llena de ternura, inteligencia y devoción y a descubrir lo fascinante que es la convivencia con él.

Un extraordinario relato, imprescindible para los amantes de los animales.

A mi madre, Pilar Pulido Cordero.
A los que luchan por los que no tienen voz.

PRESENTACIÓN

Me llamo Emilio Ortiz y soy escritor. Nací en Barakaldo en 1974. De 1993 a 2016 trabajé para la ONCE como vendedor de sus productos de juegos de azar. Soy licenciado en Historia y siempre me ha gustado escribir, sin embargo, el pudor y la vergüenza me impedían que lo hiciera. Fueron dos premios literarios de relatos lo que me animó a publicar mi primera novela en 2016 basada en la vida de Cross, un perro guía.

Conocer a Spock, que es como se llama el mío, me cambió la vida para siempre. Gracias a su ternura, su picardía, su generosidad, su gran sentido del humor, el cariño que es capaz de dar y su entrega pudo ver la luz *A través de mis pequeños ojos* y dedicarme desde entonces a lo que más me gustaba: escribir.

No es ni mucho menos el plano profesional el único que Spock ha modificado en mí. Yo antes respetaba a los animales, pero no eran mi predilección. Me resultaban en cierto modo indiferentes. Pero desde que entró en mi vida —o yo en la de él— colaboro con distintas asociaciones, lucho contra el abandono, el maltrato animal, contra su consumo y explotación y por supuesto, soy antitaurino y condeno cualquier mal llamado festejo o espectáculo en el que se utilicen animales. Por todo esto, en ocasiones he recibido mensajes anónimos en los que se me decía que la utilización de un perro guía es una sobreexplotación del animal porque va en contra de su desarrollo natural. Si tomamos esto como cierto, podemos incluir también a todos —y digo todos— los perros domésticos. No es «natural» tener uno entre cuatro paredes, atarlo con una correa, no dejarle comer lo que quiera —sea basura o veneno—.

Como digo, Spock me cambió la vida.

SERES EXTRAORDINARIOS

Sí, ese animal que tal vez ahora mismo esté tumbado en el suelo cerca de ti es, sin duda, un ser extraordinario. Un husky siberiano, un golden retriever, un pastor belga, un san bernardo, un caniche, un labrador, un braco de Weimar, un mestizo o un ratonero; da lo mismo, a todos los perros les envuelve un halo de misteriosa candidez.

Mientras lees estas líneas es posible que te observe jadeante. Detén un momento la lectura y analiza esa mirada —o recuérdala, si no le tienes delante—. Seguro que eres incapaz de describir con una sola palabra lo que significa esa forma de mirar de tu amigo peludo. Pero no es solo eso. Ni con mil palabras serías capaz probablemente de describirla; ni con un libro entero, ni tan siquiera con una enciclopedia dedicada ex profeso a la mirada de los perros.

Que no puedas explicar las emociones que te despiertan sus ojos cuando se clavan en los tuyos no quiere decir que no estés capacitado para hacerlo, tan solo que es un sentimiento inexplicable. Si dices que cuando te mira atisbas ternura, inteligencia, devoción, admiración o amor no yerras en absoluto, pero por más palabras que añadas, siempre, siempre, sentirás que te quedas corto, pues supera lo racional, y te lo dice alguien que no puede ver la mirada del suyo, pero que la siente en lo más profundo de su ser.

A veces creerás que tu perro quisiera contarte cosas y que no puede hacerlo dado que no utilizáis el mismo lenguaje. En buena parte esto es cierto. Date cuenta sin ir más lejos cuando necesita agua y tú no te has percatado de ello. Lloriquea, se mueve a un lado y a otro, y se desespera hasta que comprendes lo que quiere decirte, y enseguida menea alegre la cola mientras llenas su tazón de agua limpia. Sin embargo, esta ausencia de un lenguaje intrínsecamente común, solo se echa en falta cuando las necesidades

demandadas son materiales. Porque ni a ti ni a él os hace falta pertenecer a la misma especie animal, tener la misma morfología o un lenguaje único para expresaros vuestros mutuos sentimientos.

Como decía al principio de esta introducción el perro es un ser extraordinario. Ya lo era en sus orígenes cuando hace más de cien mil años sus antecesores apenas tenían relación con los nuestros. Sin duda alguna, el hombre ha contribuido y mucho a la evolución cognitiva e incluso sentimental del perro, pero tenemos que ser conscientes de que ha ocurrido lo mismo al contrario.

Es probable que la primera mirada que se cruzaron aquel hombre primitivo y el cánido salvaje tuviera bastante de desconfianza mutua, pero casi seguro que en instantes, ambos fueron conscientes del futuro que les quedaba a las dos especies por descubrir.

Si tienes cerca a tu perro, acarícialo y mírale fijamente a los ojos, nota en el tacto de tus dedos como fluyen las decenas de miles de años que nuestras especies llevan con mayor o menor fortuna hermanadas y siente en su mirada cómo se encierra en ella el universo entero. Él sentirá exactamente lo mismo que tú.

1

LA AMISTAD SEGÚN TANA

El mejor amigo del hombre. Decís esto y, vosotros, los humanos, os quedáis tan anchos. ¿Acaso sabéis de verdad qué significa eso de la amistad? Amigos, amiguetes y amigotes, esas son vuestras distinciones.

Nosotros, los peludos, vivimos en manada —manada espontánea y coyuntural en estos tiempos que corren—. Si estamos en un parque o en el campo y conocemos a uno o a varios de nuestros semejantes, lo único que hacemos es comprobar que este o estos no sean violentos; nada más. Y en caso de que sea buena gente —perdón, buenos perrunos— nos hacemos amigos de inmediato, sin preguntas, juicios ni desconfianzas. A correr, a jugar, a olisquearnos y, si es necesario, a echarnos unos chorretes los unos a los otros.

Pero vosotros, ¿qué hacéis? No, este no, que no va vestido como a mí me gusta; la otra tampoco que parece una estirada; aquel menos que es de otra raza, otra cultura u otra lengua, y, total, para no entendernos, paso. Me quedo en casa machacando mis huesos en el sofá.

¿Cuántos amigos de verdad, de verdad, tenéis? ¿Uno o dos? A veces, ni siquiera. Cuando habláis de nosotros utilizáis el término «amigos», así, sin más, sin preguntar nuestra opinión, sin despeinaros. No conozco a nadie que diga que su perro es un amigote o un amiguete, por algo será.

Soy Tana, una hembra bóxer de dos años y tengo muchos amigos, más que amigas. No me llevo mal casi con ninguna perra, pero no creáis que todas terminan de aceptarme. No sé qué se creen, si, además, estoy operada y a mí eso del sexo no me va demasiado, y mucho menos en grupo. Pero, bueno, de todo hay incluso en el mundo perruno.

Mis amistades suelen durar entre cinco segundos —lo justo para olisquearse un poco; en ocasiones no nos da tiempo ni a llegar al trasero— y meses, o años o toda una vida. Este tipo de amistades —en realidad, todas las amistades— y su duración nunca dependen de mí. Por desgracia dependen de mi dueño y de lo que a él le apetezca hacer. En resumidas cuentas: la amistad entre perro y humano consiste en que nosotros les debemos lealtad, obediencia y sumisión, y nuestros amos a cambio de esto hacen lo que les da la gana. Claro, el mejor amigo del hombre, nos ha *fastidiado*, así cualquiera.

Que sí, que vale, que lo reconozco, que Julio me quiere un montón. Que si ay, mi feota; ay, mi morrete; ay, mi princesa bonita —en qué quedamos, ¿feota o bonita? Aclárate, majo—.

Él debe de tener unos veinticinco años de humano, vivimos solos en un pequeño apartamento de una ciudad muy ruidosa que huele a humo de coche y poco más. Salvo los fines de semana que me saca a correr al campo —tras montar en el maldito coche donde tengo que ir atada y donde siempre vomito—, el resto de los días me saca por la mañana a hacer mis cosas a una ridícula porcioncilla de tierra que hay debajo de casa. Luego, cuando regresa por la noche, un pis de nuevo y lo que surja.

Pero antes de bajar menuda bienvenida le doy al señorito. Voy y le recibo con todo tipo de parabienes. Que si le traigo un juguete, un cojín, una zapatilla, el mando de la tele o la revista que tengo ya baboseada. Y él a veces no es capaz ni tan siquiera de ponerme buena cara.

Antes de cenar —él, por su puesto. Yo hago una comida al día por la mañana y sanseacabó— le gusta ver la tele un rato, y tomar una cerveza y una bolsa de patatas fritas. Yo suelo estar tumbada a su lado en el sofá mientras él está sentado. Voy arrimando el hocico poco a poco a la bolsa —«No, no feota, esto no, que no es bueno para ti»—. Qué curioso, como si para él fuese eso un plato de inofensivas y nutritivas acelgas, no te digo. Aunque he de reconocer que en ocasiones me da alguna y en otras se las robo cuando se queda medio frito o se levanta a por otra cerveza, que una cosa es ser la mejor amiga del hombre y otra es ser idiota.

AGRESIVOS, POCOS; TRAIADORES, NINGUNO; Y AMIGOS, TODOS

Probablemente Tana tenga razón en lo de las relaciones amistosas entre humanos, y entre perros y humanos. Nos creemos tan perfectos o tan susceptibles de llegar a serlo que vivimos la amistad como si de un aprendizaje se tratara. En pocas palabras: pretendemos aprender el arte de las relaciones sociales al margen de la familia de modo planificado. Los grupos de amigos vendrían a ser nuestra «manada espontánea y coyuntural», que diría Tana.

Nadie de nuestra especie puede ser un amigo incondicional entregado al cien por cien todo el tiempo con otro semejante. ¿El problema? Que somos seres racionales. Ni siquiera en esto podemos echarle la culpa al sistema social, político o económico.

En el Imperio romano, en la antigua Grecia, en el nazismo, fascismo, capitalismo... y en todos los posibles «ismos» ha habido traiciones históricas entre amigos pertenecientes a la especie humana, acabadas muchas de ellas de forma trágica —muerte por envenenamiento, estrangulamiento, etc.—. La codicia, la envidia, los celos, el odio o el ansia de poder suelen estar detrás de estas traiciones, las cuales no tienen por qué terminar siempre con la peor de las consecuencias: la muerte.

En todos los ámbitos sociales encontramos amigos que se traicionan entre sí —por cierto, que no siempre el sujeto traicionado se entera de ello—. Tendríamos que buscar mucho, y probablemente no lo encontraríamos nunca, un caso en el que un perro traicionase a un humano o a otro perro.

Por supuesto que no. Ya sé que existen infinidad de agresiones entre perros y algunas de perros a humanos, pero una cosa es una agresión y otra muy diferente una traición. Ser agresivo no es lo mismo que ser perverso y retorcido. Nosotros no somos nunca ni una cosa ni otra; por desgracia, el reino animal concede esto último en exclusiva a vosotros, las personas.

Las agresiones entre perros suelen estar justificadas por el deseo de dominación. La intención es dejar claro quién está «por encima» en su sistema jerárquico dentro de una manada o entre dos perros, y en su mayoría las agresiones y, por lo tanto, las lesiones, suelen ser muy superficiales —empujones, zarpazos o mordiscos leves...—. Estos actos no tienen como fin la eliminación del contrario ni la amputación de alguna de sus partes. Suelen ser advertencias, un «ándate con cuidado». También pueden estar motivadas por la defensa del alimento, del territorio o la lucha por una hembra.

Es verdad que existen agresiones con consecuencias fatales para uno o ambos contrincantes, pero suelen ser las menos y estas van precedidas casi siempre de avisos que pueden ir de un simple gruñido, ladrido o pequeños ataques como los mencionados anteriormente. Cuando un perro mata a otro es porque ya es imposible cualquier acto de conciliación dentro de las leyes naturales de la manada.

Las agresiones de perros a humanos son menos frecuentes de lo que pensamos. Hemos escuchado muchos testimonios de personas traumatizadas por haber sido mordidas por un perro en su infancia. La espontaneidad de los niños les hace vulnerables ante la agresividad natural de un perro, aunque este

pretendiera con el mordisco dar una advertencia al pequeño. Lo que él que no sabe —o quizás sí— es que esta advertencia será para toda la vida.

Es sabido que la defensa del amo, de la vivienda de ambos o de ciertos miedos que el perro pueda tener en determinadas circunstancias también son motivos de agresión. Tampoco vamos a ocultar los ataques caninos a humanos con consecuencias mortales. Aunque son bastante menos frecuentes de lo que parece, son sucesos impactantes y desconsoladores.

Un perro jamás maquinaría un plan para traicionar a su amigo humano o perruno. Podríamos pensar que esto es así porque no tiene capacidad intelectual para ello. Bueno... es posible, pero quizás sea porque son animales irracionales —mejor llamémosles animales instintivos— exentos de cualquier tipo de emoción perversa o de reacciones contaminadas por emociones desvirtuadas y retorcidas.

Sí, ya, pero vosotros, gracias a eso que llamáis razonamiento, discernimiento o consciencia habéis fabricado durante siglos todo tipo de emociones y sentimientos que poco tienen que ver con el instinto o con vuestra inteligencia natural.

Ningún humano en pleno siglo XXI traicionaría, agrediría, asesinaría a otro por instinto; lo haría por odio, envidia o maldad. Con lo que podríamos llegar a la conclusión de que el instinto del perro le hace actuar sobre unas normas rígidas prácticamente libres de carga emocional negativa. Un perro protege, defiende, ataca, pelea, domina y huye siempre por instinto. Además, un perro es fiel a su amo y a la manada también por instinto. Si a todo esto le sumamos la inteligencia natural que tienen los canes, la adquirida mediante su proceso evolutivo reforzado por la relación durante miles de años con el hombre —se podría decir que de nosotros solamente aprenden lo bueno— y, además, le añadimos el adiestramiento que con más o menos profesionalidad cada uno le dé a su compañero canino, tenemos ante nosotros un ser extraordinario.

Somos animales dotados de una gran inteligencia natural, de una capacidad cognitiva elevada, de una nobleza de sobra conocida, de una capacidad tremenda de adaptación ante cualquier situación doméstica y de una simbiosis y sinergia muy fuerte con vosotros, los humanos, ¿podéis pedir más?

Es curioso cómo las personas más susceptibles de ser traicionadas por el poder que ostentan o las que sufren consecuencias fatales por estas traiciones

por ser protagonistas de un conflicto histórico convulso suelen rodearse de colaboradores de los que no se fían mucho.

Alejandro Magno, el hombre más poderoso de su época, no ponía la mano en el fuego ni tan siquiera por sus asistentes más cercanos. De hecho, Alejandro no falleció en batalla, sino en la cama. Siguen sin estar aún claras las causas de su muerte: sobredosis alcohólica, envenenamiento o enfermedad. Quien seguro que no le hubiera envenenado jamás —suponiendo que finalmente esta fuera la causa del fallecimiento— hubiera sido su perro Peritas, el cual murió antes que Alejandro defendiendo a este en una batalla. El gran estratega puso a una de las ciudades conquistadas el nombre de su perro, perteneciente a la raza de los molosos, similares a los mastines.

Simón Bolívar también tuvo un fiel acompañante canino y, al igual que el de Alejandro, murió en plena batalla, en la de Carabobo concretamente. Nevado, que pertenecía a la raza de los mastines del pirineo, tiene una estatua dedicada en su honor en Mucuchíes, Venezuela.

El Che tuvo un perro mestizo llamado Hombrito, el cual le acompañó durante la campaña de Sierra Maestra tras el levantamiento contra Fulgencio Batista.

Es significativo que Adolf Hitler, el hombre que exterminó a millones de personas por cuestiones racistas, xenófobas, homófobas, políticas y religiosas, fuera el mismo que adoró a Blondi, su pastor alemán, o el mismo que condecoró con la Cruz de Hierro a un bóxer por salvar a diecisiete soldados nazis en plena Segunda Guerra Mundial.

Blondi acompañó al *führer* y a la compañera sentimental de este en el conocido búnker de la Cancillería. Un día antes de suicidarse junto a Eva Braun, Hitler suministró a su perra una de las cápsulas de cianuro iguales a las que Eva y él tomarían al día siguiente, un 30 de abril de 1945, antes de que pudieran ser apresados por los soldados soviéticos.

Por todo ello y aunque sea difícil de aceptar, hemos creado tales estructuras sociales y tipos de relaciones entre humanos que cada vez se hace más fácil que el ser del cual nos podamos fiar sea más peludo y tenga dos patas más que nosotros.

INTERCAMBIO DE INTERESES. LOS PRINCIPIOS DE UNA GRAN AMISTAD

Las creencias religiosas, políticas y filosóficas, y la moralidad y la ética mal entendidas han mitigado nuestros instintos más básicos y necesarios. Todo esto se traduce principalmente en timidez y refreno afectivo.

Si fuéramos, por ejemplo, en un tren y comenzáramos una conversación agradable con algún desconocido, por mucho que nos apeteciese jamás le daríamos un abrazo al despedirnos. Pues bien, en este momento hemos perdido posiblemente un amigo. Tana movería su rabo, olisquearía al viajero y a la hora de despedirse estiraría de la correa para darle el último adiós a este amigo que muy probablemente no volverá a ver jamás.

Por lo tanto, querida Tana, he de darte la razón en todo lo que has comentado sobre la amistad entre los seres de dos patas. Nos empeñamos en adiestrarlos, y esto está muy bien, porque aporta conocimiento y habilidades a vuestra inteligencia natural e instintiva. Lo que no entiendo, Tana, es por qué nosotros nos empeñamos en no aprender de vosotros.

Vuestro instinto más puro es el amor hacia los demás, principalmente hacia vuestros cachorros. Tampoco nosotros, he de reconocer, lo hacemos muy mal en cuanto a esto último —con alguna que otra excepción, claro está—, lo que ocurre es que somos incapaces de amar al desconocido, a ese que nos cruzamos por el pasillo del trabajo cuya corbata rosa tanto odiamos o a esa vecina cotorra que evitamos siempre en la escalera o en el ascensor de casa. Tú, Tana, al de la corbata rosa o a la cotorra del portal, los olisquearías y quizás les darías unos buenos empujones amistosos, otros pocos lametones, ¡y a jugar!

El amor incondicional que siente la inmensa mayoría de los perros hacia los seres humanos —concretamente hacia sus amos— no ha surgido por arte de birlibirloque. Es de sobra conocido que el perro, llamado científicamente *Canis lupus familiaris*, procede del lobo. Hasta la aparición en el siglo XX de los estudios genéticos se creía que algunas razas procedían del chacal común y otras del lobo.

A finales del Paleolítico el hombre vivía en tribus, es decir, en «manada». Y cazar, recolectar, reproducirse, resguardarse de las inclemencias del tiempo y de los demás animales eran sus principales tareas diarias. Estaban rodeados

de perros, lobos y chacales, y muy probablemente estos tenían tanto miedo de los seres de dos patas como al contrario. Los perros, lobos y chacales servían de alarmas naturales a las tribus cuando acechaba por el campamento algún enemigo de otra especie superior en la escala alimenticia, pues estos aullarían no con la noble intención de avisar al hombre, sino con la de proteger a su manada en caso del perro y lobo, y al territorio familiar en el caso del chacal.

Seguramente los humanos comenzaríais a pensar entonces que estos cánidos no eran tan feroces como parecían, y que, puestos a comparar, había fieras peores de las que debíais cuidaros más.

Acostumbrados incluso a cruzárselos a pocos metros, los humanos fueron perdiendo el miedo. Siempre sería mejor que amanecer con la cabeza destrozada por las mandíbulas de algún tigre o con el tórax atravesado por la lanza de piedra de los de la tribu de al lado. Posiblemente se percataron al asar una buena pieza de carne que un cánido solitario y hambriento se dejó llevar más por el olfato que por la prudencia. Y durante días, meses y años él y sus descendientes se acercaron hasta la tribu para esperar las sobras de la comida. Cada vez se arrimarían más, ya no solo solicitando alimento, sino también cariño y comprensión de aquellos seres tan raros empecinados en caminar de pie.

Más tarde, el hombre cazaría una presa y el perro más raudo que él la recogería antes de que viniera cualquier depredador o carroñero a robársela. Pero no la querría para él, era para su amigo. Era el principio de una relación que llegaría hasta hoy.

CADA VEZ MÁS LEJOS DEL LOBO, CADA VEZ MÁS CERCA DEL HOMBRE

En un principio, el perro no encontró demasiadas dificultades para adaptarse a una vida si no en amistad, sí en colaboración y respeto con el hombre. Debemos tener en cuenta, además, de que los cánidos llevan muy interiorizada la jerarquía dentro de la manada y que por ello acataban esta dentro de la tribu.

Los primeros lobos y los primeros perros no salvajados no fueron, por lo tanto, amigos del hombre; como mucho, se trataba de aliados fieles en torno a ciertos intereses comunes.

La aproximación con el hombre de los predecesores del perro actual se produjo en Asia, posiblemente, hace cien mil años, pero para hablar del principio de una verdadera domesticación canina tenemos que hacerlo en una franja temporal mucho más reciente: entre treinta mil y dieciocho mil años antes del presente. La convivencia entre cánidos y humanos llegó bastante antes de que el hombre fuera capaz de iniciar un tipo de sociedad ganadera y agrícola, viviendo hasta entonces como cazador recolector.

El hombre del Paleolítico, e incluso el del Neolítico, vivía en pleno contacto con la naturaleza y estaba inserto en la misma. Formaba parte de la cadena alimenticia y con mayor o menor medida interactuaba con todas las especies del medio.

Los cánidos fueron desde los más remotos orígenes de la prehistoria los animales predilectos del hombre a la hora, ya no solo de ser domesticados, sino de interactuar con él de tú a tú, pues este tenía más dificultad con sus propios semejantes que con los perros. Esta interacción no se ceñía exclusivamente al perro salvaje y al lobo, también al chacal —pese a las pruebas genéticas, hay científicos que insisten en que no hay que cerrar la puerta a la hipótesis de que algunas de las razas de perros actuales procedan del chacal—.

A pesar de la fama del lobo entre los ganaderos de exterminador de ovejas, culturalmente es más aceptado que él sea de quien proceda el perro. La literatura, el cine y otras artes han contribuido a alzar su figura romántica con un halo de belleza, inteligencia e instinto de supervivencia. Una especie de bandolero de cuatro patas. Mientras que el chacal ha sido tratado como un ser cobarde, carroñero e insociable.

Lo que es indiscutible, al margen de las afirmaciones de los estudios genéticos, es que los chacales guardan un gran parecido —más allá de lo estético— con una variedad grande de razas de perro. Incluso la mayoría de los ejemplares que se han domesticado han adoptado maneras y costumbres propias de perros, tales como menear la cola cuando están felices o la de cambiar los aullidos por los ladridos. Existe la posibilidad de que los primeros perros pudieran convivir en manada junto al lobo y el chacal, y que

estos últimos cánidos fueran rechazados por cuestiones diferenciales.

Tana, seguro que los lobos dirían de vosotros que erais raritos de narices. Que teníais las orejas cada vez más gachas, que vaya con la costumbre de mover el rabito cuando estabais contentos. Seguro que estaba bien durante un rato, porque de hecho los lobos también lo hacían, pero es que os pasabais de simpáticos.

Y tus antepasados dirían de ellos que eran unos antiguos, que iban de machitos por la vida. Con sus aullidos, sus orejas de punta y siempre mirándoos por encima del lomo, como si fuerais bichos raros. Y para colmo, que os estabais vendiendo al hombre por un trozo de carne. Así que ellos muy dignos se marcharon lejos. Para no reñir, mejor cada especie por su lado y sanseacabó.

POCO A POCO

Con la aparición de la agricultura en el Neolítico, la alianza entre cánidos y humanos dio pasos agigantados. El perro, ya similar al de nuestros días, no solo era un habitante más del territorio que no huía del hombre, que interactuaba con él y que le ayudaba en la caza, sino que era un compañero que compartía algo más que un espacio físico.

Poco a poco empezaron a surgir las primeras manifestaciones de domesticación meramente dichas. Las labores en las que el perro ayudaba fueron en aquellas relacionadas con la ganadería. Fue aquí cuando su morfología y fisionomía experimentaron ciertos cambios. Su comportamiento incluso se vio afectado y, por qué no decirlo, su mentalidad también, siendo cada vez menos salvaje y, por lo tanto, más doméstico. Comenzó a ingerir alimentos no cárnicos, tales como vegetales de las cosechas, lo cual influyó en los cambios mencionados.

Fue en el Neolítico, la nueva Edad de Piedra, cuando los humanos fueron conscientes del futuro que les esperaba al vivir juntos las dos especies. De modo premeditado el hombre comenzó a criar perros —ya no era aquel aliado espontáneo de la naturaleza— y a seleccionar ejemplares diferentes con fines reproductores. Fue el principio de la creación de las más de cuatrocientas cincuenta razas que tenemos en la actualidad —difícil precisar la cifra. Depende de qué organismo lo cuantifique; algunos expertos aseguran que hay más de ochocientas—.

Todavía hoy es un misterio saber los conocimientos científicos de aquellos hombres prehistóricos a la hora de cruzar las distintas razas para determinados fines. Se presupone que se trataba de una serie de acciones intuitivas o fruto quizás de unas rudimentarias y arcaicas investigaciones llevadas a cabo observando el carácter y comportamiento de determinados ejemplares.

Hay constancia de que los perros llevan al menos cien mil años interactuando con nosotros. Unos restos óseos encontrados en China determinaron que pertenecían a cánidos con genética similar a la del *Canis lupus familiaris*, pero no se puede concretar que estos animales tuvieran una interacción doméstica con el hombre. Más firme es la posibilidad de que el perro lleve treinta mil años formando parte del empuionario más íntimo del ser humano, como lo demuestran los hallazgos de pinturas rupestres en las que se le representa.

Cerdos, caballos, ciervos y otros muchos animales fueron protagonistas también en el arte de nuestros remotos antepasados, pero estos solían ser figuras relacionadas con la caza o la ganadería. A simple vista, es difícil distinguir de la intención inconsciente del artista a la hora de mostrar con su arte el lugar que cada animal ocupaba en su día a día.

Evidentemente no se puede precisar que en estas pinturas se hallaran representaciones de perros jugando con el hombre, pero si se profundiza en la gestualidad de los canes se evidencia que el hombre comenzaba a hacer distinciones selectivas entre especies a la hora de convivir con la fauna que le rodeaba y, aunque el vínculo emocional entre perro y hombre era aún nulo o escaso, el primero salía ganando en su relación con el segundo si lo comparamos con otros animales con los cuales el hombre compartía tan solo espacio geográfico.

En la cueva Goyet, en Bélgica, se han encontrado los restos fósiles más antiguos de un perro domesticado, lo cual nos indica que el hombre convivía con los cánidos antes incluso de la sociedad agrícola.

Este descubrimiento no garantiza que nuestros ancestros tuvieran un amor hacia los perros similar al que tenemos en la actualidad, máxime cuando hay estudios sobre esta cueva que demuestran que sus moradores practicaron el canibalismo. Con lo cual entendemos que si no había lugar para la empatía con los miembros de otra tribu, difícilmente la habría para los de otra especie diferente.

Como hemos visto, los comienzos de la buena amistad entre perro y hombre no fueron demasiado románticos. Entre aquel cánido salvaje que observaba al hombre —igualmente salvaje— a una distancia prudencial hace cien mil años en China y ese otro que ayudaba a los seres de dos patas a finales del Paleolítico hace treinta mil años en Europa o el cachorro que más tarde entraría temeroso en la cueva de la tribu para jugar con los niños a principios del Neolítico mientras los padres de ambas especies hacían las labores agrícolas y ganaderas, compartían entre sí ciertos rasgos morfológicos, pero poco más.

Perdona, en este tiempo el perro fue utilizado como escolta, ayudante de caza, animal de tiro e incluso como alimento. ¿Amistad dices? Reconoce que el ser humano hace cien mil años no amaba al perro, sino que este era una especie más de la fauna, solo que si el ciervo, el jabalí o los caprinos le servían de alimento, el perro, además, le valía como complemento a aquellos sentidos que tenía menos desarrollados, concretamente el olfato y el oído.

Cien mil años de relación por medio y centenares de miles de millones de situaciones que fueron cambiando poco a poco una realidad histórica y social que parecía estar predeterminada. Desde la primera pedrada que lanzó el hombre a un cánido que merodeaba alrededor de la cueva hasta hoy se esconde la historia de colaboración, participación y amor entre especies más entrañable jamás acaecida.

LOS TIEMPOS DE LA COMPAÑÍA

La interacción entre el hombre y el *Canis lupus familiaris* en poco tiempo se fue sofisticando, pasando de ser una relación fundamentada en cuestiones tan poco estéticas como la de traer una pieza de caza al amo, vigilar los alrededores de la cueva de posibles ataques de las tribus invasoras o de servir poco menos que de animales de carga y de tiro, hasta llegar a ser un elemento estético sofisticado e incluso un artículo de lujo.

En la Edad Antigua, cuando el hombre civilizado ya había dejado atrás la prehistoria, el perro de compañía comenzó su andadura como tal. En la antigua Grecia, en Egipto y en el Imperio romano se sabe, gracias a las excavaciones, que ancestros nuestros convivían con canes en la intimidad del hogar.

En Oriente, la amistad entre el hombre y el perro en los primeros siglos después de Cristo seguía evolucionando de igual manera que en Occidente. Hace más de dos mil años que existe una raza denominada terrier tibetano; se trata de un perro muy hábil, inteligente y adiestrable de pequeño o mediano tamaño. Por otro lado, los tibetanos tenían al dogo tibetano, un perro de proporciones mayores. Ambos animales hacían la pareja perfecta y se complementaban en su papel de centinelas del hogar. El dogo —grande y más perezoso que el terrier— era avisado por su pequeño amigo en caso de que el territorio estuviera en peligro.

Como curiosidad añado que el terrier tibetano en verdad no es un terrier, y que su apelativo se debe a que fue clasificado por inexpertos en la materia que pensaban que todos los perros pequeños eran de esta raza. ¡Pobres ignorantes!

En la antigua China imperial —hacia el siglo VIII— la definición de perro de compañía adoptó con la dinastía Tang todo su significado. Los chinos, mediante cruces experimentales de razas destinadas al trabajo, lograron crear el pequinés, el perro palaciego por excelencia. Algo parecido y en la misma época pasó con la aristocracia japonesa, que adoptó como signo de la misma al perro de compañía de la raza chin.

En Occidente mientras tanto —Edad Media—, se dejó a un lado el refinamiento y lo mismo que las costumbres se embrutecieron, los perros pasaron a ser de nuevo utilizados para fines más duros como la caza o la guerra, predominando, claro está, las razas creadas por el hombre ex profeso para ello.

Posteriormente, durante el Renacimiento, surgió otra vez la necesidad artística y estética del espíritu, y en cierta manera esto se vio reflejado también en el trato a los perros y a los fines para lo que estos eran destinados. Resurgió así el perro de compañía, pero lo hizo de nuevo en las altas capas sociales, en la aristocracia. Todo esto se ve plasmado en los retratos reales donde los miembros de la corte son pintados acompañados por sus perros.

Había en dichas obras de arte una marcada división sexista: las damas se dejaban pintar por sus artistas preferidos acompañadas de sus diminutos perros falderos —que fue como se empezaron a conocer por entonces a ciertas razas—. Por otro lado, los varones posaban ufanos acompañados por sus mejores compañeros de cacería: lebreles, mastines, alanos y galgos; estas

pinturas venían a ser de carácter menos reposado que el de las damas, pues solían representar escenas de caza.

Los perros de compañía comenzaron a ser habituales en los palacios de Francia desde el siglo XV, aunque Luis XIV —que mimaba y trataba con gran lujo a sus lebreles de caza—, los considerara animales «inútiles». En cambio, Desportes, uno de los pintores de la corte del Rey Sol y el primero de la historia que se especializó en retratos caninos, comenzó a fijarse en otros perros que pululaban por los pasillos de Versalles, como el bichón, una raza surgida en las islas Canarias y que importaron los marineros holandeses.

Estos bichones, en sus distintas variedades posteriores, eran los perros favoritos de las damas de la corte, cuya costumbre de vestirlos con lazos de seda dio nombre a la propia raza —eran conocidos como bichonniers o dandis—. Tiziano ya pintó con uno de ellos a Federico II, igual que más tarde lo harían con las aristócratas Boucher, Fragonard o incluso Goya, por ejemplo, en uno de sus cuadros de la duquesa de Alba. De hecho, el italiano bichón boloñés, de pelos ondulados y esponjosos, fue el favorito de grandes señoras como madame Pompadour, Catalina de Rusia o María Teresa de Austria.

Fue por imitación de los personajes reales por lo que los también llamados «perros de salón» se extendieron como símbolo de distinción y lujo a partir del siglo XVII. Y, sobre esa simple función ornamental, casi como un complemento de moda, durante la centuria siguiente se llevó a cabo una intensa selección genética que buscaba en dichos animales tanto un físico atractivo como un volumen y un peso manejable —siempre por debajo de los cinco kilos— para los brazos y el regazo de las damas. Ese es el motivo por el que desde entonces los perros de compañía cuentan con el mayor y más variado número de razas de entre todo el espectro canino.

Los bichones se extendieron por las cortes de Portugal, España, Italia y Alemania. E incluso por América, donde el de la variedad habanera era compañero de la élite criolla. Por su parte, en la corte británica se fomentó la cría del spaniel miniatura, al que por algo se conoce como king Charles, sin olvidar que ya antes la reina Isabel había heredado la costumbre paterna de la cría de los beagles, que siempre la acompañaban. La Isabel actual, por su parte, cría corgis galeses de Pombroke, una raza que ya su antecesor en el trono, el rey Jorge, introdujo en la corte y que en la actualidad está en peligro de extinción al existir apenas trescientos ejemplares en todo el mundo.

En el siglo XIX, después incluso de la Revolución francesa, los perros falderos siguieron disfrutando de todas las comodidades de los centros de poder. Carlinos, caniches, malteses, schnauzers y pinschers miniatura eran los más habituales de las mansiones de la alta burguesía, protegidos por damas que, siguiendo el ejemplo de la propia Josefina, esposa del emperador, querían demostrar con ellos su sensibilidad y delicadeza.

Tana, no sé si sabes que con la llegada del siglo XX esos canes menudos pasaron a ser símbolo de glamur en brazos de las divas del cine, de esposas y de hijas de millonarios y de famosos personajes de la prensa rosa, que los han convertido en toy dogs —o perros juguete—, que es como se llama también a las razas más pequeñas, a las que adornan con lujosos y caros accesorios.

En la actualidad hay registradas más de cuarenta razas, además de sus distintas variedades, de perros de compañía y todas de pequeño tamaño: caniches, bichones, carlinos, bulldogs franceses, shih tzus, chihuahuas, spaniels, crestados chinos, yorkshires, pomeranias, Boston terriers, schnauzers, pequineses, westies... Y todas ellas tienen en común tanto su carácter juguetón, su fidelidad y su inteligencia, después de varios siglos de perfecta adaptación al entorno humano. Aunque en muchos casos, y a falta de otras habilidades o funcionalidad, esa imbricación es tanta que se convierte en absoluta dependencia y necesidad de una permanente atención en todos los aspectos.

UN SIMPLE ACOMPAÑANTE QUE TERMINARÁ POR SER EL MEJOR AMIGO

El perro nos ha llegado ya domesticado, y sin el ser humano no podría sobrevivir. Por lo tanto, el *Canis lupus familiaris* no es un animal que proporcione solamente compañía, es un miembro de la sociedad y uno más de la familia.

Entre las distintas definiciones, la de animal de compañía es la que menos justicia hace a la hora de describir la relación que tienen los perros con los humanos llegados al siglo XXI.

Tana, no sé si un loro, una iguana o un ratón pueden ofrecer algo más que afecto recíproco y compañía al hombre. Esta opinión a buen seguro peca de un carácter marcadamente especista. Que sepas que a mí particularmente no me agrada ver a un animal de ninguna especie encerrado en una jaula —no es lo mismo encerrar que domesticar—. Lo que trato de explicarte o de justificar es la interacción del ser humano con otros animales que ha metido en sus casas. Lo propio es amar a todas las especies del reino animal, sean cuales sean, y por qué no, a todos los seres vivos del universo. Pero eso es una cosa y la empatía entre especies, otra.

Desde luego que utilizar un perro como alimento, animal de tiro, ayudante de caza o como un «objeto» de lujo no es la mejor manera de convivir con un ser de otra especie.

Ahondando en la cuestión del trato que damos a los perros destinándolos a uno u otro fin —véase más desarrollado en el capítulo sexto— podemos llegar a la conclusión de que cualquier utilización de un can como perro policía, perro guía o perro de ayuda y rastreo que busca supervivientes en catástrofes son actos antinaturales. Lo justo está en el equilibrio.

Si el hombre ha usado al perro con estos fines a lo largo de la historia e incluso en el presente, se hace muy difícil hablar sobre este ser como el mejor amigo del hombre, pero debemos reconocer que pese a la utilización más o menos afortunada de los canes, por lo general la relación en estos cien mil años de interacción ha evolucionado positivamente.

Hace más de medio siglo, cuando convivir con perros no estaba tan generalizado como ahora, la Asociación de hospitales veterinarios de Estados Unidos hizo un estudio sobre la relación que tenían los humanos con sus amigos de cuatro patas. Al preguntar a los encuestados que a quién se llevarían a una isla desierta, un sesenta por ciento contestó que, sin duda, a su perro. Pero, además, al ser preguntados por cuáles eran los seres queridos más importantes para ellos, un setenta y dos por ciento incluyeron entre los cinco primeros a su amigo peludo.

Seguro, Tana, que los curiosos resultados de esta encuesta te han arrancado como mínimo una «sonrisa». Pondría la mano en el fuego sin miedo a quemarme que no te has extrañado de los porcentajes.

UNO MÁS DE LA FAMILIA

Es probable que las personas que lleven conviviendo poco tiempo con su pareja, en el trayecto que hay del trabajo a casa, no dejen de pensar en su chica o en su chico —«Imagino que ya habrá llegado. Él siempre sale antes, qué achuchón voy a darle en cuanto entre por la puerta. O mejor, llamaré al timbre y cuando pregunte quién es le contestaré que la mujer que más le quiere en el mundo»—. La cosa cambia en aquellas relaciones que llevan mucho más tiempo. Tal vez los pensamientos se centren en si queda gasolina para llegar o si el otro se habrá acordado de comprar el pan. Evidentemente todo esto es generalizar. Hay parejas que llevan cuarenta años juntos y mantienen la llama, y otras que con tres meses de convivencia son incapaces de empatizar con el otro. Sí, generalizar y teorizar en estos casos es quizás disparatado, pero no cuando se trata de convivir con un perro. Ese amor sí que es para siempre, ni se desgasta ni pierde intensidad. Incluso, según se hacen más viejitos, más entrañables parecen y más cariño se les da.

Se habla mucho del amor incondicional de los perros hacia las personas. A la inversa no tanto, aunque también se dan casos. Los más evidentes se producen cuando un humano vive solo y exclusivamente con un perro. Si al peludo le sale un eccema y hay que comprar una pomada de cincuenta euros, se compra, aunque haya que dar de baja Canal Plus. Si se pone malo de la tripa y el perrito necesita un pienso especial de treinta y cinco euros, se compra el de cuarenta, y si es preciso ese mes en vez de cerveza se bebe agua del grifo, que hidrata más. En caso de que se despierte a las cuatro de la mañana gimoteando, pues le urge bajar al jardín —está con toda seguridad con diarrea — se pone uno la chaqueta encima del pijama dispuesto a tirar por la borda la fama de soltero elegante.

Tú dile a uno de estos humanos, Tana, entre los cuales me incluyo, que alojen en su casa, no quince años —que es vuestro promedio de vida—, sino quince días a un amigo que hace veinte años que no ve, dile que le preste cincuenta euros para una pomada porque le ha salido un sarpullido en la espalda, que le compre jamón de tal o cual marca o que se le presente a las cuatro de la mañana en la cama para decirle que no puede dormir y que si le acompaña a dar un paseo.

Entonces, ¿os damos amor incondicional? Sí, no hay duda. Por vosotros haríamos cualquier cosa sin esperar nada a cambio —muy al contrario de lo que haríamos con

un amigo—, pero esto no ha surgido por arte de magia, Tana, como todo tiene una y mil explicaciones.

El perro siente y capta nuestro estado de ánimo. Si se le habla de los problemas con la pareja, no solamente va a entendernos, sino que, además, nos comprenderá. A cualquier persona que conviva con un perro esto no le sonará a locura. Hay algunos canes que han caído, incluso, en una depresión tras diagnosticarle alguna enfermedad al dueño, otros que han tenido diarreas prolongadas cuando sus amos estaban pasando una crisis y algunos que lloriquean y gimotean cuando el dueño está recibiendo una triste noticia por teléfono. Y por el contrario, los hay que se levantan repentinamente del suelo cuando su dueño lee un correo electrónico en el que le ofrecen un proyecto o un puesto de trabajo muy beneficioso para su vida personal y profesional.

Tana, me contó una vez un conocido que tuvo una depresión profunda durante muchos meses. Vive con dos perros y, gracias a familiares y amigos, estos siguieron llevando la misma vida que antaño durante ese tiempo o incluso mejor. Si antes de estar enfermo el dueño salían una o dos veces al día y siempre con él, en esta época era tal la cantidad de gente que se prestó a echar una mano que los perros salían a la calle hasta diez veces. Y no solo iban al parque a hacer sus necesidades, sino que se los llevaban al campo o a excursiones con niños y otros perros.

Parece que vivían bastante mejor en aquella época que en la anterior, en la cual tenían una existencia rutinaria. Pues bien, toda esta vida de asueto, diversión social y multifamiliar no evitó que en menos de dos meses los dos perros enfermaran, dejaran prácticamente de comer y tuvieran fobia de salir a la calle.

Este conocido me confesó, además, algo que quizás no te resulte sorprendente. Él vive en un ático y como buen amante de los animales disfrutaba de salir a la terraza a dar de comer a unos pájaros que venían a visitarle a diario. A pesar de que durante su depresión apenas salía a la calle, no quiso perder esta costumbre de alimentarlos, hasta que llegó un día en el que los pájaros dejaron de posarse en su terraza. Cuando por fin pudo salir de su enfermedad, sus perros se recuperaron rápidamente y los pájaros tornaron a recoger su ración diaria de alimento y afecto.

En estos años de interacción entre las dos especies se podría decir que aproximadamente en los últimos diez dicha relación ha llegado a un punto de solidez muy fuerte en nuestro país. Se ha pasado de un estilo de vida en el que la gente que podía tener perro eran aquellos que vivían en una casa con patio o jardín —y algunos pocos atrevidos que le tenían metido en un piso— a otro distinto en el que el perro ya no es solo ese «ser» que vive fuera o que hace de guardián doméstico.

Sí, eso es verdad, pero debes reconocer que desgraciadamente aún quedan ejemplos de estos, y como suelen decir algunos amigos míos perrunos y defensores de sus derechos, quien quiera un guardián que ponga una alarma.

El perro, por lo general, es ahora un miembro más de la familia con el que se cuenta para todo, tanto a la hora de planificar las vacaciones, a la hora de salir a cenar fuera o incluso hasta para elegir distintos tipos de muebles.

Se dan situaciones con perros de por medio muy peculiares en las que matrimonios que inician procesos de separación son capaces de llegar a acuerdos judiciales o extrajudiciales por la custodia de los hijos, pero no en lo referente a las mascotas. Puede parecer superficial, pero debemos tener en cuenta de que estamos hablando más que de hacernos compañía de afectos. Posiblemente en un futuro no muy lejano habrá que comenzar a legislar al respecto.

CUESTIÓN DE TIEMPO

Muchas veces se ve a lobos merodear en solitario por ciertos territorios, lo cual se debe más bien a la extinción de su medio natural que a las ganas de socializarse. En algunos casos, los perros salvajes, los dingos o los zorros salen a cazar en grandes manadas que superan los setenta ejemplares. Los chacales, por su parte, lo suelen hacer en parejas o se acompañan de jóvenes cachorros que pronto crearán su propia familia territorial, aunque hace años que también buscan alimento en grandes grupos entre la basura y los desechos vertidos por el hombre.

Es habitual que el perro quiera tener juntos a todos los miembros de la familia. Esto es debido al instinto pastoril de determinadas razas, aunque suele ser muy común en todas. Son capaces de hasta distinguir entre los ruidos de los distintos vehículos familiares cuando pasan por una calle y esperar en la puerta para hacer el recibimiento pertinente a cada uno de ellos. Otra cuestión aún más curiosa es cuando el perro determina que ya ha llegado toda la familia, entonces se relaja y disfruta como uno más.

Bueno, como uno más, no. Por desgracia sin sentarnos a la mesa. Aunque no sé yo si nos gustaría. Para el poco caso que os hacéis.

También es frecuente observar cómo en aquellas familias con perro y dos o más hijos, el miembro familiar de cuatro patas hace sus distinciones. A la hora de deber sumisión y obediencia lo hace con aquel que le proporciona a diario la comida; para jugar elige al más fuerte dentro de los jóvenes y a la hora de proteger siempre lo hace con el más pequeño o con el más débil.

Hay ejemplos de parejas que han decidido formar una familia sin hijos y que, sin embargo, estipulan desde el principio la cantidad de perros que quieren adoptar. Este fenómeno social —merece ser llamado así— se debe a diversos factores, aunque se basa fundamentalmente en uno: el mero pragmatismo, porque los perros, por lo general, son cachorros eternos.

Es verdad que nos necesitan, pero no es menos cierto que nosotros los necesitamos aún más para poder rescatarnos de nosotros mismos. La domesticación ha ayudado al perro en su desarrollo como especie, pero ha sido el hombre quien ha salido ganando. Por eso hemos de ser conscientes de que se merecen un lugar privilegiado en nuestra sociedad lejos de una mera utilización o cosificación y más cercano a una alianza justa, recíproca y equilibrada.

¡Qué bonito lo último que ha dicho el señor este! No está mal del todo, pero no es suficiente. Nosotros queremos más y lo queremos ahora. ¡No vamos a esperar otros cien mil años! Bastantes concesiones hemos hecho ya.

Mirad, por poner un ejemplo, yo soy Fufi, un yorkshire de catorce años con mucha experiencia en la vida con los humanos. Y me creo todo eso de que venimos del lobo; vale, si lo decís será cierto, pero en mi caso de quien provengo es de vuestro capricho. Observad a un lobo y observadme a mí después, ¿en qué hocicos nos parecemos?

No quiero ni pensar la de cruces y pruebas que habréis tenido que idear los seres de dos patas para sacar de una loba y un lobo alguien como yo, con este porte... Que no es por presumir, pero mirad, señores, mi pelaje y mi lustre. No solo no necesito de los adornitos y trajecitos que me ponen mis dueños —que pican de mil demonios—, sino que no necesito ni abuela para presumir de lo guapo que soy.

Nuestros antepasados serían los lobos, los chacales o los zorros, quién sabe, pero quienes nos habéis creado habéis sido los humanos a base de siglos, experimentos y con eso que llamáis educación, domesticación y adiestramiento. No estaría mal tampoco que os lo aplicarais a alguno de vuestra especie.

Peso muy poco, pero a buen guardián no me gana nadie. Que se acerque alguien a la puerta de mi casa que le monto un pollo que la próxima vez se lo piensa. Y yo sinceramente a los lobos no les veo tan valientes como a nosotros, concretamente como a mí. Ellos son huidizos y aúllan cuando tienen al resto de las especies lejos. Yo, si tengo que ladrarle a alguien, me da igual que esté a cuatro metros que a cien. Y me da lo mismo que sea un humano que un mastín de sesenta kilos. Sí, vale, algunos perros nos hemos quedado más pequeños con eso de la evolución, pero mirad lo que os digo, los tenemos mejor puestos que muchos grandes y luego que vengan a llamarme perrito faldero.

Esto de la amistad entre perros y hombres no sé cómo le irá a los demás, pero mi experiencia no es mala. En mis catorce años casi no le he cogido manía a ningún humano, al contrario que a muchos de mi especie, sobre todo a los grandes. No me preguntéis por qué, pues será cuestión de instinto.

Mis dueños son ya también mayores, y ahora pasan más tiempo que antes en la casa. Cuando trabajaban me tiraba toda la mañana y muchas tardes solo. Si oía a dos humanos hablar, aquello era gloria bendita y casi que me sentía acompañado. Luego, cuando llegaban mis amos, me volvía loco perdido. Una vez me di un golpe con una columna de la casa por la emoción y tuvieron que darme unos puntos y todo.

Ahora casi nunca me dejan solo y vamos los tres a dar grandes paseos. Yo cuido de ellos y les espanto a todos los perros grandes que se acercan. Me dicen que me calle, que soy un escandaloso, pero sé que por dentro están orgullosos de mí. Son buena gente, pese a lo de los trajecitos y peinaditos que me ponen.

He de decir que lo único que me molesta de los humanos es que me ven como si yo fuera un nene pijo o algo así, y nada más lejos de la realidad. Si veo un pájaro me relamo y si no llevara correa lo cazaría. Si veo un ratón lo mismo, y como he dicho antes, que nadie se acerque sin permiso a la puerta de mi casa.

Vosotros, los seres de dos patas, veis en mí a un artículo de lujo, un objeto, un perro repelente y ladrador, pero quiero que tengáis algo muy, pero que muy claro: soy un cazador más fiero que el lobo y soy un gran guardián de mi territorio. Soy un verdadero guerrero.

LA INTELIGENCIA CANINA SEGÚN SARI

¿Cómo lo ponéis en duda? Los perros sentimos, pensamos, soñamos despiertos y también dormidos, tenemos alma y hablamos. Es verdad que no con vuestro lenguaje, pero hablar, hablamos.

Quizás sea yo la menos indicada para reconocer todas estas virtudes de una forma modesta. Me llamo Sari, tengo tres años y soy una golden retriever, una de las razas más inteligentes según afirman los expertos. Creo que mis antepasados eran cazadores de aves. Yo, lo más que cazo es algún peluche despistado de Ana, la hija de mi dueña. Ella se llama Isabel.

También hay algún ejemplar por ahí de mi raza que es perro guía de los que llevan de un lado a otro a seres de dos patas que no ven. Yo no hago nada de eso, no tengo al menos, ningún trabajo reconocido, aunque bien pensado ejerzo de psiquiatra y psicóloga con mi dueña. Cuando discute con la niña, que tiene catorce años, viene a contármelo enseguida. Yo me limito a poner cara de circunstancia si el asunto es leve. Si la cosa es más grave se me escapa algún suspiro. Luego me llama Anita y me da su versión de los acontecimientos; versión, por cierto, que nunca coincide con la de la madre.

Cuando Isabel viene agotada del trabajo y ha tenido un día fatídico me deja subir al sofá y pongo mi cabeza en su regazo, me acaricia el cuello y las orejas —a veces me da tanto gustito que me quedo frita y ella también, ambas echamos un sueño reparador—.

Si Isabel está feliz yo estoy feliz, si está triste yo estoy triste, si se pone mala del estómago, yo también. O sea, que sentimos, pensamos y, sobre todo, padecemos tanto como vosotros. Y es más, casi mejor que por vuestro bien que no hablemos el mismo tipo de lenguaje, porque si no... más de uno ibais a saber lo que es bueno.

Con esto quiero decir que no ha llegado el día en el cual uno de nosotros le dé la matraca con sus problemas al dueño de la misma manera que estos lo hacen con nosotros, pero bien pensado no es una cuestión de lenguaje. Al margen de que no sabemos hablar, es que no tenemos problemas más allá de los estrictamente necesarios. Hipotecas, relaciones sentimentales, política, suegros, cuñados, hijos, vecinos, separaciones, divorcios, casamientos y todas esas cosas os las dejamos a vosotros, que

para eso las habéis inventado. Comer y beber agua a diario, correr, saltar, dormir y rascarnos si es que algo nos pica, son nuestras sencillas y efímeras preocupaciones. ¿Quiénes son aquí los animales irracionales?

EL CEREBRO DEL PERRO, UNA REALIDAD CIENTÍFICA APASIONANTE

Hoy es una incógnita saber hasta dónde llegará la evolución de la especie perruna. Hemos visto en el capítulo anterior que casi con toda seguridad el perro actual procede del lobo y que gracias a la estrecha convivencia con el ser humano, este ha ido modificando sus costumbres, su comportamiento e incluso su dieta, además de su variada morfología. Esto último es evidente si observamos la infinidad de razas que hay. Más interesante aún es saber que el cerebro del perro se ha ido modificando a lo largo de todos los años de convivencia con el hombre y, especialmente, en los últimos doce mil años.

El cerebro de un perro comparado con el del hombre es muy distinto en tamaño. El nuestro suele pesar un kilo cuatrocientos gramos aproximadamente, mientras que el de los canes oscila entre los setenta o cien gramos, dependiendo del tamaño o raza del ejemplar. Si vamos más allá de la morfología, descubriremos que el mecanismo del cerebro del perro es muy similar al nuestro, con la excepción de que el de ellos tiene menos capas celulares en su corteza y el número de circunvalaciones también es inferior en comparación con el de los humanos, con lo cual el grado de capacidad a la hora de procesar información está a un nivel más bajo. Por lo tanto, la mayor diferencia, además, de la del tamaño y de la morfológica, no estriba en el modo de actuar de uno y otro cerebro, sino en la forma de procesar información, que es superior en el del hombre con respecto al del perro.

Se podría decir que el cerebro de un perro está programado principalmente para percibir lo que le rodea a través del olfato; de hecho, la zona destinada a tal efecto es la que cobra más importancia dentro de la estructura.

Está científicamente demostrado que el perro, que ya tenía una gran capacidad olfativa, está desarrollando cada vez más esta hasta el punto de que la zona destinada a tal función denominada bulbo o lóbulo olfativo, ha ido modificando su ubicación poco a poco hacia delante, sobre todo en las razas

de hocico corto, también conocidos como braquicefálicos, en cuyos ejemplares se ha podido demostrar una rotación hacia delante en torno a quince grados.

La evolución cerebral de nuestros queridos amigos de cuatro patas se puede visibilizar, por lo tanto, en la forma que va adoptando dicho órgano, pero es interesante también observar cómo esta evolución ha influido sobremanera en el modo de actuar de la especie y también en los sentimientos y las emociones del perro.

En los últimos años se han llevado a cabo numerosos estudios basados en escáneres cerebrales realizados a perros. Para hacerlos hubo, en primer lugar, que adiestrar a los canes que iban a ser sometidos a dichas pruebas, pues se precisaba una gran exactitud con el fin de obtener resultados fiables y, por lo tanto, una inmovilización del sujeto a estudiar.

Si ya es difícil realizar este tipo de pruebas a la mayoría de niños y a muchos adultos humanos sin que estos se muevan, es más que meritorio que lo consigamos hacer nosotros, estos que llamáis irracionales.

Nosotros, que ya de por sí somos inquietos y juguetones obligados a mantenernos estáticos con todo el aparataje alrededor y siendo, además, sometidos a distintos estímulos: sonoros, olfativos, visuales, táctiles, auditivos y emocionales para que vosotros veáis todas y cada una de las reacciones de nuestro cerebro. Reconoce que somos unos santos.

Son muchas las conclusiones a las cuales los científicos están llegando con este tipo de pruebas. Gracias a estos experimentos se descubrió, por ejemplo, que la actividad cerebral del perro actuaba con un estímulo más positivo cuando olían, escuchaban o veían a un ser humano que cuando percibían con dichos sentidos a un ser de su misma especie. El descubrimiento es apasionante y denota, sin duda, la total integración que el *Canis lupus familiaris* tiene con nosotros hasta el punto de verse más identificado con individuos humanos que con otros perros.

Podemos creer que esto es una desnaturalización de la especie, una humanización desvirtuada o que les estamos robando la esencia a los perros, los cuales se alejan cada vez más de sus semejantes o de sus iguales para acercarse más a nosotros. Podemos verlo de esa manera o podemos pensar también que no hay nada más natural que dejarse llevar por el devenir de los

acontecimientos y estos no son otros respecto del perro y el hombre que la unión de dos especies cada vez más estrecha. Ya no es solo una impresión, una emoción o un sentimiento, ya es un hecho científicamente demostrado que el cerebro del perro está sufriendo cada vez más variaciones enfocadas a una mejor relación con la especie humana. ¿Hasta dónde llegará la evolución canina? ¿Tendremos dentro de miles o millones de años hombrecitos peludos de cuatro patas?

El reconocido especialista del comportamiento animal, el etólogo Attila Andics, llega a afirmar, en un estudio publicado en la revista *Current Biology*, que el *Canis lupus familiaris* actúa con sus amigos humanos de igual manera que los bebés lo hacen con sus padres.

Unos científicos centroeuropeos realizaron escáneres cerebrales a distintos perros mientras les ponían muestras olfativas pertenecientes a sus dueños y otras pertenecientes a otros perros. Los resultados fueron esclarecedores: los perros mostraban con su actividad cerebral sentirse más a gusto y más confiados con los olores humanos que con los de otros miembros de su especie. Como ya hemos dicho el universo de los perros es principalmente olfativo. Pues bien, ahora sabemos también que dentro de este mundo de olores ponen en primer lugar de la escala el de los humanos.

Pero no ha sido solo la zona destinada a procesar la información olfativa la que ha sufrido significativas variaciones en el cerebro canino. El perro, también gracias a la interacción constante con nuestra especie, ha tenido que desarrollar ciertas facultades cognitivas y, por lo tanto, ha experimentado cambios en la morfología cerebral en lo referente al sentido del oído y a la capacidad de comprensión a través del mismo del lenguaje humano.

Un perro salvaje que viviera hace miles de años en convivencia con la especie humana —la cual fuera poco más que una aceptación tolerada— ni tenía ni probablemente necesitaba la facultad de entender a estos. El perro actual necesita tanto para sobrevivir como para socializarse y comprender a los humanos. Los perros tienen en estos momentos lo suficientemente desarrollada su capacidad cerebral para interpretar buena parte de nuestro lenguaje al mismo nivel que lo haría un niño pequeño que tampoco supiera hablar. Perciben nuestro estado anímico, además de por tener una gran intuición natural, por ser capaces de interpretar la modulación del tono de la voz e incluso por memorizar vocablos.

Sari, sé que lo sabes, pero los perros podéis aprender parcialmente el lenguaje humano y, por qué no decirlo, un idioma. Mi perro guía, por ejemplo, fue entrenado en inglés en Estados Unidos y por comodidad, las órdenes que le enseñé al volver a España las aprendió en castellano, y te puedo asegurar que funciona. No voy a afirmar que Spock sea bilingüe ni nada parecido, pero sí que distingue el sonido de las palabras, sean estas rusas, inglesas o castellanas.

Un bebé que no sepa hablar todavía puede saber si sus padres están enfadados porque no se come la papilla o si están alegres al cantarle una canción mientras él se ríe en su trona. El bebé también mirará a los ojos de sus familiares cuando le llamen por su nombre sin ser aún consciente de si estos le hablan en castellano, en inglés o en chino. Podemos decir en términos cognitivos y cerebrales que los perros actúan del mismo modo que los «cachorros» humanos.

Estudios científicos realizados sobre la actividad cerebral de los perros demuestran que estos experimentan distintos comportamientos cuando se les dice una palabra conocida —como su propio nombre o «ven», «siéntate» o «tumbate»— que cuando escuchan una expresión ajena al vocabulario aprendido —camión, quijote, Unión Europea o cirujano plástico—.

Sari, la primera vez que escuché hablar sobre la capacidad de los perros para interpretar palabras y asociarlas no solamente a un objeto o a una acción, sino a lugares y personas, fue en Estados Unidos, cuando fui a recoger a Spock.

Un usuario de perros guía conocido entre los residentes que habitábamos la escuela en aquel momento por sus habituales bromas, chistes y chascarrillos me dijo que él, a su anterior perro, le decía si quería ir a una u otra cafetería del barrio y que nada más tenía que nombrar el establecimiento antes de salir de casa para que este le acompañara. Yo sabía ya que eran capaces de distinguir órdenes asociadas a una acción y palabras que relacionaban con objetos: adelante, izquierda, derecha, vamos, pelota, etc., pero pensaba que mi compañero me estaba gastando una de sus bromas, así que me reí y le seguí el juego.

Efectivamente, los perros aprenden el nombre de cafeterías o de tiendas, y no se equivocan jamás.

Sí, claro que le acompañará a la cafetería, y mientras el amo se toma su cafecito, él aprovechará para comerse algún sobrecillo de azúcar tirado por el suelo que, aunque vacíos, algo de sustancia tienen. Aunque seguro que prefiere alguna servilleta sucia y grasienta que, según la hora, también las hay.

Pero no solo eso, también aprenden el nombre de familiares y amigos del dueño, y si este, por ejemplo, es invidente, se encuentra en cualquier evento y quiere localizar a alguien, no tiene más que decir a su perro guía el nombre de quien busca y le acompañará hasta donde esté.

Los estudios proporcionaron otro dato curioso: mientras sus cerebros eran escaneados, se les estimulaba con sonidos de voces humanas que denotaban claramente alegría y con otras más anodinas. Es evidente que el cerebro de cualquier animal que comprenda mínimamente la entonación humana experimentará mayor actividad ante el primer tipo de estímulo que ante el segundo, pero lo interesante fue descubrir que el cerebro de los perros actuaba y reaccionaba de igual manera en estas situaciones que lo hace el nuestro. Es decir, que estamos ante unos seres que quizás comiencen —si es que no lo han hecho ya— a sentir como nosotros.

LA INTELIGENCIA DE LOS PERROS EN LA FILOSOFÍA

¿Los perros tienen inteligencia? Rotundamente sí. Los científicos no se han puesto de acuerdo para encontrar una definición clara sobre la palabra «inteligencia», pero si el hecho de poseerla significa tener la capacidad de pensar, planificar y analizar las situaciones con el fin de ser capaces de actuar, los perros son seres inteligentes. Y si la definimos como la facultad de sentir y actuar en la vida conforme a las emociones y a los principios éticos y a la de saber gestionar las primeras de modo que nos beneficien o que, como mínimo, no nos hagan daño, estaríamos hablando de inteligencia emocional y los perros la tienen incluso más desarrollada que la nuestra, puesto que ellos no sufren el lastre de los prejuicios ni de los miedos sociales.

Sin embargo, y para ser justos, no es oro todo lo que reluce en el proceso de socialización y domesticación de la especie perruna, porque de un tiempo a esta parte sabemos que hay cada vez más perros con traumas y fobias que necesitan la ayuda de especialistas para gestionar sus emociones y mejorar la conducta.

Cuando se estropea el ordenador llamamos al informático, si deja de funcionar el televisor se llama al técnico y si el lavabo pierde agua, al fontanero; si no gestionamos bien las emociones acudimos a un psicólogo, y las cuestiones administrativas o de contabilidad las dejamos en manos de un gestor.

Confiamos plenamente en los profesionales y, por lo tanto, nada nos cuesta más que contradecir a alguien que ha estudiado, ensayado y trabajado sobre algo que nosotros no hemos hecho —o al menos tan entregadamente—. Por eso es difícil contradecir a René Descartes, el gran filósofo francés nacido en 1596, cuando aseveraba que los animales llamados irracionales actuaban de un modo similar a las máquinas.

Pues yo temo discrepar con este gran señor que, según tú, era un experto en «la materia». Y afirmo con toda mi energía que se equivocaba de cabeza a rabo —nunca mejor dicho— cuando decía que los perros no tenemos inteligencia, no sentimos y, además, carecemos de emociones.

El ingeniero Tommaso Francini diseñó unas estatuas para el jardín del palacio real de Luis XIV en Saint-Germain-en-Laye que constaban de una serie de resortes que mediante mecanismos hidráulicos conseguían que las figuras realizaran ciertos movimientos. El filósofo francés aseguraba que cualquier acción motora animal era meramente mecánica y que con mayor o menor complejidad los animales actuaban de un modo similar a las estatuas reales creadas por Francini. Si el animal, por ejemplo, sentía calor en una de las patas, esta sensación era interpretada por el cerebro y este mandaba una orden a la extremidad con el fin de retirarla de modo mecánico del foco de calor. O si el perro, por ejemplo, tenía hambre, se activarían los sistemas correspondientes para avisar al cerebro y que este ordenara al resto del organismo ponerse en marcha para buscar alimento.

Descartes plasmó todo esto en su obra el *Tratado del hombre*, y dijo que este modo de proceder de los animales llamados irracionales a la hora de solucionar cuestiones tan básicas como las aquí expuestas y otras más complejas es exactamente el mismo que utiliza el hombre, y que no por eso se puede afirmar que uno u otro carezcan o posean inteligencia por ello. Al fin y al cabo, abrir la nevera cuando tenemos hambre, levantar el pie si pisamos una chincheta o llamar por teléfono a un amigo si nos sentimos angustiados, no dejan de ser actos mecánicos. El cuerpo recibe una sensación externa mediante los sentidos en una tesitura concreta, esto genera un tipo de emoción o

sensación y el cerebro ordena a un grupo de músculos concretos o a la totalidad de ellos que se pongan en marcha para buscar una solución, pero afirmar por todas estas cuestiones que una especie es o no es inteligente o tiene capacidad de sentir —emocionalmente hablando— o no, es simplificar en exceso y, además, roza lo demagógico.

En una época como fue la de René Descartes, en pleno siglo XVII, era muy difícil posicionarse en torno a la inteligencia de los perros. Debemos tener en cuenta que por entonces la Iglesia católica gozaba de gran influencia cultural, filosófica, económica y política, y en el seno de la misma no había una posición clara al respecto. El hecho de asegurar que los animales poseían inteligencia era el preludio de afirmar que tenían alma, y esta era la opinión de buena parte de la sociedad, incluso, la de los pensadores católicos.

Esto generaba un debate: si el perro tenía inteligencia y alma, tendría derecho a tener una plaza en el cielo, en el paraíso; y esto significaba que si contaba con estas cualidades, otras especies —aunque tuvieran menor inteligencia—, probablemente también tendrían alma, ya que esta cualidad no es medible como sí lo es la primera.

Vamos, que vale que uno cuando se marchara al otro mundo se pudiera ir con su raudo galgo, su simpático caniche o su elegante bichón, pero compartir el cielo con tigres, cucarachas, escorpiones, lagartijas e insectos voladores ya era otra cosa, ¿no?

Probablemente René Descartes y algún pensador más de la época decidieron «tirar por la calle del medio» y hacer *tabula rasa* del mundo cognitivo y emocional de los animales no pertenecientes a la especie humana para evitar cualquier mal entendido con el pensamiento global de la sociedad ni con el de la Iglesia, entre otras cosas para no terminar como lo hizo Galileo. Se prefirió, por lo tanto, dar carpetazo al asunto. Por suerte, la inmensa mayoría de los católicos de la época y de los siglos anteriores y posteriores no necesitaron los experimentos preconductistas de Descartes y les bastó observar a sus propios perros y ver cómo estos respondían con amor al amor. Los ejemplos de san Juan Bosco, san Patricio, santa Margarita, san Francisco de Asís y de otras personalidades destacadas del cristianismo denotan un amor incondicional hacia los animales, en general, y hacia los perros en concreto.

DISTINTOS TIPOS DE INTELIGENCIA

Al margen de las opiniones filosóficas sobre si los perros tienen inteligencia o no la tienen, hoy está demostrado científicamente que, además de poseerla, está en evolución constante gracias al proceso de domesticación.

La inteligencia de un perro, al igual que la del resto de las especies —y de forma más evidente en los mamíferos—, se diferencia respecto de la nuestra en el grado o el nivel y no en el tipo. Es decir, un perro no posee una inteligencia distinta a la nuestra, sino que posee una menos desarrollada. Esto ya lo dejaba entrever Darwin en su tiempo y lo corroboró y desarrolló el psicólogo Stanley Coren en su libro *La inteligencia de los perros*, donde establecía tres tipos de inteligencia: la instintiva, la adaptativa y la funcional o de adiestramiento.

Si analizamos mínimamente estas tres, nos daremos cuenta de que ninguna de ellas es ajena al ser humano. La inteligencia instintiva podría ser la capacidad de cada individuo para desarrollar las cuestiones más básicas o las, como su nombre indica, inherentes al instinto. Marcharnos de un lugar en el cual percibimos, sin tener razones objetivas, que puede haber un peligro; percibir un olor y, sin ser expertos en gases letales, huir inmediatamente, intuyendo que puede haber un escape o una explosión; o, simplemente, negarnos a realizar una operación financiera con alguien de quien intuimos, sin que nos dé pruebas para ello, que nos está engañando.

La inteligencia adaptativa es la capacidad para resolver problemas cotidianos o la facultad de saber gestionar la relación con el entorno material, personal o con el mundo en general. También es la habilidad de gestionar las emociones y acertar en nuestras acciones.

La inteligencia funcional o de entrenamiento, al igual que las otras dos anteriores, es tan atribuible al ser humano como al perro. En nuestra especie sería la habilidad de adquirir nuevos conocimientos, memoria, interpretación de contenidos, habilidades académicas o matemáticas.

Entiendo, o simplemente aprender de una vez por todas cómo abrir un sobre de ketchup sin destrozarlo. Porque debes de reconocer que esto sí que os cuesta.

Por ello, la diferencia entre la inteligencia canina y la humana es de nivel y no

de tipo —con algunos matices emocionales como veremos más adelante—, y que, aparte del grado, lo único que nos distingue de los perros en cuanto a la inteligencia es la clase de vida que una especie y otra lleva. Nosotros tenemos instinto para las relaciones personales o los negocios; ellos, para saber si otro perro es peligroso o no. Nosotros tenemos una inteligencia adaptativa para llevarnos lo mejor posible con nuestro entorno; los perros, en este caso, también, con la diferencia de que ellos carecen de prejuicios y, por lo tanto, el modo de actuar con los demás miembros de su entorno suele carecer de actitudes negativas.

En definitiva, que tenemos un alma más limpia que la vuestra y no nos complicamos la existencia con rencores, envidias ni fobias preestablecidas.

Por último, en lo referente a la inteligencia funcional, hay que decir que ellos reciben entrenamiento y nosotros asistimos al colegio, instituto y universidad.

Una vez más, os damos como especie una gran lección: aun teniendo menor grado de inteligencia que vosotros, tenemos más capacidad instintiva y aprovechamos más y mejor la inteligencia adaptativa. Y si nos aventajáis en la funcional, esto no os garantiza ni mucho menos el ser más felices que nosotros, vuestros amigos peludos.

LA INTELIGENCIA INSTINTIVA

El *Canis lupus familiaris*, pese a haberse integrado por completo en nuestro sistema de vida, en nuestra sociedad, jamás ha perdido su instinto. Otra cosa muy distinta es que lo quiera utilizar o no, bien por comodidad, por pereza o por conveniencia. Probablemente nuestros antepasados, cuando salían de la cueva con hambre y veían pasar un jabalí, enseguida le daban caza. Ahora, salvo determinadas personas que lo hacen por diversión, a nadie se le ocurre de modo instintivo matar una paloma para comérsela cuando va dando un paseo por el parque.

Los perros, sin embargo, pese a haberse adaptado a nuestros horarios, costumbres y comodidades, no han perdido prácticamente sus instintos más básicos. Cuestión que les viene de maravilla para tener una base sólida que fortifique los otros dos tipos de inteligencia, la adaptativa y la funcional.

Esta clase de inteligencia en los perros es selectiva y diferenciada por razas. La manipulación de los humanos para hacer cruces y, en menor número de casos, la casualidad, ha conseguido que determinados perros tengan más instinto para cobrar piezas de caza, que otros tengan más desarrollada la habilidad de guiar, de encontrar sustancias, advertir de peligros o incluso de detectar sintomatologías en enfermedades de los humanos como algunas razas destinadas a prevenir subidas o bajadas de azúcar de los diabéticos y anomalías en el ritmo cardiaco entre otros ejemplos. Por lo tanto, todas estas predisposiciones ayudan sobremanera al segundo tipo de inteligencia que describía Coren, la adaptativa, pero sobre todo al tercer tipo, la funcional. Pues un perro que tenga desarrollado el olfato será un buen rastreador, uno que tenga un gran sentido de la orientación será un magnífico perro guía o aquellos que tengan un gran instinto protector serán buenos para el pastoreo o para perros de terapia.

Sari, he de reconocer que Spock, a pesar de haber recibido una formación más que considerable —con tan solo unos meses lo entregaron a una familia de acogida con la que inició un proceso de socialización (le enseñaron nociones básicas de educación, comportamiento e incluso de habilidades sociales), más tarde fue adiestrado durante más de medio año como perro guía y, luego, en el mes que estuve con él en la escuela, su adiestramiento llegó el punto más álgido de aprendizaje—, no ha renunciado a uno solo de sus instintos. Su raza, golden retriever —«buscador cobrador dorado»— lleva interiorizada la facultad de cobrar o recuperar objetos.

Además de no gustarme la caza por cuestiones éticas, filosóficas y de conciencia, no soy cazador ni lo seré por el bien de la humanidad, pues al final todos los refranes son máximas que terminan por cumplirse y no quisiera darle la oportunidad al que dice «donde pone el ojo pone la bala».

Aunque algunos perros no tengan que recuperar piezas de caza, su instinto de cobrar objetos lo tienen muy, pero que muy arraigado.

Sí, y si no que se lo digan a más de un invitado que ha descuidado su teléfono móvil en mi casa. Spock conoce perfectamente el modelo de mi terminal, y cuando ve otro distinto que ni tiene la forma del mío ni mi olor, considera que es un objeto extraño dentro de su territorio. Lo coge, lo olisquea, lo lame y luego, si nadie lo impide, comienza un minucioso análisis interior del aparato que consiste en partirlo en varios trozos y que suele tener como consecuencia el disgusto del dueño y que este tenga que comprar un teléfono nuevo a los pocos días.

Los canes tienen programados en sus genes la facultad de recuperar objetos

como lo tenían sus ancestros, los cuales fueron seleccionados genéticamente por el hombre con el fin de crear una raza idónea para la caza.

Ya, aunque seguro que Spock no te lleva pajarillos muertos, liebres o conejos y sí mandos a distancia, cojines, zapatillas, teléfonos móviles y muñecos de peluche.

A pesar de que hemos dicho que la diferencia de la inteligencia entre especies es de grado, hay que tener en cuenta, sobre todo en la instintiva, de que esta no es igual en todas las especies, pues un perro puede llegar a alcanzar un grado igual al de un niño pequeño —según la raza y el ejemplar canino, esta podría ser similar a la de un bebé de meses o a la de un niño de dos, tres o cuatro años—. Según sean sus habilidades instintivas, a la mayoría de los perros se les pueden enseñar a traer el periódico, a guiarnos hasta la panadería o a ladrar cuando merodean unos extraños por los alrededores de nuestra casa. Y esto lo podría hacer perfectamente cualquier niño.

Perdona, lo de ladrar no creo que lo puedan hacer los niños, y lo de detectar olores bajo el agua o bajo tierra no habría ser humano que lo pudiera hacer.

El perro, que ha vivido los cambios sociales, culturales, productivos y de costumbres del ser humano acaecidos en los últimos cien mil años —y más desde hace doce mil—, ha experimentado avances significativos en muchos aspectos, concretamente en los cerebrales, conductuales y cognitivos, pero ha conservado —pese a una completa domesticación— su inteligencia instintiva más básica y fundamental. Se puede afirmar, además, que la permanencia del instinto en su comportamiento no ha supuesto para el perro —desde el punto de vista adaptativo y funcional— ningún lastre.

El instinto más primitivo y más animal propiamente dicho del perro le dota de una serie de facultades que le facilitan la vida diaria y le ponen, en cuanto a lo funcional se refiere, muy por encima de otras especies al potenciarse así los otros dos tipos de inteligencia descritos por Stanley Coren.

LA INTELIGENCIA ADAPTATIVA

Es el conjunto de habilidades que cada ser vivo tiene para adaptarse a determinadas situaciones con el fin de superar dificultades, conflictos y, en términos generales, facilitarse a sí mismo las cosas. Es un aprendizaje que se va desarrollando mediante la acción, reacción y desenlace, y juega un papel importante el ensayo, la repetición de situaciones y acciones y el análisis de modo inteligente de los errores.

En términos humanos, podemos poner infinidad de ejemplos de nuestra inteligencia adaptativa, pero hemos de ser conscientes de que pese a haberse escrito ríos de tinta al respecto en miles o millones de libros de crecimiento personal y autoayuda, la puesta en práctica de este conocimiento deja mucho que desear en nuestra especie. Y todo ello se debe a sentimientos tan poco naturales como el orgullo, la envidia, el miedo irracional, el odio o el fanatismo entre otros muchos, una cuestión más en la que los perros nos aventajan y de la cual tenemos que aprender.

Entiendo. Eso quiere decir que si tú tienes la costumbre de cerrar con fuerza la puerta de madera de tu despacho, y nunca pasa nada, y un buen día cambias de oficina y en el nuevo despacho hay una puerta de cristal, la cual cierras con el mismo ímpetu que la anterior y esta se desquebraja, lo más normal es que desde ese día te adaptes a la nueva situación y comiences a cerrarla con cuidado, ¿verdad? Sobre todo a partir de la factura del cristalero de trescientos euros, ¿no?

Por ejemplo, si en cierta ocasión prestamos un disco de Luis Eduardo Aute a una compañera de trabajo y años después aún no nos lo ha devuelto, cuando otra persona o esta misma nos pida otro disco, libro o MP4, en nuestro cerebro se activará una serie de mecanismos que nos harán acordarnos de Aute y de la citada compañera, y comenzaremos a realizar un pormenorizado análisis situacional que nos llevará a tomar una u otra decisión: dejarle el disco, pues no todo el mundo tiene la misma jeta, no dejárselo, pues la otra compañera tampoco parecía tener pinta de querer quedárselo, decirle que tenemos por norma no dejar libros ni discos, dejárselo y ser muy beligerantes a la hora de reclamárselo en caso de que comience a retrasarse con la devolución.

Sari, supongo que no te servirá, pero me viene a la cabeza un consejo que me dio una vez un profesor de música del colegio: los libros y los discos no se prestan a los amigos, pues perderemos el libro, el disco y al amigo. Así que ya sabes.

De momento, los perros no se prestan entre ellos discos, pero sí que gozan de gran inteligencia adaptativa de un modo natural y más desarrollada gracias a la socialización con los seres humanos.

El primer año que tuve a Spock, estuvimos en Menorca en casa de unos familiares. La casa tiene dos piscinas, una grande, cuya profundidad máxima sobrepasa los dos metros hasta llegar al otro extremo en rampa donde la profundidad es de un metro aproximadamente. La otra tiene una profundidad uniforme que no debe llegar a medio metro.

A los golden retriever y a Spock como al que más, les suele apasionar el agua, y nada más soltarlo en el jardín y tras trotar unos segundos, se lanzó con un espectacular salto de león a la piscina grande. Realizó una selección cuantitativa, de igual manera que un amante del chocolate hubiera escogido una tableta grande en detrimento de una onza suelta. Pues bien, nadó de un lado a otro, estaba feliz, muy feliz. Yo me tiré también y lo pasamos genial, pero llegó el momento de salir. Se le veía agotado y no encontraba manera de hacerlo por él mismo, ya que sus patas traseras no podían alcanzar el suelo de la piscina para impulsarse hacia fuera ni tan siquiera por la parte que menos cubría. Yo tampoco podía sacarlo desde dentro de la piscina, pues a sus cuarenta y dos kilos había que sumarle otros tantos del agua retenida en su gran pelaje.

Tuve que salir y tirar de él desde fuera. Toda la familia nos llevamos un gran susto porque éramos novatos en esto de los perros guía, pero el que se agobió de veras fue el bueno de Spock, que sintió gran alivio cuando pudo pisar tierra firme.

Esto le pasó hace siete años y ahora, cada vez que vamos allí de visita, y pese al momento tan divertido que pasó nadando, hay un mecanismo que se activa en su cerebro y opta por entrar en la piscina pequeña. Pero no solo eso. Desde aquel percance no ha vuelto a meterse en ningún río, pantano o piscina, a no ser que tenga la seguridad de que cubren por debajo de su altura.

La inteligencia adaptativa va más allá de un simple aprendizaje por una mala experiencia concreta. Los perros pueden recordar el pasado y sentir el miedo que experimentaron. Ellos, de igual manera que nosotros, son muy capaces de memorizar situaciones y de aprender de sus propias vivencias.

La inteligencia canina no es, por lo tanto, una inteligencia simple y exclusivamente instintiva que sirve para solucionar cuestiones básicas en un presente absoluto. Los humanos en ocasiones usamos pequeños trucos de inteligencia adaptativa que no están basados en el presente y en la certeza concreta. Valoramos las probabilidades para hacer un cálculo de lo que puede ocurrir y así obtener resultados de nuestras acciones que nos proporcionen mayor bienestar y comodidad.

En mi época de estudiante tenía un profesor muy inteligente y muy amable con los alumnos. Solamente tenía un pequeño defecto personal y académico: se pasaba más tiempo en la cafetería que en las aulas o que en su despacho, y no tomando precisamente café.

Cuando necesitaba hablar con él o consultarle alguna duda, al principio siempre iba a buscarle en primer lugar a su despacho. Si no estaba allí, miraba en el aula donde solía dar clase y, finalmente, iba a la cafetería.

Fueron tantas las veces en las que no lo encontré en su despacho ni en clase, que adopté la costumbre de mirar primero en el bar. Afortunadamente para mí y desafortunadamente para su hígado, le encontraba aquí en más ocasiones.

La inteligencia de los perros, sus sensaciones y emociones no son exclusivamente lineales. Ellos recuerdan el pasado, piensan en el futuro y viven en el presente. Además, utilizan estos tres espacios temporales en beneficio propio para sus acciones y toma de decisiones. Por ejemplo, es conveniente que los perros tengan juguetes, pero a lo sumo uno o dos para que sepan que no todo objeto que cabe en la boca se puede morder. Si tienen cincuenta difícilmente distinguirán que un *smartphone*, una zapatilla, un *pendrive* o la dentadura del abuelo no lo son. Aunque esto también es una cuestión de valoración de probabilidades y de inteligencia adaptativa.

Spock solo tiene un par de juguetes —uno de caucho ultrarresistente y una pelota maciza del mismo material—. Lo lógico sería que se guardaran en un sitio donde fuera sencillo localizarlos para cuando le apeteciera jugar.

Yo los solía poner al principio al lado de su cama, y él, cada vez que quería jugar, siempre miraba allí primero. Como solían terminar debajo del sofá o de cualquier otro mueble, llegó un día en el que me cansé de dejarlos en su sitio. Pese a esto, él seguía yendo a su camita a buscarlos, y, tras unos segundos de frustración y de gimoteos, miraba debajo del sofá, aumentando el tono del lloriqueo con el fin de que un servidor le levantara el mueble. Pues bien, llegó un momento en el que Spock realizó un inteligente cálculo de probabilidades y entendió que había más posibilidades de encontrarlos debajo del sofá que al lado de su cama, y desde entonces es donde primero busca.

El hecho de que suene un timbre no significa nada más que alguien ha pulsado un interruptor y se ha producido un sonido, pero si hilamos acciones y situaciones entre sí, seremos capaces de memorizar consciente o inconscientemente estas acciones.

Los perros también pueden hacerlo, y la mayoría se ponen alegres cuando

escuchan que llaman a la puerta. No es el sonido en sí lo que les produce alegría, es la posibilidad futura de que en unos segundos aparezca un ser querido. De hecho, cada vez que suena un timbre suelen ir corriendo con un objeto en la boca moviendo el rabo y dando vueltas de alegría pensando que pueda ser un amigo de dos patas. Después, frustrados, suelen soltar el regalo al suelo y tumbarse tristes al comprobar que tras la puerta estaba al cartero o al repartidor de pizzas.

Por cierto: un saludo muy cordial a todos los repartidores y carteros que lean esto. Entended que Spock prefiere la visita de alguien que le rasque la panza durante unos minutos en el sofá del salón.

Puesto que ya sabemos que Coren y otros estudiosos del comportamiento canino definen la inteligencia de los perros respecto de la nuestra como una inteligencia diferente en cuanto al nivel, y aquí estamos teorizando sobre la posibilidad de que en ciertas ramificaciones de la inteligencia canina puedan existir rasgos distintos de tipo, necesitamos saber, aun siendo conscientes de que esta facultad es el máximo exponente de la inteligencia adaptativa, si los perros tienen capacidad de empatizar.

Sería un suicidio científico e intelectual afirmar que los perros son capaces de empatizar, pero también lo es afirmar lo contrario. Existen centenares de casos donde se demuestra que no son capaces de ponerse en el lugar del otro. Por ejemplo, cuando se orinan encima de otro can suponemos que no se preguntan si a este le agrada o no, cuando nos quitan un trozo de pan de la mesa, cuando nos rompen un zapato jugando o cuando expulsan una flatulencia a poca distancia de nuestras glándulas pituitarias.

Ahora bien: ni estas ni otras muchas anécdotas verifican que los perros no empaticen con sus congéneres o con los humanos. Estos casos pueden deberse a diversas cuestiones que darían casi para otro libro. Que su escala de valores sea diferente, que sus gustos por los olores sean distintos a los nuestros o que les pueda más el instinto de conseguir comida que la educación adquirida es otro tema.

Cuando los perros necesitan algo, lo piden con todo el ímpetu del mundo. Ladran con fuerza a la hora de demandar alimento, pegan golpecitos con la pata si quieren jugar o posan sus kilos encima de sus dueños sin previo aviso

si desean que los acaricien mientras se ve la tele.

Me acaba de surgir una duda con lo que acabas de decir, y que he preguntado a mis amigos perrunos y no han sabido contestarme, ¿los ciegos también veis la tele? Desde luego los humanos sois muy raros.

Existe tanta confianza entre algunos perros y sus dueños que podemos llegar a la conclusión de que algunos empatizan con los amos.

Cuando Spock tiene gastroenteritis y le duele la tripa de madrugada, la necesidad de ir al jardín es muchísimo más apremiante que las peticiones de comer, de mimos o de juego, pero, aun así, no se pone a ladrar a las tantas de la noche para que le acompañe a toda prisa a hacer sus necesidades fisiológicas fuera. Viene despacio a mi habitación, lloriqueando flojito, se marcha hasta la puerta de salida y regresa otra vez gimoteando algo más fuerte. Y cuando ya no puede más, se pone de pie en el suelo mientras yo sigo tumbado y coloca su hocico en mi oído y continúa gimoteando.

Seguro que muchos perros se comportan de la misma forma porque saben que no es nada agradable para los humanos que les despierten con sobresaltos. Y seguro que no tendrían tantos reparos si fueran las cinco de la tarde y los dueños estuvieran despiertos. Por lo tanto, ¿empatizan los perros con las personas o no?

LA INTELIGENCIA FUNCIONAL

Este tipo de inteligencia que describía también Stanley Coren se refiere única y exclusivamente a la capacidad de los perros para aprender cosas nuevas para su trabajo o para su desenvolvimiento social y no solo, como veremos más adelante, se ciñe a aquello que el hombre le pueda enseñar.

Está ligada a la inteligencia instintiva y determina ciertas habilidades más o menos desarrolladas en cada raza. Por esto, será más fácil enseñar a un perro que pertenezca a una raza con un buen olfato a encontrar sustancias ilegales en un paso aduanero que a otro que tenga mermadas estas facultades. No solo será más sencillo enseñarle, sino que por razones obvias podrá desempeñar estas funciones mejor que otros.

Pero no basta con tener una buena predisposición genética para el adiestramiento de un perro, también hay que tener en cuenta otras cuestiones ligadas a la inteligencia adaptativa como son el nivel de obediencia, la actitud y la sociabilidad del can. Por lo tanto, y con los matices derivados de su pertenencia a una u otra raza, en el perro también cuenta el carácter individual, en el que influyen sobremanera el entorno, el tipo de educación, las circunstancias en las que se haya criado, sus propias experiencias vitales — buenas o malas— e incluso el carácter de sus dueños. La actitud del amo cuenta mucho en la actitud de un perro.

Como también ocurre con las personas, la primera etapa de su vida es decisiva en este sentido. Al ser un animal acostumbrado a vivir en manada, cuando es separado de ella, de su madre y hermanos, su tendencia socializante se refleja en el nuevo grupo, en el de sus dueños y en el de sus familiares. Y como en la manada hay jerarquías, el perro necesita que estas estén claras en el nuevo grupo para sentirse cómodo. Es decir, el humano ha de dejarle claro que las personas que están con él siempre están por encima en la autoridad y, como decíamos, se le debe demostrar desde cachorro porque de lo contrario será él quien tienda a imponerse y a ocupar ese rol.

Ese periodo de socialización —clave para el futuro— comienza entre la tercera y la decimosegunda semana de vida del perro. Y es en las seis últimas donde se desarrolla el apego a los humanos, que se deriva de la necesidad de satisfacer el estrés emocional, la soledad o el miedo a través de recompensas afectivas. De ahí que los perros criados en casas sean más mansos y confiados y respeten más a los niños.

La mayoría de los problemas de convivencia entre el perro y el hombre se debe a conflictos sociales surgidos en esa etapa, casi siempre por una mala interpretación por nuestra parte de lo que el animal intenta comunicarnos.

Situar al perro en un lugar concreto de la jerarquía de la manada-familia no es ni mucho menos humillarlo, cosificarlo ni ir en contra de su naturaleza, sino todo lo contrario. Asumiendo desde un principio que el *Canis lupus familiaris* ya es un animal doméstico, dejarle a su libre albedrío estaría más cerca del abandono físico y emocional que del respeto de sus derechos como animal. Por lo tanto, hemos de darle el lugar en la familia-manada en el cual se sienta cómodo y no viva desubicado ni estresado. Y a través de un buen adiestramiento logramos que no solo sea magnífico desde el punto de vista funcional, sino que sea un perro más feliz cuanto más realizado se sienta.

La inteligencia funcional de los perros no solo está ligada al adiestramiento o a la domesticación. Un perro salvaje que viviera en una manada canina también necesitaría una buena inteligencia funcional para autorrealizarse y ocupar el lugar adecuado en su entorno. Aprender que otro perro es el líder de su manada, saber qué papel le corresponde en las acciones individuales y colectivas del grupo son cuestiones más que necesarias para la vida salvaje de un perro, y esto no se adquiere dejando aflorar el instinto, sino aprendiendo a través de su inteligencia adaptativa y funcional.

Por lo tanto, son varios y no solo uno los factores por los cuales un perro o una raza pueden ser catalogados como óptimos para recibir adiestramiento. Hemos de tener claro que un perro desobediente, excesivamente dominante, perezoso o independiente —o cualquier otra característica que le haga menos apto para recibir adiestramiento del hombre— no tiene por qué ser menos listo que otro según determinados trabajos caninos.

Es cierto. Pero también los humanos sois tan variopintos en carácter que tenéis la obligación de garantizarnos bienestar emocional y nuestros derechos como seres vivos para darnos la más feliz de las existencias.

Ya hemos hablado que la manipulación del hombre mediante la selección genética ha provocado que cada una de las razas posea determinadas actitudes y habilidades para una o varias labores concretas, que son las que determinan, generalmente, muchos aspectos del comportamiento del animal. Por ejemplo, un perro de guarda debe ser desconfiado de los extraños, lo mismo que un perro policía ha de tener reacciones inmediatas a las órdenes del hombre.

Aunque del millar de razas catalogadas y no catalogadas solo se ha estudiado en profundidad el comportamiento de una cuarta parte, la conclusión a la que han llegado la mayoría de los etólogos y adiestradores es que, aun sin absoluta certeza científica, las diferencias apreciadas en cada grupo de canes indican, como decíamos, que la raza a la que pertenezcan marca el carácter de los individuos.

Y es así cómo los adiestradores caninos norteamericanos diferencian varios grupos básicos de ellas, según la inteligencia mostrada en su educación.

RAZAS DE PERRO E INTELIGENCIA FUNCIONAL

RAZAS DE INTELIGENCIA FUNCIONAL Y OBEDIENCIA MÁS ALTA

Entre estas estarían, *grosso modo*, perros tan distintos como el collie, el caniche, el pastor alemán, el golden retriever, el labrador o algunos tan supuestamente temibles como el dóberman o el rottweiler. Pero tanto unas como otras son, precisamente, también las más «amigables», las de mejor trato con los humanos. No en vano, la clasificación incluye las razas más utilizadas como perros guía.

RAZAS DE TRABAJO CON NIVEL DE INTELIGENCIA FUNCIONAL SUPERIOR A LA MEDIA

Son los perros que recuerdan con facilidad su adiestramiento y mejoran con la práctica de sus funciones. Aquí se incluirían el corgi, el schnauzer, el spaniel, el pomerania, el yorkshire, el terrier, el samoyedo, el dálmata, el setter...

RAZAS DE INTELIGENCIA FUNCIONAL Y OBEDIENCIA MEDIA

Tienen una respuesta más lenta que los anteriores a las órdenes y estímulos. En este grupo nos encontramos con el fox terrier, el pointer, el husky siberiano, el cavalier king Charles, el bichón, el grifón, el bóxer, el dogo, el podenco, el west Highland, el malamute...

RAZAS CON UN NIVEL MÍNIMO O MUY BAJO DE INTELIGENCIA FUNCIONAL

Son razas poco aconsejables para quienes se hagan con un perro por primera vez, ya que, por desobedientes y desafiantes a la autoridad, algunas de ellas llegan a considerarse como imposibles de adiestrar.

En este caso nos encontraríamos al bulldog, el galgo, el basset hound, el mastín, el san bernardo, el chow chow y, a pesar de las apariencias, la mayoría de los perros de compañía de pequeño tamaño, como el crestado chino, el chihuahua, el shih tzu, el beagle o el pequinés.

No te olvides señalar que esta inteligencia funcional, o capacidad de aprendizaje, que tanto estiman los entrenadores no es el único rasgo de comportamiento que hay que valorar en nosotros, ya que en nuestro carácter también cuentan aspectos como la sociabilidad —con vosotros los humanos o con otros canes—, la curiosidad o la utilidad para el trabajo que queréis que realicemos.

LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LOS PERROS

Este punto es el más controvertido desde una perspectiva meramente científica. Está de sobra demostrado que los perros poseen los tres tipos de inteligencia descritos por Coren —instintivo, adaptativo y funcional—, pero existe un cuarto, el emocional, que no está científicamente probado que tengan en los canes y que ponen en duda la mayoría de los expertos, aunque no por ello le vamos a dar menos importancia en este libro; más bien todo lo contrario.

Ya hemos dicho que los psicólogos y etólogos coinciden en que la inteligencia de los perros en comparación con la del hombre es de grado y no de tipo, y quizás aquí encontremos la más interesante de las controversias. Tal vez, a fuerza de teorizar y observar, lleguemos a alguna conclusión o a abrir todavía más interrogantes que nos conduzcan a una conclusión final.

Debemos tener en cuenta dos factores. En primer lugar que la inteligencia emocional del *Canis lupus familiaris* con respecto de la humana probablemente sea de tipo además de ser de grado —o es posible que solo sea de tipo y que ambas especies poseamos una inteligencia emocional de un nivel similar—. La segunda cuestión es poner en duda que el hecho de poseer o de

carecer de una capacidad emocional o sentimental tenga algo que ver con ser inteligente.

Los sentimientos y las emociones no constituyen ningún tipo de inteligencia, sin embargo, la capacidad de gestionarlas sí.

Espero que seas capaz de demostrar en este apartado —aunque no estoy yo segura de ello— que los perros, gracias al proceso de domesticación sufrido, hemos desarrollado extraordinariamente estas facultades.

Si la inteligencia emocional es un tipo de inteligencia ¿no es susceptible también evaluarla —tanto de clase como de nivel— entre los individuos de una misma especie? Y de igual manera que hay humanos que tienen más o menos capacidad emocional, habrá perros que tengan uno u otro nivel, y que, por lo tanto, sean capaces de gestionarlas como lo hace el hombre con sus emociones y sentimientos.

Si pretendemos teorizar seriamente sobre si los perros sienten, hemos de tener claro de que en caso de hacerlo no tiene que ser ni mucho menos a nuestra manera, bajo nuestra propia escala de valores ni de modo igual o similar a nuestra conciencia, por nombrar algunos de los muchos indicadores.

Creo que debes aclarar con toda rotundidad que los perros sentimos —«a nuestra manera», como tú dices, pero sentimos— y que tenemos emociones y, además, que las mostramos —no sé yo si lo que has dicho va a tranquilizar o escandalizar aún más al lector—.

Puesto que el grado de inteligencia de los niños humanos y el de los perros es similar y, además, estos comparten entre sí en infinidad de ocasiones el *modus operandi*, los adultos tendemos a interactuar con ambos de un modo parecido.

Sari, desde luego que lo voy a aclarar y que te voy a dar mi opinión más sincera. Fíjate, Spock es un perro muy bueno —seguro que igual que tú—, al que casi nunca tengo que regañar, pero de vez en cuando hace alguna travesura y, lo mismo que haría con mi hijo, en aras de una buena educación, no dejo que pase desapercibida.

Hace tiempo se me cayó al suelo un pendrive al que sé que Spock le tenía muchas ganas, pues estaba recubierto de goma como muchos de sus juguetes y tenía la forma de una pieza de Lego. Podría decir que el objeto era hartito tentador para su mentalidad de chiquillo-perruno travieso.

Aprovechó la ocasión para hacerse con el trofeo cuando yo estaba hablando por teléfono y no escuché como este caía al suelo, pero sí que oí a Spock comenzar a masticarlo. Corté la llamada de inmediato y debió notar mi premura al escuchar el modo de despedirme de mi interlocutora.

Dejó de masticar y me miró con la esperanza de poderse librar de la bronca — hasta aquí otro claro ejemplo de inteligencia adaptativa—, pero toqué su cara con una mano y supe que ponía su casi irresistible expresión de niño bueno que nunca ha roto un plato.

La otra mano se la metí en la boca. Sus enormes dientes y sus afilados colmillos sujetaban el malogrado pendrive, que lo soltó sin resistencia. Le regañé simplemente con un escueto y severo ¡no!

Enseguida se puso de modo sumiso a mis pies echándole algo de cuento, pues la bronca no había sido para tanto.

Spock, como buen perro con alma de niño, sigue viendo de vez en cuando mi malogrado pendrive, el cual lleva un par de muescas colmilleras, y lo suele mirar sin cogerlo, pero en su actitud noto que tiene la gran tentación de hacerlo.

La escena descrita tiene tintes de inteligencia funcional, pero con algún matiz de gestión y utilización de emociones a favor del perro. Esto significa que pone en un lado de la balanza el hecho de volver a coger la pieza para seguir jugando con ella y terminar de romperla, y al otro extremo la posibilidad de ser pillado y llevarse otra bronca.

Tu querido Spock da un ejemplo de la desarrollada inteligencia adaptativa y funcional que tenemos los perros. Pero yo iría mucho más lejos y diría que él pone en valor si le compensa —desde el punto de vista emocional— escuchar otro ¡no! malhumorado tuyo a cambio de unos segundos de juego, los cuales puede obtener seguramente de otras muchas maneras sin coste emocional.

Con lo cual Spock no solo demuestra que se pone triste cuando le regañas, cuestión que denota una emoción negativa, sino que sabe administrar y gestionar —e incluso evitar— ese tipo de emociones mediante la contención y la búsqueda del equilibrio, inteligencia emocional a todas luces.

Tengo yo ganas de conocer a tu Spock. Seguro que podría contarme algún secreto tuyo inconfesable.

Los perros ríen y lo expresan a su manera cuando mueven el rabo. Y los perros lloran —todos lo hemos escuchado en alguna ocasión—. Ya hemos dicho que en cuanto al tipo de emociones quizás sería un error pensar que tienen las mismas que los humanos, pero un error aún mayor sería negar rotundamente que no las tienen.

Hombre, yo espero que al menos lo pongáis en duda, aunque ya te digo que yo sí que lloro a veces. Bueno, más que a veces.

Es frecuente ver cómo dos o más canes que se juntan en un espacio abierto —parque, solar, campo...— forman una manada efímera, y enseguida hacen valer su fuerza física y psicológica para aspirar a ganarse un puesto alto en la jerarquía del grupo. Esto podría ser tildado de inteligencia adaptativa o incluso inteligencia social, pero en estos casos las más de las veces suelen producirse conatos de pelea que no van más allá de algún gruñido, muestra amenazante de dientes o una ligera aproximación de estos a la piel del contrincante. Y el sujeto que pierde esa batalla —que podríamos tachar de físico-psicológica— suele emitir una serie de chillidos que tienen mucho de llanto por el miedo de que su contrincante llegue más lejos de una simple amenaza, por la pena por verse sometido y haber perdido la oportunidad de ascender un puesto en el escalafón e incluso por la rabia, la impotencia y la frustración. Estos son los sentimientos que denotan esta clase de sonidos. No se trata del simple lloriqueo o quejido mecánico que el perro hace cuando se daña una pata u otra parte de su cuerpo por un pisotón humano o un mordisco perruno, es un llanto de dolor emocional.

Pues, mira, aquí no tengo más remedio que darte la razón. No es la piel ni los huesos lo que nos duelen cuando perdemos, es el alma humillada por la derrota. Qué bien me ha quedado esto último.

Ni es el nuestro el mismo sistema emocional que el de ellos ni son, en su mayoría, las mismas cosas las que nos preocupan, nos alegran, nos agradan, nos divierten o nos duelen. A los humanos nos puede poner profundamente triste la pérdida de un familiar o de un amigo. La pérdida del trabajo nos puede preocupar hasta paralizarnos por completo. Nos alegra el cine, bailar, que gane nuestro equipo, que nazca un hijo, que nos ofrezcan un buen proyecto.

El sistema emocional del hombre es tan complejo y retorcido que seríamos capaces de experimentar emociones positivas con una desgracia ajena: que a ese vecino que nos moja la colada al regar los geranios se le sequen o se le pudran de tanto echarle agua, que se quede afónico ese jefe que tanto nos chilla o incluso que se haga un esguince esquiando el compañero que siempre presume de pasar unos días al año en Baqueira Beret.

Espero que no sea tu caso y estas cosas no te hagan feliz. Si fuera así, tendrías tal nivel

de maldad que necesitarías ponerte en manos de un especialista. ¿Tú crees que los perros tenemos este tipo de emociones? Yo rotundamente te digo que no.

El sistema emocional de los animales llamados irracionales —aunque mejor sería denominarlos animales instintivos— es afortunadamente mucho más sencillo que el nuestro, que está, como ya hemos dicho, en ocasiones desvirtuado.

Puesto que ellos, pese a estar domesticados totalmente, llevan un tipo de vida diferente a la nuestra y, además, no pertenecen a nuestra misma especie, habrá situaciones en las cuales su sistema emocional funcione de un modo distinto al de los humanos y habrá otras ocasiones en las que tan siquiera reaccione.

Hablábamos antes sobre la tremenda preocupación que nos produciría a cualquier persona perder nuestro trabajo. En este caso, podríamos pensar que un perro «trabajador» no reaccionaría negativamente —no tiene hijos que mantener, hipoteca que pagar y muy probablemente su dueño seguiría proporcionándole el pienso necesario para vivir—. Un perro guía, por ejemplo, comienza su vida laboral alrededor de los catorce o diecinueve meses de edad y ejerce «su profesión» hasta que sus facultades físicas y psíquicas se lo permiten.

Imaginemos que un perro guía —llamémosle Nazán— se prejubiliza o se incapacita siendo joven por culpa de cualquier motivo —no tiene por qué ser dramático—, como que no se oriente bien, tenga una ligera pérdida de visión o sea demasiado rebelde y no obedezca. A Nazán indudablemente le encantaba su trabajo, había sido adiestrado para ello y se había acostumbrado a ir todos los días de lunes a viernes con su dueña a la oficina y a disfrutar de los *hobbies* de ambas los fines de semana. Sin embargo, ahora Nazán tiene que quedarse en casa mientras Sonia —llamémosla así— trabaja y se va con su nueva perrita. Nazán no tiene preocupaciones por la pérdida de su trabajo, aunque echa de menos a Sonia. Tiene mucho tiempo para dormir y eso le encanta, pero cuando se despierta a veces lloriquea por el pasillo buscando a su dueña. Todo se le pasa cuando la nueva perrita y Sonia regresan a casa después de trabajar. Además, los fines de semana son mejores, pues su ama les lleva a los dos con la ayuda de su novio al parque y allí los cuatro lo pasan estupendo junto a otros humanos y perros. La vida para Nazán ha cambiado

por completo, pero ¿será más feliz ahora que antes?

No sabría yo qué decirte. No tengo una respuesta exacta a esa pregunta, lo que sí que tengo claro es que si existiera la posibilidad de subsanar el problema que le impide trabajar a nuestro amigo imaginario Nazán y volviera a guiar, él estaría encantado.

También hemos hablado antes del dolor profundo que sentimos los humanos ante la pérdida de un ser querido. Sentimiento que también sufren los perros.

Sari, te cuento una historia para que veas que estoy convencido de esto último. Mi madre tuvo durante casi dieciséis años un yorkshire llamado May. Cuando llegó a la casa con apenas unos días era un cachorro juguetón y algo refunfuñón; luego, según iba creciendo, le fue cambiando el carácter a mejor.

Siempre fue un perro muy territorial, cada vez que alguien se acercaba a los contenedores de basura que estaban cerca de la casa, se encaramaba al vallado y ladraba con desenfreno.

Pese a que May pesaba poco más de tres kilos, era un guardián estupendo. Como te digo, el carácter le cambió con los años y se fue haciendo más tranquilo y cada vez más cariñoso. Daba mucho amor a todo aquel que le rodeaba y también necesitaba recibirlo de los demás. Era típico estar sentado en familia viendo la tele y que se te acercara a pedirte caricias, dándote golpecitos con su diminuto hocico; y si cesaban las caricias, insistía para que continuaras. Era difícil poder parar.

Cuando May tenía catorce años, llegó a la casa un nuevo miembro, un shih tzu de apenas unos días de vida. Al principio el vigoroso, pero casi anciano May, tuvo el síndrome del príncipe destronado y no le sentó demasiado bien la llegada de Pancho, pero en unos meses, May adoptó el papel de maestro con su nuevo amigo.

Pancho era —y sigue siendo— un perro asustadizo, pero May le enseñó a defender el territorio cada vez que alguien se acercaba a la casa. Probablemente Pancho, de no haber contado con las enseñanzas de su mentor, hubiera sido aún más asustadizo y no hubiera emitido ni un solo ladrido cuando alguien se acercara a la casa.

Pancho, pese a tener un carácter complejo como el de la mayoría de los shih tzu, adoraba y admiraba a May. Pancho es un perro que, excepto con mi madre, no tiene prácticamente la necesidad de relacionarse con nadie más, ni perruno ni humano. La interacción con el resto de seres suele consistir en soltar un mordisco cuando alguien se acerca con la sana intención de acariciarle.

El fatídico día que May terminó su ciclo vital, lo estuvieron buscando por la casa infructuosamente, hasta que Pancho alertó con sus ladridos y lamentos el lugar donde se encontraba, ya sin vida, el cuerpecito del maestro. Había sufrido una parada cardíaca correteando como solía hacer y apareció inmóvil enredado en las ramas en el hueco que forma el seto y el muro del cercado.

Pancho estuvo unos días sin comer, frecuentaba melancólico el lugar donde había aparecido el cuerpo sin vida de May y desde entonces adoptó con más ímpetu muchas

de las actitudes y acciones de May, tales como beber agua directamente de la piscina en vez de su bebedero, rodear la casa corriendo y ladrando marcando el territorio y ocupar los lugares favoritos de May para el descanso.

Los perros sienten la pérdida de sus congéneres de una forma y a un nivel distinto al nuestro, pero lo sienten y lo padecen. Cualquier miembro de la manada que desaparezca, bien sea el maestro o el discípulo, lo extrañan y les duele, pero el proceso tan profundo de domesticación ha llegado a tal punto que ninguna pérdida de un amigo perruno para otro perro es mínimamente comparable a la pérdida de su amo y su amigo.

Son muchas cosas las que debemos ponderar, analizar y cuestionar para afirmar que los perros poseen emociones y sentimientos, pero siendo mínimamente observadores llegaremos a la conclusión de que sí que las poseen, aunque como hemos dicho, estas se diferencian de las nuestras en su tipología y en la manera de mostrarlas. Esto último no significa ni mucho menos que las emociones, los sentimientos e incluso por qué no decirlo, el modo de amar de los perros sea inferior al nuestro. Muchos seres humanos serían capaces de hacer cosas maravillosas por otros seres humanos e incluso por otros seres de otras especies, pero los perros también le van a la zaga en cuanto a solidaridad, compañerismo y fidelidad a algunos humanos. Son muchos los casos de canes que han consagrado el resto de sus días a la espera tras desaparecer e incluso morir su dueño. ¿Instinto? ¿Disciplina? ¿Obediencia? ¿Sumisión? No se sabe, en cualquier caso es un modo de amor y bastante sólido por cierto.

ASOMBROSA FIDELIDAD CANINA

En muchas ocasiones, la relación de perros y amos llega a alcanzar un grado absoluto de fidelidad al establecerse entre animal y hombre un vínculo indestructible que, en el caso de los canes, va hasta más allá de la muerte.

Ya en la mitología clásica nos encontramos con Argos, el perro de Ulises, que esperó en Ítaca durante veinte años a que su amo regresara. Cuando el héroe llegó a casa disfrazado de mendigo, Argos fue el único que le reconoció. Murió a sus pies, viejo y feliz, según cuenta la leyenda.

Pasados los siglos, en concreto hasta llegar al XIX, nos encontramos con uno de los primeros casos reales y famosos que se conoce al respecto, que no es otro que el de Bobby, un terrier que permaneció catorce años custodiando la tumba de su dueño, John Gray, un policía de Edimburgo que falleció de tuberculosis en 1858. El perro se quedó el resto de su vida en el cementerio hasta que murió también sobre la tumba de Gray, lo que llevó a que la ciudad le erigiera una estatua al animal, mirando, claro, en dirección a la última morada de su amo.

Pero quizás la más conocida de estas historias sea la de Hachiko, un perro de raza akita que ha inspirado no solo novelas y relatos, sino también un par de películas basadas en su ejemplo, datado en la década de los años veinte del pasado siglo.

Hachiko era propiedad del profesor universitario Eisaburo Ueno, a quien el animal iba todos los días a esperar, a la misma hora, a la estación de Shibuya, en Tokio, a la vuelta de su trabajo en la universidad. Pero Eisaburo un día no llegó, pues murió fulminado a causa de un accidente vascular durante una de sus clases, y Hachiko, como la Penélope de la canción de Serrat, se quedó esperando para siempre en la estación, donde murió nueve años después.

Su conmovedora historia se extendió por todo Japón, hasta el punto de que la Universidad de Tokio también decidió levantar a este perro una estatua frente al lugar donde siempre recibía a su dueño. Y no solo eso, sino que este ejemplar ayudó a que, por el interés que despertó el caso, mucha gente se decidiera a adquirir perros de su misma raza, que para entonces, con solo treinta ejemplares en todo el país, estaba a punto de desaparecer.

Son muchas las relaciones similares entre ambas especies que se han dado y se siguen dando en todo el mundo, incluso en España, donde también se producen habitualmente. Una de ellas es la sucedida hace un par de años con la perra de un ciudadano irlandés residente en Nerja que, al fallecer este, permaneció varios meses bajo el nicho del cementerio resistiéndose a abandonar el lugar.

Pero la más conocida de estas maravillosas historias ocurridas en nuestro país es la de Canelo, un perro perteneciente a un indigente de Cádiz que, en la década de los ochenta, todos los días acompañaba a su amo hasta el hospital del Mar, donde este se sometía a un tratamiento de diálisis. El perro, evidentemente, se quedaba esperándole fuera del centro todo el tiempo

necesario, hasta que un mal día, por las complicaciones del proceso, el hombre tuvo que quedarse ingresado hasta que murió semanas después.

Canelo nunca se fue de allí durante doce años, y su historia se hizo tan popular en la ciudad que mucha gente acudía a las puertas del hospital para alimentarle. E incluso se convocó una manifestación multitudinaria para impedir que el animal fuera sacrificado en una perrera, como era la intención de un denunciante. Cuando murió en 2002, atropellado por un coche en las cercanías del lugar, el Ayuntamiento de la capital gaditana decidió dedicar al perro una calle y una placa en su recuerdo.

En realidad son muchos los casos de perros fidelísimos a dueños que viven sin techo y en la indigencia, como podemos observar a menudo en las calles de todas las ciudades del mundo. La suya es una relación de extremo compañerismo. Aunque también se dan situaciones puntuales y accidentales que evidencian aún más esta estrecha relación entre amos y perros, como la de Champi, un can que durante cuatro días hizo guardia a la puerta del hospital Reina Sofía, de Murcia, hasta que no dieron el alta a su dueño de ochenta y nueve años, con el que vivía solo.

El más reciente es el de Maya y Sandra, que regresaban en coche a Barcelona de unas vacaciones en la costa granadina, cuando la dueña se sintió indispuesta e ingresó forzosamente en las urgencias el hospital de Elda, Alicante. La perra, a la que no tuvo más remedio que dejar en el exterior, fuera del coche, esperó allí pacientemente hasta que, seis días después, Sandra salió recuperada de una urgente intervención de apendicitis.

El *Canis lupus familiaris* siente la necesidad de dar y recibir amor desde que su interacción con la especie humana ha sido más estrecha. Difícil es imaginar un perro salvaje, chacal, lobo u otro tipo de cánidos sin domesticar que vivieran libres en manada —tanto en el presente como en el Neolítico o épocas más pretéritas— haciéndose arrumacos los unos a los otros y mucho menos realizárselos a cualquier homínido que pasara por allí.

Muchos de nosotros hemos tenido la suerte de estar sentados en el sofá y que se acerque nuestro perro a demandarnos amor. Y digo amor, Sari, con todas las letras, no un simple rascado de barriga.

Los lobos, por ejemplo, aun viviendo en estado salvaje, comparten con nuestros *Canis lupus familiaris* la necesidad de jugar entre ellos, pero eso es

una cosa y otra muy distinta es la facultad y necesidad de dar y recibir cariño de los miembros de su propia especie e incluso, con más ímpetu, del hombre. Por lo tanto, el hecho de que los perros tengan sentimientos, emociones y sean capaces de amar a sus semejantes y a los humanos de la manera que lo hacen se debe intrínsecamente al proceso de domesticación.

Así sois los hombres, incapaces de amaros los unos a los otros, de amar al prójimo como a vosotros mismos y, sin embargo, habéis logrado que una especie antaño salvaje os ame a vosotros mucho más que a sus compañeros perrunos. Cómo cambiaría el mundo si fuerais un poco más perros y menos humanos, si aprendierais a comportaros como lo hacemos nosotros en muchas ocasiones gracias a nuestra ausencia de maldad.

CONCLUSIONES SOBRE LA INTELIGENCIA

Los perros son seres extraordinarios en el sentido más amplio del término. Es mucho lo que han aprendido de su convivencia constante con el hombre. Pero es mucho también lo que el hombre ha aprendido sobre el perro gracias a las investigaciones.

Estos seres dotados de una inteligencia cada vez más asombrosa y de una extraordinaria sensibilidad son capaces de hacer cosas sorprendentes. Un perro puede interpretar instintivamente cuáles son las intenciones de otro perro o de un humano, intuir el grado de bondad o de maldad. Tienen desde luego una escala de valores distinta a la nuestra e igualmente aprecian y valoran las cosas de otro modo. Cuando un perro coge un libro de su dueño con la mejor de las intenciones —para entregárselo a este en el contexto de un juego— jamás sabrá que lo está estropeando con su saliva y sus colmillos. Es esta sana inocencia y candidez la que hace, entre otras cosas, que los perros, en la mayoría de los casos, se comporten durante toda su vida como niños y como tales los tratemos. La capacidad de adaptación de un perro a nuestro modo de vida es impresionante, y podemos determinar que conocen y asimilan el espacio temporal ideado y ordenado por los humanos.

Seguro que a ti te pasa lo mismo, Sari, pero Spock distingue horarios y días de la semana. Cuando son las catorce horas ladra pidiendo su comida, sabe que come cada veinticuatro horas, ni una más ni una menos. Y conoce, sin necesidad de recibir

órdenes, los itinerarios que suelo realizar de lunes a viernes y los que hago los fines de semana.

Son muchos los ejemplos asombrosos que demuestran la capacidad instintiva, adaptativa, funcional y emocional de los canes. Cuando a un perro guía, por ejemplo, se le da la orden de buscar una papelera, cualquiera pensaría que entra dentro de su normal aprendizaje, pero tenemos que tener en cuenta en este caso que no todas las papeleras son iguales ni en tamaño, color, ni es siempre la misma la altura a la cual están ubicadas. Una cosa es que estos perros asocien el vocablo «papelera» a un objeto redondo de color verde con apertura en la parte superior y con cierto olor a basura y otra que ese mismo vocablo se asocie a todos los tipos de papelera de todas las ciudades y de todos los pueblos.

El hecho de que vinculen palabras a lugares u objetos que puedan ser tan distintos entre sí, pero que cumplen una misma función, determina que los perros guía son capaces de asimilar y asociar conceptos muy arraigados en la vida de los humanos y que no estaban en origen en la vida salvaje y natural de sus ancestros caninos.

Algunos perros suelen incluso beber agua justo antes de que sepan que van a salir de casa. Quizás esto se deba a una capacidad preventiva.

Pues, claro, ¿qué te has creído? Que sí, que en casa tengo mi cacharrito garantizado, pero una vez que salga ¿quién me asegura que pueda beber? Además, no voy a estar hinchándome de agua sin saber a qué hora vamos a salir y luego correr el riesgo de que me entren ganas repentinas de hacer pipí, que una no es tonta.

Al margen de los estudios realizados que nos enseñan la evolución cerebral del perro y los trabajos sobre psicología canina y etología, de los que podemos extraer que la inteligencia absoluta de los perros es magnífica y evolutiva, no necesitaremos otra cosa que mirar a los ojos de cualquier perro para percibir muchas de estas cualidades. A través de sus expresiones podemos aprender y entender mucho sobre ellos.

La mirada de un perro cuando su amo se marcha a trabajar, cuando un familiar o amigo se va de la casa es delatadora y a través de la tristeza que muestran difícilmente podríamos afirmar que los perros no sienten.

Si hacemos mención de casos tristemente más extremos, podemos llegar a sospechar que los perros sienten emociones casi por encima de lo racional y sobrenatural. Hay testimonios de personas que ni siquiera han podido describir la mirada de su perro en el momento que han partido hacia una clínica veterinaria con el fin de ser dormidos para siempre por sufrir alguna enfermedad irreversible. Todas ellas coinciden en que esa mirada no se les borrará jamás de la cabeza y que su amigo de cuatro patas en ese instante le quiso decir todo, toda la vida, todo el amor, todo el dolor, la paz, la entrega y la unión eterna en unos segundos, porque sí, los perros sienten.

La vida, ese espacio cambiante que ocupamos en el universo durante determinado tiempo. Tiempo inventado por el hombre, pues antes de que estos totalizaran todo, este no existía. Simplemente se hacía de noche y de día, en ocasiones llovía, en otras no. Hacía frío o calor, pero el tiempo no era medible, ni hacía falta que lo fuera.

El ser humano es el dueño de todo, incluso es el amo y señor de los días, horas, minutos y segundos y pese a todo amamos al hombre como si fuera uno de los nuestros. O mejor dicho más que a cualquiera de los nuestros.

Nací seleccionado por el hombre para ser perro guía, nadie me preguntó que si quería serlo —«Tú, Nazán tierno cachorrillo lloricón, cagón y legñoso, serás perro guía»—. Soy un labrador blanco de tres años y no negaré que esto me facilitó mucho la vida: comer de los mejores piensos y ser tratado casi como un humano.

Sonia, que es como se llama mi dueña, se pregunta siempre que cómo me habrá sentado eso de prejubilarme?. Yo agradezco haberme quedado con ella pese a no serle útil como guía, pero la verdad es que me sentía genial trabajando. Me gustaba la actividad que llevaba Sonia y me sentía un perruno privilegiado, ya que la mayoría de los de mi especie pasan la jornada solos en casa. Les sacan dos veces al día a que hagan pis y caca y poco más.

Recuerdo los viejos tiempos en los que visitaba restaurantes, subía a trenes, aviones y podía pasar a cualquier lugar. De todas las maneras, Sonia todavía sigue cuidándome genial y sé que para ella soy mucho más que una mascota. Me consta que está muy agradecida por el tiempo que le presté mis servicios. Como ella no ve, no nos puede sacar a su nueva perra y a mí al mismo tiempo, pero los fines de semana viene su novio —el chico ese de las melenas que huele siempre a recién duchado, creo que se llama Pedro— y nos sueltan a Pitu y a mí por el campo.

Sonia, al igual que muchos humanos, se pregunta qué es lo que pienso de ella. Nosotros no analizamos la vida desde vuestra perspectiva, vosotros habéis desarrollado para bien o para mal muchos sentimientos que no existían de forma natural. Os habéis desarrollado tanto como animales sociales que la habéis pifiado por completo. Tanta filosofía y psicología no son para nosotros más que zarandajas innecesarias, pues vivimos, pese a todo, de forma instintiva, pero el hecho de que pensemos y sintamos de manera diferente no significa que no lo hagamos.

Yo creo de Sonia es dulce y cariñosa, y me encantan sus caricias en la barriga y su voz. Siento adoración y admiración por ella, a veces me embeleso mirándola y me pongo muy celoso cuando su novio le abraza, besa o acaricia, pero, sin embargo, a él no le tengo manía ni mucho menos odio, todo lo contrario: le quiero mucho.

Sonia es absolutamente todo para mí, sin más adornos, sin adjetivos ni etiquetas que nombren cómo se llama nuestra relación y opino, además, que todos vuestros perros sienten lo mismo por vosotros.

3

LOS DERECHOS SEGÚN HUGO

No sé qué podemos hablar nosotros sobre derechos en un mundo que está hecho a vuestro antojo. Hace cientos de miles de años —e incluso menos—, el agua corría de modo natural por la tierra, las plantas nacían y crecían espontáneamente y los animales vivíamos de modo salvaje. Esto tenía ciertas ventajas, pero también inconvenientes. Ahora sois vosotros quienes encerráis y distribuís el agua a través de canales, depósitos y tuberías. Decidís dónde tiene que vivir una u otra especie e incluso determináis también si esa especie debe ser extinguida.

Podría decir tanto sobre los inconvenientes que tiene el sistema que habéis creado para el planeta —para las especies animales incluyendo la vuestra— que daría para que yo solito escribiera un libro entero al respecto, pero como solo se me permite escribir unos pocos ladridos en forma de párrafos, procuraré ser breve y equilibrado y así demostraré, además, que pese a la fama que nos habéis dado a los perrunos pertenecientes a mi raza —dóberman— somos seres justos y sensibles.

La naturaleza no es ni justa ni injusta, es natural como su propio nombre indica. La modificación de esta puede ser legítima, pero si se hace hay que ser consecuente y responsable con los resultados. Vosotros habéis modificado todo: los ríos, las montañas, los bosques e incluso habéis modificado las especies. La canina la habéis moldeado con vuestra domesticación, habéis creado centenares de razas con la selección genética y todo esto no tiene por qué ser malo, pero como digo, tenéis que ser responsables con ello.

Es curioso escuchar que tal o cual raza es peligrosa o que aquel perro es muy malo, siempre de boca de individuos pertenecientes a una especie que ha tenido la idea de crear razas de perros tan solo para peleas y que en ocasiones los tienen atados de por vida a una cadena oxidada o una cuerda mugrienta a la puerta de un caserón. ¡Que os aten a vosotros de esta manera y veréis si sois luego rabiosos o no!

Tenéis que respetar a todas las especies animales que habitan la Tierra, pero a la canina con más razón, pues el perro de hoy es vuestra obra, y maltratarlo o abandonarlo es doblemente injusto en este caso.

A mis siete años de edad, han sido numerosos los perros vagabundos con los que me he cruzado. Siempre van con la mirada triste, salvo cuando uno de nosotros o un humano se les acerca a darles un lametón o una caricia respectivamente. Pese a haber sido abandonados, aún siguen teniendo fe en los demás.

Si las cosas fueran como tienen que ir, los perros seríamos una especie privilegiada dentro del reino animal. Podemos vivir en casas confortables, tener derecho a la educación e incluso a la sanidad, pero no siempre es así. En ocasiones se nos cosifica como juguetes para niños y una vez que estos se cansan, los adultos se deshacen de nosotros como si fuéramos trastos viejos e inservibles. No puedo entender cómo alguien que haya visto la mirada de su perro cuando lo abandona es capaz de no arrepentirse.

El perro y el hombre gozan de un contrato no escrito de convivencia. Nosotros hemos permitido que modificaseis el planeta de tal forma que hasta para beber y comer tengamos que depender de vosotros, nos tenéis a vuestro servicio a cambio de que podamos llevar una vida más cómoda. Nosotros siempre cumplimos la parte del acuerdo que nos toca. Ya va siendo hora de que hagáis lo propio.

¿Y POR QUÉ ELLOS?

Por una serie de cuestiones que iremos desgranando, el hombre ha elegido al perro también como primera especie a la hora de defender sus derechos. Son muchos los colectivos e individuos que defienden el derecho animal, y las asociaciones, santuarios, refugios y protectoras de perros superan con creces en número los recursos destinados a la defensa de otras especies, incluyendo a las que por desgracia están en peligro de extinción.

Injustamente el hombre tiene inculcado en su sentir colectivo el especismo de una forma natural. Nos dan miedo los leones, los tigres, las panteras o los cocodrilos —es normal; pura cuestión de supervivencia— y nos dan asco los gusanos, las cucarachas, las ratas y la mayoría de insectos; sin embargo, adoramos a los perros y los gatos y si estos son de raza pura, aún más. ¿Es injusto? Sí, a todas luces, pero hasta cierto límite es una cuestión natural que le ocurre a todas las especies, no solo a la humana.

Hugo, no sé si sabes del miedo irracional que los elefantes tienen a los ratones, pero hay ejemplos menos tópicos de los cuales yo he sido testigo. Una vez presencié cómo se desbocaba un caballo con la presencia de un perro diminuto que le ladraba enérgicamente a este.

Incluso aquellas personas que amantes y defensores de los animales no pueden escapar sin visos de hipocresía de las cuestiones preferenciales en cuanto a especies se refiere, y seguramente no haya ninguna asociación que trabaje por la defensa de los derechos de la cucaracha. Existen empresas antiplagas que exterminan miles o quizás millones de estos animales cada día y nadie se escandaliza por ello.

Conozco a unos cuantos veganos acérrimos defensores de los animales. De esos que se juegan el tipo por defenderlos que me han confesado que cuando ha habido alguna plaga de insectos en su casa, la han exterminado como el que más. Eso sí: no se lo cuentan a nadie, Emilio. Pues, ya ves que lo comparto contigo, Hugo.

Hemos elegido al perro como principal animal de convivencia y defendemos sus derechos por cuestiones de compatibilidad, empatía y simpatía natural. Lo propio y lo justo sería defender por igual cualquier especie, pero somos seres humanos imperfectos, y, además como ya hemos dicho, las especies son en el fondo «especistas».

Es importante confraternizar y apoyar la mayoría de causas animalistas, pero no comulgar con la hipocresía. Y es imposible defender a todas las especies animales por igual, pues la naturaleza lleva implícita una lucha selectiva por la supervivencia. Un ejemplo muy claro sería que cualquier amante de los canes se convertiría en un asesino en serie de garrapatas a ojos de un antiespecista puro, ya que nos libraríamos de cualquier tipo de parásitos externos e internos que tenga nuestro perro.

Uy, no me digas más. A esos los querría ver yo si uno de sus hijos tuviera unos indeseables visitantes en su melena —por si no me has entendido, me refiero a los piojos—. Dudo mucho que alguien quisiera proteger o redimirles de su fatídico final.

No obstante, lo propio es evitar el sufrimiento y la muerte de cualquier individuo animal, pertenezca a la especie que pertenezca, pero llevar estos casos al extremo, amén de incurrir en un acto soberbio de hipocresía, rozaría lo paranoico e irracional.

Vivimos en un mundo donde hay delincuentes y asesinos capaces de maltratar a un perro que lamería la mano del agresor si este dejara de hacerlo. En un mundo donde hay cazadores que ahorcan a sus galgos cuando estos ya no les son útiles. En un mundo de personas capaces de abandonar sin arrugarse lo

más mínimo a un ser que le ha sido fiel a él y a su familia durante años en medio de la nada.

Yo tampoco pienso ser hipócrita, y sin menospreciar al resto de colegas de otras especies, creo que la canina nos merecemos ser la primera a la hora de tener derechos. Es vuestra responsabilidad social y doméstica haceros cargo de nosotros, y no solo hablo en el plano material.

El hombre ha cambiado la vida a los canes. Es cierto que les proporcionamos comodidad y algunos beneficios respecto a otros animales, pero eso no justifica que podamos permitirnos una dejación voluntaria de nuestras obligaciones sobre ellos, ni mucho menos un maltrato. Las demás especies y sus derechos también son responsabilidad nuestra, ya que los humanos ejercemos la hegemonía sobre la totalidad del planeta y, por lo tanto, cualquier extinción, desequilibrio o inadaptación de las especies tendrá que ver con la intervención del hombre.

DERECHO CANINO

Hablando en términos legales, quien maltrata a cualquier ser vivo es un delincuente, y ética y moralmente serían innumerables los calificativos que podríamos emplear. Pero lo peor de esto es no contar con un marco jurídico concreto que especifique en una ley de carácter estatal estos delitos. Por lo tanto, en cuanto al maltrato y abandono animal, tenemos delitos, tenemos delincuentes y carecemos de leyes suficientemente efectivas para juzgarlos.

Hemos hablado antes de lo que ha supuesto para el perro el proceso de domesticación y el gran cambio que dicho proceso ha supuesto para él en todos los aspectos: físico, morfológico, alimenticio, cognitivo, conductual e, incluso, emocional. También hemos dicho cómo ha influido esto en el hombre y hemos dejado entrever la manera que este necesita a su cada vez más inseparable amigo de cuatro patas, pero queda mucho por conseguir y aún no nos hemos dado cuenta del papel que juega el *Canis lupus familiaris* en la sociedad.

Quizás suene descabellado pedir una ley que proteja al perro como miembro sintiente o como individuo que pertenece a la sociedad sin haber conseguido

un marco jurídico para la totalidad de las especies animales, pues el maltrato es maltrato se ejerza sobre uno u otro ser vivo.

Ojalá el lugar tan próximo e íntimo que ocupamos los perros en vuestras estructuras sociales como la familia sea el vehículo que os haga abrir los ojos de una vez por todas ante las injusticias, pues es más fácil que valoréis y améis lo que tenéis a vuestro lado que lo que no.

Sé de primera pata que el crecimiento de asociaciones que defienden los derechos de los animales está siendo proporcional al crecimiento de hogares con perro. Creo que esto es una buena señal, ya veremos. Llevamos muchísimos años esperando.

Hemos de tener en cuenta consideraciones que diferencia al *Canis lupus familiaris* respecto de otras especies en el plano social: capturar un pájaro de su hábitat natural y meterlo en una jaula es una afición para algunas personas, y si alguien entrara a robar a una casa en la que se encontrara uno de estos animales y que este fuera de gran valor económicamente hablando, se podría juzgar al ladrón por el robo de un objeto —la ley protegería al propietario del animal—. Y se podría decir que a este le daría igual vivir con su anterior propietario que con el ladrón o con quien encontrara como futuro comprador del motín. El pájaro seguiría encerrado en su jaula y su merma de derechos no se vería afectada. Aquí estriba buena parte del problema del derecho animal, en la cosificación de estos. Pero si esto ocurriera con un perro podría convertirse en una verdadera catástrofe afectiva y emocional. Aunque tanto el can como el pájaro son dignos de merecer los mismos derechos, en el plano de la interacción con nuestra especie el robo del primero supone tanto para el dueño como para él una separación sentimental por la fuerza digna ya no de ser catalogada como robo, sino como secuestro.

Hugo, una vez me contó una señora de unos sesenta años que había padecido ansiedad desde los veinte y que tenía que tomar tres ansiolíticos al día para estar más o menos bien. Y que uno de los días que iba de paseo por el campo —precisamente para paliar los síntomas de su enfermedad— cambió su vida para siempre. La culpa la tuvo una perrita mestiza con muy mal aspecto, delgada, llena de heridas y con pulgas.

La señora, que jamás había tenido animal en casa, sintió en principio asco más que miedo, y prosiguió con su paseo. La perrita, al ver que molestaba, continuó siguiéndola, pero de un modo más discreto.

Sofía, que así se llamaba la buena mujer, miraba de vez en cuando hacia atrás por si la perra se le acercaba demasiado y le pegaba alguna pulga o algo peor, pero una de las veces que se dio la vuelta no estaba y Sofía sintió cierta preocupación hasta

que segundos después la vio salir de detrás de unos matorrales. Se dio cuenta en ese preciso instante de que aquello que le producía asco ahora le despertaba una especie de instinto protector y compasivo.

Continuó paseando y cada vez que la pequeña se despistaba oliendo una flor o se paraba tras de un árbol Sofía la esperaba. Aún no era consciente de que la perrita ya formaba parte de su vida. Hubiera deseado cogerla en brazos y llevársela con ella para lavarla, desparasitarla y alimentarla, pero esto era superior a sus fuerzas.

Cuando llegó a casa, Sofía abrió la puerta, se la quedó mirando y la perrita traspasó el umbral de la entrada, supongo que feliz por tener sobre su cabeza un techo.

Desde entonces la pequeña Laura —que es como le puso de nombre— vive con ella. La mujer reconocía que Laura le había devuelto las ganas de vivir, y que desde entonces trabajaba como voluntaria en diversos proyectos de rescate animal, y lo que es más importante: ahora tomaba como mucho cuatro o cinco ansiolíticos en caso de emergencia al año. Ese día fue el principio del fin de su enfermedad.

En el caso de Sofía, si algún desalmado robara a la pequeña Laura, ¿merecería el ladrón ser juzgado por el robo de un objeto? Sofía estaba condenada a la adicción de ansiolíticos, a la soledad, a la desgana, a una muerte latente; y Laura, la pequeña Laura estaba condenada a morir de hambre, atropellada, a ser maltratada o a congelarse en una noche de frío. Ambas cambiaron su vida. El maltrato animal y el abandono no es una simple falta, es un delito grave que merece ser juzgado como tal.

Ningún ser vivo merece ser tomado como un objeto y en el caso de nuestros amigos los perros, tan siquiera deberían ser tomados en cuanto a derechos se refiere como animales de otra especie. El marco jurídico que tendría que amparar al *Canis lupus familiaris* debería tener en cuenta el lugar social que ocupa el perro entre nosotros.

LA DEFENSA ORGANIZADA DEL DERECHO ANIMAL

Los argumentos esgrimidos por aquellos humanos que no ven necesario la defensa de los derechos de los animales, catalogan de seres no sintientes a cualquier animal que no sea de su propia especie, por lo tanto, para ellos el derecho animal se ciñe exclusivamente a la defensa de estos como objeto, y

acudirían a un abogado en caso de robo, explotación indebida de los animales de su propiedad, etc.

Debe de ser que para ellos los toros, los conejos, los perros, gatos y elefantes son meros mecanismos como los que describía Descartes hace cuatrocientos años. La crueldad animal se encierra y se protege en todo un entresijo de tradiciones caducas y cavernarias de tipo festivo, religioso y regionalista o nacionalista.

Realmente me vas convenciendo de que tu postura va a favor de los animales. Es un insulto a la inteligencia perruna utilizar la palabra «fiesta» en un acto donde abunda la crueldad, la sangre y el dolor. Recrearse de ello y denominarlo arte, inculcar esto a vuestros hijos e incluso subvencionarlo con dinero público no es humano. Sois la única especie que tortura y mata por diversión y, para colmo, hacéis de ello un espectáculo público. Penoso.

A cualquier persona mínimamente sensible le afecta ver un documental en el que un gran cazador de cuatro patas —como puede ser un león o un tigre— mata sanguinariamente a un pobre cervatillo, pero luego respiramos profundo y asumimos la ley de la selva, de la naturaleza salvaje. Muchos defensores de animales no son veganos o vegetarianos y asumen su condición de omnívoro por una cuestión de supervivencia natural, pero torear, cazar o participar en salvajadas colectivas donde se torturan o matan a nuestros compañeros de planeta no es comprensible. Existe el movimiento animalista porque existe la crueldad gratuita y desconsiderada con los animales.

El testimonio más antiguo del que hay constancia en cuanto a la defensa de los derechos de los animales lo encontramos en el filósofo y matemático griego Pitágoras. Este predicaba con el ejemplo, era vegano y compraba animales en los mercados para más tarde liberarlos.

La Biblia habla de la superioridad del ser humano sobre el resto de las especies; el Corán trata el respeto a los animales y justifica la muerte de estos solo por necesidad y evitando en la medida de lo posible el sufrimiento; el budismo y el hinduismo reflejan la igualdad entre especies y el respeto en sus textos; el derecho romano no consideraba a los animales no humanos como dignos de derechos. Las comunidades luteranas y puritanas de Estados Unidos e Inglaterra del siglo XVII reivindicaban ya un marco jurídico para regular los abusos proferidos a los animales de carga.

En 1835 vio la luz en Inglaterra el primer texto legal al respecto denominado Ley contra la Crueldad de los Animales. Esta ley incluía ya a los animales domésticos como el perro. El texto se fue modificando hasta llegar en 1911 a ser la Ley de Protección de los Animales. Fue este texto de principios del siglo XX el modelo que seguirían otros países, sobre todo en Centroeuropa, gracias al crecimiento del movimiento animalista organizado.

El gobierno de Lyndon B. Johnson proclamó la Ley de Bienestar Animal en Estados Unidos en el año 1967, destinada a garantizar derechos básicos de los animales domésticos y más tarde, con sucesivas modificaciones, incluyó a los animales de laboratorio.

En 1978 se proclamó la Declaración Universal de los Derechos de los Animales, que a semejanza de la de los Derechos Humanos, se redactó en Londres al amparo de la Unesco y más tarde fue ratificada por la ONU. En 1987 se firmó en Estrasburgo un convenio europeo para la protección de animales de compañía.

En España, el país de las «fiestas» en las que el motivo central de diversión es torturar en público animales hasta hacerles morir en la mayoría de ocasiones, no existe un texto jurídico mínimamente garantista, solo una ley de 2007 que regula los sacrificios, experimentos y el transporte de animales. Existe un Real Decreto de 2002 que legisla a los perros potencialmente peligrosos, pero esta no va orientada a defender los derechos de estas razas, sino a sancionar conductas inadecuadas a los dueños de estos perros.

Por lo demás, el marco legislativo actual es muy débil en nuestro país. Consta básicamente de los textos mencionados y de diversas y dispares leyes regionales, amén de las ordenanzas municipales. El último intento serio de sacar adelante una ley sobre el derecho animal se produjo en 2015 con la que iba a ser la Ley de Comercio y Tenencia responsable de Perros y Gatos, a todas luces insuficiente a los ojos de los defensores de los derechos de los animales, evidenciable tan solo leyendo el título al tratarse de un texto que regula más bien el mercadeo y la tenencia de animales que el derecho inalienable e intrínseco de los mismos.

Penalmente, el único esfuerzo que se ha realizado en nuestro país en materia de derecho animal ha sido la última reforma del Código Penal de 2015 en la que se modifica el artículo 337 en donde se contemplan como delito algunos tipos de maltrato que anteriormente eran meras faltas administrativas.

Buena parte de la imposibilidad de poder crear un marco jurídico firme y

estable lo suficientemente amplio para garantizar totalmente los derechos fundamentales de los animales no humanos, radica en la falta de consenso político al respecto, pero sobre todo en la falta de voluntad política de los partidos.

Es incluso complejo objetivamente encontrar consenso social en torno al tema, puesto que, como ya hemos visto, es difícil que el ser humano escape de un especismo muy arraigado no solo cultural, sino también psicológica e involuntariamente.

Pues me parece a mí que aún queda un largo camino por hacer. Ojalá la unión entre nosotros y vosotros, los humanos, sea el trampolín necesario para arraigar en la conciencia del hombre la idea de que no estáis solos en el planeta —a veces me da la sensación de que eso es lo que pensáis— y que compartís este mundo con otros seres vivos y sintientes, cuyos derechos no podemos defender por nosotros mismos, así que tendréis que ser los humanos como especie hegemónica quienes lo hagáis en conjunto. Pero rapidito, eh, que quiero también yo disfrutarlo.

ORGANIZACIONES DE DEFENSA DE LOS ANIMALES EN ESPAÑA

En España hay registradas de norte a sur más de quinientas asociaciones y ONG de defensa de los animales, y estas son de lo más variopinto. Las hay tanto de carácter nacional como local, desde las originarias sociedades protectoras de animales y plantas hasta los actuales santuarios que se encargan de recoger mascotas abandonadas o maltratadas, y desde las más genéricas hasta las que se dedican solo a la defensa de determinadas razas caninas.

Las más conocidas posiblemente sean Libera!, la Fundación Altarriba o el partido político PACMA —la fuerza extraparlamentaria más votada—, pero también encontramos, dentro de ese marco político, a la Asociación Parlamentaria de Defensa de los Derechos de los Animales —APDDA—, con la que parlamentarios y senadores pertenecientes a diversos partidos intentan ejercer como influyente *lobby* dentro de ambas cámaras. E incluso existen casos curiosos y llamativos como el Centro de Acogida de Animales de la

Selva o el de AMDARA, siglas de la denominada Asociación Morisca para la Defensa, Adopción y Respeto a los Animales.

Todas ellas —desde las más modestas hasta las mejor dotadas de presupuesto, desde las pacíficas hasta las partidarias de la acción directa, desde las que se encargan de atender a animales víctimas de la violencia de género de sus dueños como una asociación canaria de Arrecife o las creadas por las multinacionales del gran negocio de los productos para mascotas— llevan a cabo la importante labor de sensibilización social y hacen un gran esfuerzo por atender a tantos miles de animales maltratados y abandonados.

NI MALTRATO NI ABANDONO; ÉL NUNCA LO HARÍA

Con toda seguridad para muchos les resultará inexplicable el abandono o el maltrato de un perro o de cualquier animal, pero ocurre.

Claro que ocurre. Personas como tú que han nacido en tu misma ciudad, que pisan las mismas baldosas del suelo, que respiran el mismo aire y habitan bajo el mismo cielo, pegan, queman, mutilan y abandonan animales. Malo me pongo de pensar en ello.

En todas las dictaduras políticas se ha torturado y se sigue torturando — incluso en algunas democracias— personas por otras personas. Gentes que imponen su supuesta superioridad social, política, económica o física a otras que son víctimas de estos tiranos. Es duro admitirlo, pero la violencia sin justificación instintiva ni alimenticia está prácticamente reservada en exclusiva a nuestra especie. Es muy difícil que cualquier víctima de la violencia humana pueda defenderse; pese a los avances sociales, jurídicos, asociativos, institucionales y demás que existen para velar por los derechos humanos, la inmensa mayoría de estas víctimas sufren en el anonimato.

Si eso es así, imagina en el caso de los animales no humanos. Nuestra indefensión es total, y cualquier violación de nuestros derechos los sufrimos en silencio. Bueno, quizás con algún ladrido o algún lloro. Pero para el caso que se nos hace.

Como hemos dicho, en nuestro país van desarrollándose textos legales que en ocasiones sancionan económicamente a los maltratadores, pero esto es a todas

luces insuficiente. Alguien a quien no le importa agredir a un ser —el cual no se va a defender, no va a poder expresar su sufrimiento y cuyos derechos no van a estar prácticamente defendidos— tampoco le importa mucho pagar o no pagar una multa o incluso cumplir una condena.

Hugo, desde luego que me lo imagino. Es insultante para nuestra especie el que tengamos individuos dentro de la misma que sean capaces de refrenar una agresión o un asesinato a un animal no humano por miedo a una sanción. Es insultante y, además, bastante penoso.

La clave está en una educación desde la infancia basada en el respeto hacia cualquier ser vivo, la defensa de la paz ante la violencia de cualquier tipo y a cualquier escala. Adoptar medidas educativas tanto en casa como en la escuela. Si algún día conseguimos crear una sola generación capaz de desterrar el odio de nuestro ideario, habremos salvado la humanidad y nuestro planeta será por fin habitable por todas las especies.

Si difícil es explicar cómo hay seres humanos capaces de agredir a otros, igualmente complicado es entender la cuestión del abandono. Según un estudio realizado por la Fundación Affinity en 2015 se abandonaron en nuestro país ciento treinta y siete mil perros y gatos. Pese a lo descabellado de esta cifra, los datos son medianamente esperanzadores, pues en años anteriores como, por ejemplo, en 2009, los abandonos fueron aún mayores: ciento cincuenta y seis mil. Los números son escalofriantes. Y complicado se hace pensar en una población gatuna y perruna —similar a las personas que habitan la ciudad de Albacete o prácticamente el doble de las que caben en un estadio de fútbol de primer nivel— desheredada por parte de ciertos seres supuestamente racionales.

La mayoría de estos animales domésticos contabilizados como abandonados en el estudio de la Fundación Affinity son perros, más de cien mil al año. Los gatos son más difíciles de identificar, pues se dejan ver menos y terminan viviendo en colonias callejeras. Por desgracia, además, los perros identificados con microchips son menos de los que imaginamos, tan solo uno de cada cuatro canes en España son chipeados. Esta identificación es una herramienta bastante útil en los casos de extravío, pero bastante menos en los abandonos.

Solemos pensar que el mayor número de abandonos se producen en verano o en periodos más propicios para las vacaciones como Semana Santa o Navidades, pero no es así. Según el estudio anteriormente mencionado y el testimonio de numerosas personas que dedican su tiempo al rescate animal, el abandono es una constante similar sin apenas variación durante los doce meses del año.

Las causas de los abandonos suelen ser:

- Un quince por ciento se debe a motivos del comportamiento conflictivo del animal.
- Un doce a factores económicos.
- Y el resto a cambios de domicilio, el final de la temporada de caza o el nacimiento de camadas de cachorros no deseadas.

El abandono suele estar tipificado como delito grave o muy grave, pero por desgracia es muy difícil que este tipo de delincuentes despiadados lleguen a ser sancionados, pues es complicado demostrarlo, sobre todo si hablamos de animales no chipeados-censados. Las sanciones por abandono oscilan entre los treinta mil euros de Andalucía y los tan solo trescientos de Castilla-La Mancha.

CIENTOS DE CASOS, LAMENTABLES DESENLACES

Una familia compuesta por una madre, un padre y dos niños de doce y catorce años compran un bichón maltés en una tienda de animales. En el escaparate quedaba muy mono, tan mono como si fuera un bolso de Gucci, qué cucada. Es un cachorro de tres meses que, además, miraba a la madre con ojillos de «llévame, abrázame y dame calorcito, que estoy cansado de estar aquí viendo a la gente pasar».

Los niños en el interior de la tienda ya discuten entre ellos sobre quién va a sacarlo más veces a que haga pis. El cachorrillo ahora mira al padre diciéndole con la mirada: «Vámonos a pasear, venga, ponme una correa y

verás que bien lo pasamos caminando por el barrio mientras tú vas pensando en tus cosas y yo voy marcando una farola por aquí, un arbusto por allá».

Pronto la familia descubre que Coco, que es como le han llamado, no es un juguete al que hay que cambiarle las pilas cada cierto tiempo. Se hace pis y caca en todas las alfombras, en la cocina, en el sofá; ladra cuando la familia sale de casa y lo dejan solo, y tres vecinos han amenazado con denunciarlos.

Barajan la posibilidad de dárselo a un familiar, pero nadie lo quiere y menos con estos antecedentes. La madre tiene insomnio y el padre ansiedad —«Así no podemos vivir cariño, yo lo siento por los críos tanto como tú, pero o el perro se va o vamos a terminar muy mal»—.

Finalmente Coco es abandonado en un pequeño pueblo situado a treinta kilómetros de la capital. El padre y la madre han determinado que allí no corre peligro y que, además, como en los pueblos todo el mundo se conoce, se correrá la voz de que hay un perro sin dueño y alguien lo acogerá.

Han curado su conciencia vaticinando un futuro que ni ellos mismos se creen más allá de su cinismo, a una criatura sintiente. A Coco le puede atropellar un coche, ser capturado por uno o varios maltratadores, vivir de lo que encuentra por el suelo y lo que buenamente le dé algún vecino hasta que un día fallezca de frío o de pena.

Puede ser también rescatado por un amante de los animales, una protectora o puede que alguien decida escanear su chip y se localice a los dueños, con lo cual entraríamos también en las probabilidades de un futuro incierto para Coco. Todas estas posibilidades tienen el mismo porcentaje a la hora de ser el final de un ser maravilloso cuyo único pecado ha sido dar amor y comportarse de forma acorde a sus instintos básicos.

Un cazador que ahorca a uno o a sesenta de sus galgos e incluso los apalea para asegurarse una muerte más rápida, son objetos que ya no le son útiles, como tampoco lo sería una escopeta oxidada. O incluso a esta la llevaría a reparar y se la quedaría como adorno, una antigüedad magnífica presidiendo el salón.

Un mastín imponente que fue adquirido para vigilar un lujoso chalé. Su potente y enorme dentadura ha destrozado el sofá de cuero, dos puertas interiores de diseño y una mecedora reliquia del siglo XIX. Los señores se llevan las manos a la cabeza al descubrir la catástrofe material y ordenan al mayordomo que cargue, sí, así lo dicen: «Antonio, cargue a la bestia esa en la

furgoneta y déjelo lo más lejos posible de aquí». El perro sin nombre vaga una hora más tarde entre unos campos de olivos cerca de una carretera secundaria.

Estos tres casos y muchos otros son el día a día del abandono canino en nuestro país. No es literatura de ficción, es una realidad terrible.

Resulta que hace miles de años decidimos domesticar a una especie que es la canina, al mismo tiempo que desarrollábamos nuestro estilo de vida depredador en recolector y más tarde en productor. Roturamos el campo, urbanizamos la vida, transformamos la naturaleza a nuestro antojo robándosela a otras especies y luego, cuando nos cansamos de ellas, cuando no nos son útiles, las soltamos en ese mundo de cristal, hierro y hormigón que hemos creado y que no está hecho para ellos.

Ninguna de las causas que llevan a un ser humano a abandonar un perro o cualquier otro animal está justificada. Si un can tiene problemas de conducta, hay métodos de adiestramiento basados en técnicas cognitivo-conductuales que pueden corregirlos. O se puede buscar a otra persona para que se haga cargo de la situación o a alguien que disponga de un espacio acorde para que el perro viva de manera que no genere malestar a ningún otro ser vivo.

La utilización de perros con el fin de cobrar piezas o cualquier otra función, es susceptible de crítica por quienes estén en contra de dicha actividad. Hay cazadores que se consideran amantes de la naturaleza y que dicen respetar a sus perros, aunque en algunos casos no es así. Donde no hay lugar para la comprensión es en la eliminación masiva de canes cuando estos ya no son útiles para las funciones a las cuales han sido entrenados, es la cosificación canina llevada al más cruel de los extremos.

No hay más que observar el lenguaje que utilizan algunos cazadores a la hora de hablar de sus perros —«La Mora la tuve que quitar, ya estaba vieja»—.

Hugo, quiero que me creas cuando digo que yo puedo quitar una silla de en medio, una piedra o una caja que me impida el paso, pero que pegarle un tiro a bocajarro a un pobre perro, colgarlo de un árbol o romperle la cabeza no es quitarlo, es asesinarlo cuando aún le queda vida que disfrutar.

Los seres humanos pecamos de soberbia a la hora de establecer nuestras relaciones con los animales domesticados, somos sus responsables, no sus dueños. Una cosa es que hayamos conseguido que los perros se hayan adaptado a nuestro estilo de vida y que seamos conscientes de que incluso, si

las cosas se hacen bien, ellos saquen ventaja de esto, y otra muy distinta es que nos sintamos propietarios de la voluntad, la felicidad o el sufrimiento de un ser sintiente. Si un ser humano se responsabiliza y decide que quiere compartir su vida con un perro, tiene que comprometerse a garantizar todos sus derechos fundamentales.

Que sí, que te creo, y creo también que eres un amante de los perros, por eso quiero dejarte claro a ti y a otros como tú que no hay perros malos ni perros culpables, solo humanos que no han sabido gestionar la relación entre un ser que no pertenece a su especie y él mismo.

Jamás uno de nosotros maltrataría a un humano por placer. Y en caso de atacar, lo haríamos por miedo, por intentar dominar o por un acto de autodefensa. Evidentemente al igual que vosotros no somos animales perfectos y podemos equivocarnos.

Se conocen incidentes terribles de perros que han atacado a humanos adultos e incluso a niños sin causa justificable. El dolor que estas noticias producen impide en cualquier caso poder ver u oír una justificación al respecto.

Nunca un perro abandonaría a un ser humano. Se saben casos de perros que se han escapado de casa y no han regresado, pero en la inmensa mayoría no suele estar de su mano, o mejor dicho de su pezuña, el poder hacerlo.

No al maltrato animal, no al abandono, ellos nunca lo harían.

LA CONVIVENCIA EN ESPACIOS PÚBLICOS

Nuestro país tiene una de las leyes más garantistas del mundo respecto al acceso universal de perros guía y de asistencia a espacios públicos. Desgraciadamente la falta de información al respecto de esta ley por parte de la población en general es escasa. Además, quienes somos usuarios de perros guía y de asistencia, muchas veces nos vemos con situaciones desagradables de discriminación en lugares públicos o de uso público, pero todo se andará. La esperanza es lo último que se pierde.

Por otro lado, España está a la cola respecto de otros países de nuestro ámbito en materia de acceso de animales a lugares públicos. Ya ha habido ciudades como Barcelona, Málaga o Madrid que con restricciones de horarios y otros condicionantes permiten el acceso de perros en el transporte público.

En otro aspecto en el que ha habido avances es en la permisibilidad de la presencia de perros en establecimientos privados de uso público. Antes estaba prohibido por Sanidad y por la práctica totalidad de ordenanzas municipales; ahora en muchos casos se deja a discreción del propietario y cada vez hay más tiendas, restaurantes u hoteles que permiten el acceso de perros y otros animales acompañantes de los humanos. También hay playas en las que se permite la estancia e incluso el baño a los canes, y piscinas públicas que consienten la entrada, al menos una vez al año.

La cuestión del acceso de los perros a lugares públicos o privados y de uso público evidentemente ha de ser regulada y legislada, pero para poder ponernos a la altura de otros países europeos y americanos más avanzados en esta cuestión necesitamos realizar un ejercicio de autocrítica.

En primer lugar, necesitamos admitir que los perros forman parte de nuestra sociedad como hecho indiscutible y, como ya hemos dicho, que son seres integrados en distintas estructuras sociales, principalmente en la familia y, por lo tanto, tenemos que admitir al can como un miembro con derecho a disfrutar de otros privilegios, tales como vacaciones, desplazamientos y tiempo de ocio junto a sus amos.

En segundo lugar, necesitamos dueños de perros plenamente conscientes de las peculiaridades generales de la especie a la que pertenece su amigo de cuatro patas y también la misma responsabilidad y consciencia de las cuestiones específicas e individuales de su perro tales como tamaño, comportamiento con otros perros y con humanos, con niños, ancianos o cómo reacciona este en lugares en los que pueda haber comida. Con unos humanos cívicos y altamente responsables los perros no deberían tener dificultad para estar en ninguno de estos sitios.

Por último, necesitamos una ciudadanía tolerante con otras especies animales que no son la suya, que dejara al margen determinados prejuicios y fobias hacia cualquier perro. Hay personas que sin padecer ningún tipo de alergia o patología psicológica que verdaderamente le dificulte estar junto a un can protesta sin motivo alguno ante la presencia de estos.

En este caso, Hugo, entiendo estas quejas si el perro —evidentemente por culpa del dueño— no reúne las condiciones higiénicas y de comportamiento adecuadas para garantizar una convivencia temporal con otros seres, pero también entiendo que

estos requisitos son exigibles a todas las especies que acceden a lugares públicos, ya sean perros o personas.

Una coexistencia fundamentada en hechos objetivos que no estigmaticen a los perros por el simple hecho de serlo y un marco normativo y jurídico apropiado, junto a un necesario cambio en la conciencia colectiva, garantizaría una más que agradable convivencia entre humanos y nuestra especie favorita, los perros.

Me presento. Soy Nelly y, desgraciadamente, en mis cinco años de edad, he visto muchas cosas terribles. No sé ni dónde ni cómo nací. Mi recuerdo más remoto se remonta a una perrera donde hacía mucho frío y había demasiado ruido, muchos aullidos, llantos y ladridos. Imagino que alguien me llevó a aquel lugar cuando era cachorrita.

En aquel recinto estábamos todos mezclados y a la vez separados en jaulas —a veces en grupos dispares—, encerrados como si hubiéramos hecho algo malo.

Días más tarde me llevaron a otro sitio similar, pero con las jaulas más espaciales, una protectora, lo llaman los humanos. La gente venía a ojearnos y nosotros gimoteábamos con nuestros hocicos entre las rejas intentando convencer al visitante de que éramos su perro ideal.

Yo no tengo raza, soy mestiza. Claramente tenían más oportunidad de salir aquellos perros de raza pura y cuanto más guapos mejor. Aunque en ocasiones había suerte y el niño o la niña de la familia mediante una intuición natural señalaba al que le parecía más cariñoso. Esa fortuna la tuve yo una vez, pero al contrario que otras veces, no fue un niño quien me seleccionó, sino una mujer solitaria de cuarenta años.

Por entonces yo compartía celda, perdón, jaula con otra perrita de la raza husky siberiana, pero Marina, que es como se llama mi dueña, fijó sus grandes ojos azules en mis diminutos y vivarachos ojos marrones.

Marina es maestra en el pueblo en que vivimos, todos los niños del lugar se saben mi nombre incluso antes de que estos me vean por primera vez. Se conoce que Marina les habla de mí en sus clases. Siempre me he llevado bien con los niños, pero por alguna extraña razón los adultos, salvo Marina claro está y alguno más, me dan miedo. Aunque más miedo me dan los golpes, los cohetes, las tormentas y cualquier ruido estridente.

A veces pienso en los tiempos en los que vivía en la perrera o en la protectora y me acuerdo de alguno de los amigos que hice allí. No sé qué suerte habrán tenido ellos.

Soy incapaz de recordar cómo eran mis primeros dueños, aquellos que tras nacer me dejaron por ahí, Dios sabe dónde. Algún agricultor, cuya perra parió siete cachorros, una familia normal y corriente que decidió un buen día no estar preparada para cuidarme o quizás simplemente mi madre ya era una perra callejera y nací a la intemperie.

En verdad no importa de dónde vengo, lo importante es lo que soy ahora, una perrita afortunada gracias a Marina. Convivir con el ser humano es maravilloso para mí. Me produce muchas comodidades y satisfacciones, y no me tengo que preocupar de andar buscando alimento o tener que cazarlo. Marina me lo proporciona todo.

La vida nómada supongo que también tendrá sus cosas buenas, como el hecho de poder sentirte libre e ir donde tu cuerpo te lleve, pero tenemos que aceptar que el mundo de ahí fuera no está hecho para nosotros. No hay nada que beber, nada que cazar. Tendríamos que beber de charcos infectados y comer alimentos en mal estado. El agua potable la ha encerrado el hombre en tuberías de plomo o plástico y el alimento en tiendas y refrigeradores. ¿Qué nos queda a nosotros? Vivir con él o vagar a nuestra suerte.

No nos abandonéis, nosotros jamás lo haríamos.

4

LAS MANÍAS SEGÚN CHOCOLATE

¿Queréis que hablemos de manías? ¿Estáis seguros? Bien, vosotros mismos.

Resulta que mi dueño es un joven —o al menos eso dice él— de treinta y siete años. Trabaja en una lonja cargando y descargando cajas y palés de fruta con una máquina. Después de tirarse allí no sé cuántas horas, se mete otras dos en un gimnasio —con lo fácil que sería cargar y descargar a mano y se ahorraría esta tontería—. El resto de las horas se las pasa mirándose los músculos en el espejo. ¡Pero si ya sabe que son suyos, que los has visto hace diez minutos, leñe! Se los toca o, mejor dicho, se los toquetea, los infla y los desinfla —«Madre mía, estoy *cuadrao*. Uy, aquí falta un poco más de aeróbico que las abdominales las estoy perdiendo»—.

Yo soy una perrita mestiza de trece años y Raúl se divierte con sus amigotes hablando de mis supuestas manías. Que si me llevo mejor con los perros grandes que con los de mi tamaño, que si solamente hago pis y caca donde hay hierba, que si un día no quería cruzar un paso de cebra recién pintado, que si me da miedo Javier, uno de los amigos de Raúl, porque lleva bigote. Y él qué sabe si es el bigote lo que me da miedo, listillo. ¿Acaso me has escuchado decirlo?

Mis manías todas tienen justificación; las de Raúl, no. Desde que tengo uso de razón este me ha dado de comer básicamente un pienso compuesto de arroz y pollo. Primero una variedad especial para cachorros, luego para adultos, después para sénior y ahora para ancianos. Que digo yo: ¿el arroz es arroz y el pollo, pollo, no? ¿O es que siembran arroz y crían pollos para cachorros, adultos, séniores o ancianos? Señor pollo compórtese, que usted será un futuro pollo especialmente cocido para un anciano.

Pues bien, según Raúl yo tengo este tipo de alimentación por mi bien, no tengo otra opción. Ya me hubiera gustado a mí variar de vez en cuando. Pues resulta que don Raúl, el cachas, el increíble Hulk de Móstoles, se alimenta básicamente de arroz y pollo de modo voluntario —«Es la dieta de un culturista», «Para presumir hay que sufrir»—.

¿Presumir con quién? ¿Contigo mismo frente al espejo? ¿Por qué no te comes mi pienso si tan saludable es? ¿No dices que lleva lo mismo? Arroz y pollo, pues ahí lo tienes para ti solito. Elige la variedad que más te acomode, cachorro, adulto, sénior...

Otras de las muchas manías que tiene Raúl son: rascarse la frente con un solo dedo mientras lee algo, da igual que sea una carta del banco que un texto de Internet. No sé qué sentido tiene que leer provoque picor. O pasar el canto de su mano por la pantorrilla como si sacudiera una mancha de polvo cada vez que habla por teléfono. Debe ser que la comunicación telefónica le ensucia el pantalón. Canta en la ducha, se hurga la nariz en los semáforos, cuando compra papel higiénico va por la calle asustado, escondiéndose tras los coches aparcados para que nadie le vea, como si acabara de comprar uranio empobrecido a un grupo terrorista. Y la peor de sus manías es la costumbre de llamarme por el nombre de objetos o de seres de otras especies: ay, mi bomboncito; ay, mi terroncito de azúcar; ay, mi helado de vainilla; ay, mi ratoncita; ay, mi osito peludo, mi caramelito o mi gatita cariñosa. Sí, Raúl el culturista, el que se mira a todas horas en el espejo, el tío cachas, el machoman dice estas moñadas. Una perra, ¿no ves que soy una perra? ¿Leñe? Esta es la manía a la que le tengo más manía.

LAS SUYAS

En este capítulo abordaremos lo que podríamos denominar «manías perrunas», pero hemos de tener en cuenta que pese a lo que a nosotros nos parezcan, tales manías no son otra cosa en la mayoría de los casos que la versión domesticada de sus instintos más primitivos y salvajes.

Como ya sabemos, los canes llevan probablemente entre nosotros un centenar de miles de años en una cada vez más estrecha convivencia y, por lo tanto, algunas acciones sí podrían ser manías, probablemente inducidas por el proceso de domesticación o incluso por un hecho involuntario de mimetismo con el ser humano.

Hemos de tener en cuenta, además de lo anteriormente expuesto, que determinadas acciones —las cuales podemos tildar de manías— no solo son reflejos instintivos, sino que pueden ser perfectamente acciones comunicativas insistentes.

Mi amigo Cuco, un cachorro mestizo, dice que su dueño Antonio se queja porque ladra. Que puede entender que lo haga cuando se le olvidó echarle agua, pero que ladre cuando le deja solo o cuando se va a echar la siesta le desespera.

Ja, yo le digo que tendría que vivir con el mío, que pega unos chillidos por teléfono que para qué. Habla con el aparato ese como si lo hiciera con alguien que está a quinientos metros de él. Y si no, cuando hay fútbol y habla con los jugadores de la tele. «Vamos, vamos, idiota ¿No ves que está solo? Pero pásale la pelota. ¿Estás ciego? Pero

si no te ha rozado mentiroso, que te has *tirao* al suelo. Anda, anda, levanta, que menudo cuento tienes». Así en todos los partidos. ¿Es que se cree que le escuchan? Animales racionales creo que se llaman ellos.

Cuando un perro ladra es siempre un acto comunicativo y, en la mayoría de los casos, son demandas de necesidades lo que nos comunican. Esto puede ser desde las cosas más físicas y materiales como pedirnos agua, comida, su juguete favorito que se ha metido debajo de la cama o de la nevera y él no alcanza, a otras demandas afectivas y más espirituales.

Los perros por lo general son seres muy juguetones y divertidos, y cuanto más joven sea el perro mayor será la demanda de juego y el tiempo solicitado al efecto. Esto puede generar conflicto entre perro y amo. Una pareja «antrocanoide» ha podido estar jugando durante una o dos horas, el humano está que no puede ya con su alma, pero, sin embargo, el perro continúa sobreexcitado y tiene tras las dos horas de juego aún más necesidad que al principio. Este comienza a ladrar insistentemente al amo y esto se le hace muy cansino. El humano finalmente no tiene más remedio que encerrar al perro y separarse del habitáculo que estaban compartiendo. El perro continúa ladrando durante unos minutos o incluso horas y después, cuando se agota o se desespera, pasa a los aullidos o al llanto.

A veces los perros ladran —con motivo o sin él— sin tener necesariamente alguien que les escuche. Se expresan y se desahogan al igual que muchos humanos hablan solos o cantan en la ducha —«Ay que ver este vecino, otra vez me deja el coche casi pegado al mío, luego dirá que le rozo el BMW de las narices, pues que aprenda a aparcar de una vez»—. Esto lo podría decir cualquier humano que se encontrara solo al volante de su utilitario antes de irse a trabajar. Nadie le escucha, pero tiene la necesidad apremiante de decirlo e incluso, probablemente, acompañe las palabras de gestos y aspavientos que nadie verá.

Me ha gustado este ejemplo porque en ocasiones a nosotros nos pasa lo mismo. Que tenemos la necesidad de sacar una emoción mediante el ladrido pese a ser conscientes y saber que nadie nos escucha. Podemos decir algo como: «¿Pero qué hago aquí solo? Uf, tengo calor, me agobio. ¿Algún perro por ahí? No escucho ningún ruido, menuda tardecita me espera, se piensan que porque me hayan dejado la radio puesta me lo voy a

pasar pipa y no ladraré, lo llevan claro. Que aguanten ellos al cansino del locutor ese que a mí me aburre».

Quizás la mejor manera de evitar la «manía» de ladrar sin sentido aparente sea que el perro no tenga motivo para hacerlo. Esto no significa que le tengamos que consentir todo, más bien lo contrario. Una educación desde cachorros basada en roles de disciplina lo más semejante posible a la vida en una manada y un entrenamiento en positivo pueden ser las herramientas ideales para evitar conductas no deseadas.

Chocolate, mi hermana también sabe lo que son los ladridos. Quizás pueda ayudar a tu amigo Cuco lo que voy a contar. Ella no hace mucho ha adoptado un cachorro de braco llamado Black. Es precioso, maravilloso, supercariñoso, pero ladra. Es el primer perro que tiene y está desesperada, además la adopción le ha coincidido con un cambio de domicilio, con lo cual tiene vecinos nuevos y teme algún percance con ellos.

Black evidentemente se aprovecha de la situación de dueña primeriza al igual que Spock lo hizo conmigo en sus tiempos mozos. Ella ha estudiado todas las posibilidades para atajar el problema de los ladridos.

Me pidió consejo, habló con adiestradores, pero evidentemente necesitaba una solución a corto plazo. Por supuesto descartó unos collares de castigo que proporcionan descargas eléctricas al pobre perro cuando se detecta un ladrido. Finalmente, descubrió uno que libera una feromona similar a las que producen las madres perrunas y esto le está ayudando a tranquilizarse. Creo que no es una solución definitiva y le he aconsejado que persevere en el adiestramiento en positivo.

Le he pedido que me diga la marca del collar para informarme si también funciona con humanos. Tengo algún amigo que se lo regalaría a su jefe.

La mayoría de perros, sobre todo los de gran tamaño, tiene la costumbre de escarbar la tierra en los días de mucho calor. Esto se debe a que quieren acceder a las capas del terreno más frescas para posicionar allí su panza, que es el lugar del cuerpo por el cual ellos reciben el fresco para aclimatar el organismo. Sin embargo, hay otras ocasiones en las que escarban en días que no son precisamente calurosos y es aquí cuando esta acción puede recibir con más justicia el apelativo de manía. Probablemente ellos, al tener la costumbre de hacer algo buscando un fin, adoptan la misma actitud que tendrían en caso de buscar ese objetivo y les sale de forma natural a modo de rutina. A los humanos también nos pasa.

Vamos a ver, no me hables de manías porque Spock me ha dicho que en invierno te encanta tomarte ese primer cafecito de las seis de la mañana para entrar en calor, espabilarte y ponerte a escribir. Hasta aquí todo normal, pero es que luego ha observado que incluso cuando no tienes sueño también te tomas uno o más, como si esa agua medio negra supiera a algo rico. O cuando hace un calor de narices y te tomas una taza humeante y se te caen unas gotas de sudor por la frente que da cosa verte. Y luego nosotros somos los maniáticos por escarbar. Envidia cochina, que más quisieras tú que poder hacerlo sin que te diera vergüenza como lo hacen los cachorros de tu especie en la playa.

Muchos perros, sobre todo los terriers, tienen la manía de escarbar la tierra para esconder juguetes o huesos. Para ellos esto es un juego, pues aunque lo hacen por instinto conservacionista, rara vez tienen esta necesidad, ya que suelen ser perros domésticos con una alimentación garantizada.

Sí, y con esas galletas que nos dais de premio cuando hacemos algo bien. Pero uno ya se cansa de ser un niño bueno y también es de justicia que os estiréis un poquito de vez en cuando y nos deis alguna a cambio de que dejemos de hacer travesuras. ¿Chantaje? Bueno, pero bien ricas que están. El chantaje tiene en este caso un ligero sabor a pan y carne.

El perro, pese a la cantidad de siglos de domesticación y a la influencia en el plano evolutivo que esta ha tenido en él, es un ser genéticamente programado para vivir en manada. Muchas de sus costumbres o manías vienen dadas por ello. Cuando no tenemos en cuenta esta peculiaridad social y desvirtuamos su instinto, pueden surgir problemas y molestias para la convivencia. La agresividad es la más radical de las consecuencias. Un perro puede ser agresivo por miedo atribuible a una fobia o por una desorientación y confusión respecto del papel que juega en su manada social, es decir, en nuestro hogar.

El tema de la excesiva humanización canina y sus consecuencias lo trataremos más adelante, pero aquí veremos someramente cómo algunos comportamientos están vinculados a este hecho.

Algunos perros tienen verdadero pánico a los niños, mientras que otros los cachorros humanos son sus mejores amigos. Respecto a los primeros tenemos que atribuir su temor más bien no a un trauma anterior —maltrato por parte de niños en una etapa concreta de su vida—, sino a la falta de socialización con estos. Hay manadas, grupos familiares en los cuales no existen niños.

Uf, quita, quita; con lo bien que vivo yo sola con mi dueño. Cuando veo a vuestros críos jugar en el parque, con sus gritos, empujones, sus saltos espasmódicos y violentos, tirándose agua y arena los unos a los otros, quiero marcharme rápido de allí y me pongo de mil demonios.

Mira, una conocida mía, Pinki, una bretona de nueve meses, cachorra y, por lo tanto niña, no aguanta a sus coetáneos humanos, pues en su manada no hay niños. Sus dueños, Sandra y Pablo, procuran no llevarla a sitios donde pueda haberlos, y es el pez que se muerde la cola. Lo peligroso es que hay casos contrarios al de Pinki.

Un perro puede exteriorizar su miedo en vez de metiendo el rabo entre las piernas, reaccionando de un modo agresivo, pensando que esos «locos bajitos» son seres malignos que pueden atacarle y, por lo tanto, él se defiende ante ellos. Una socialización lo más pluralmente posible desde cachorros es la clave para evitar después comportamientos indeseables, que los perros aprendan a relacionarse pronto con niños, gatos, adultos humanos y seres de todas las especies y edades. Siempre eso sí, con la mayor de las precauciones.

Hay perros a los cuales les da por perseguir a gente que va corriendo, en bicicleta, moto o incluso en coche. Esto puede llegar a hacernos gracia según el momento, pero tampoco está exento de peligro, tanto para la integridad del perro como la del humano. Puede ocurrir bien por simples e incontroladas ganas de jugar o por un mero instinto cazador o cobrador. El corredor, el ciclista, etc., es la «pieza» que hay que perseguir y aunque esta sea más grande que el mismo perro, la gracia estriba más en la acción que en la consecución de un verdadero fin. Al igual que en el caso anterior, la persecución de personas puede tener, además, su versión agresiva. En este caso con bastante probabilidad lo que cambie es la causa y esto puede atribuirse a la falta de socialización, como, por ejemplo, un perro que está siempre atado sin interactuar con humanos y ve a estos, sobre todo cuando se desplazan ante su hocico a gran velocidad, como un enemigo a batir.

Todos hemos oído hablar —o lo hemos sufrido en carne propia— de perros que hacen verdaderos destrozos en casa. Aunque no suele ser muy frecuente, son casos muy llamativos e impactantes y por ello creemos que les pasa a muchos.

Uy, sí, a mí me han hablado de destrozo de puertas, despellejamientos de sofás o incluso, el caso más extremo que he oído jamás, el de un colega mastín de nueve meses que

partió a mordiscos el grifo metálico de una lavadora. Pobrecito, lo mal que lo estaría pasando para hacer eso. Bueno, vale, pobrecito también el amo.

La mayoría de estas catástrofes materiales suelen producirse en ausencia de los dueños y es ahí precisamente donde está la clave.

Madre mía, la de anécdotas que tengo yo que contar sobre este asunto. No es que me hagan gracia, no, pero quiero que entiendas que todos los desastres tienen un motivo.

Mira, me hablaron una vez de un pastor alemán de tres años. Pipo, creo recordar que se llamaba. Me dijeron que sus dueños, Paco y Daniel, eran dos personas maravillosas que casi siempre le llevaban con ellos. Iban a menudo al campo y en vacaciones buscaban lugares que admitieran perros para que él también pudiera ir.

Salvo cuando estaban trabajando, que solía ser por la mañana, nunca o casi nunca le dejaban solo. Un día pasó algo, no recuerdo bien el qué. Parece ser que Daniel vino llorando y su marido, muy triste, le cogía de la mano y lo abrazaba. Esa noche la pasaron fuera.

Al principio Pipo contuvo la ansiedad, aunque se quedó preocupado y gimoteando. Creyó que regresarían pronto y que todo volvería a la normalidad. Pero me dijeron que con el paso de las horas comenzó a dar vueltas por la casa con el corazón fuera del pecho. ¿Qué pasaba? ¿Dónde estaban? ¿Por qué Daniel estaba tan triste y desesperado? No entendía nada.

Cuando se quiso dar cuenta se encontraba dándole grandes mordiscos a un sofá de escay que tenía esponja por dentro. Me dicen que no pensaba, que no sentía el amargor ni la aspereza de los materiales en su lengua y garganta.

Arañó todo el mueble con sus pezuñas hasta desgajarlo entero. Cuando lo destrozó por completo el corazón ya casi latía a su ritmo normal, pero un sentimiento de miedo y tristeza, arrepentimiento, sustituyó a la ansiedad.

Parece ser que al llegar sus dueños se quedaron pasmados, aunque no tuvieron fuerza ni para regañarle.

Los perros son muy intuitivos con las emociones humanas, sobre todo si se trata de sus amos. Pipo sospecharía que algo profundamente triste ocurría, y los amos no cayeron en la cuenta de que en su hogar había un tercer ser sintiente.

No sabemos si la ansiedad del animal y el destrozo se hubieran podido evitar si Paco y Daniel, antes de marcharse le hubieran tranquilizado —«Tranquilo, Pipo, tranquilo que mañana por la mañana venimos, no pasa nada. Te vas a quedar solito pero vendremos»—. Lógicamente todo ello acompañado de inflexiones dramatizadas de la voz y de un lenguaje gestual apropiado.

Los perros no saben lo que significa las palabras «tranquilo» ni «mañana», pero sí que saben percibir, igual o incluso mejor que nosotros, el estado de ánimo de los humanos.

Una manía bastante exasperante —sobre todo para dueños primerizos de perros y de tamaño mediano o grande— es la de tirar en exceso de la correa. Todos los adiestradores coinciden en que el perro debe ir a una distancia corta del amo; más o menos que la mitad de su cuerpo esté alineado con la pierna del humano.

Es aquí donde quizás más cercenamos su libertad, ya que todo ser vivo ha nacido para ser libre y no para estar sometido a otros. Aunque si tenemos en cuenta la situación actual en la que se encuentra el *Canis lupus familiaris* respecto al proceso de domesticación y de la convivencia con el hombre, la cuestión de llevarlo atado es más que necesaria.

Nuestro mundo, el mundo de los peligros urbanos, no está hecho para que un perro vaya suelto por la calle. Eso por un lado; por el otro, hemos de ser conscientes de que el can está acostumbrado y necesita, como ya hemos dicho, vivir en manada y, por lo tanto, precisa de un líder que en este caso seremos nosotros.

Permíteme que añada algo más a lo que acabas de decir. Un perro que no sabe su rol dentro del grupo no es un perro feliz. Esto que digo lo puede comprobar cualquier dueño entre otras muchas cosas por la forma que tiene de tirar más o menos de la correa en una posición de paseo.

Y qué decir de la manía de ir orinando por cualquier sitio. A veces, cantidades minúsculas. Esta es una costumbre ancestral arraigada en el lobo y en los cánidos en general. Es un acto de marcaje territorial.

Pues claro. Lo hacemos para informar a otros colegas que tengan cuidadito. Y que si pasan por esa farola, sepan que la buena de Chocolate, es decir, esta elegante y seductora perrita mestiza, ha estado rondando el barrio.

La orina canina es el DNI de los perros. Son capaces de identificar si otro conocido ha estado por un lugar concreto al olisquear los restos, por escasos que estos sean. Esta manía llega mucho más allá del gusto de los perros por olfatear pises propios y ajenos.

El perro tiene las prioridades olfativas ordenadas de forma inversa a las nuestras. Por lo general, a los humanos nos gustan más los olores dulzones: chocolate, pan, café, perfumes, determinadas plantas denominadas aromáticas, etc., aunque también hay ejemplares de nuestra especie que son la excepción que confirma la norma. Todos tenemos un amigo al cual le encanta, por ejemplo, el olor a gasolina, pero no conocemos a nadie medianamente normal que le guste el olor a estiércol o a basura. Sin embargo, los perros sí que tienen este excéntrico gusto a la hora de preferir olores. Se detienen por las calles a oler alimentos putrefactos, excrementos o vómitos.

Chocolate, voy a revelarte algo. No hay cosa que más le guste a Spock que me deje la tapa del cubo de basura abierta. Enseguida introduce su largo hocico para devorar cualquier sobra ya en proceso de descomposición. E incluso cuando tengo la puerta de la terraza abierta donde está el cubo, aprovecha para levantar la tapa con el morrete y olisquear los aromas basuriles. Aunque no he hecho la prueba, estoy seguro de que si le acercara un pañuelo impregnado en mi colonia retiraría el hocico.

LAS NUESTRAS

Si a nosotros nos pueden parecer excentricidades manifiestas el hecho de que a los perros les guste oler alimentos podridos, orina o perseguir ciclistas, nuestros amigos peludos tienen bastante que decir sobre nosotros también al respecto de ciertas rarezas nuestras.

Sí, sí. Coincido contigo y con Spock también. A él, por ejemplo, no le gusta la manía que tienes de dejarle debajo de la mesa en los restaurantes. ¿No te das cuenta de que desde allí apenas puede olfatear lo que tú y tus amigotes os coméis? O que te tires horas sentado frente al ordenador ese tan cansino. Que me ha chivado que para colmo el tuyo habla. Tampoco le gusta que comas yogures cerca de él y no le ofrezcas, que no le hagas caso cuando te pones a parlotear por el teléfono, que te empeñes en jugar con él cuando está dormido y que luego no quieras hacerlo cuando a él le apetezca porque le dices que estás cansado o al menos eso intuye.

Podría seguir con muchas otras chifladuras tuyas que me ha soplado Spock, pero no lo hago porque me pillas de buen humor, y seré benévola contigo y tus rarezas.

A cualquier perro que viva con un humano seguro que hay actitudes personales que no le gustan, que sin duda alguna le resultan molestas, con la diferencia de

que ellos suelen ser más tolerantes con nosotros que nosotros con ellos.

Al margen de las manías específicas y la consecuente aversión por cada una que al perro le moleste, también existen costumbres y manías atribuibles a nuestro estilo de vida y comportamiento que a los canes no les gustan por no cuadrarles precisamente con su forma de ser y con su comportamiento más instintivo.

Por muy abierto y extrovertido que sea cualquier ejemplar de la especie humana, tarde o temprano necesitará un momento de soledad: por saturación, búsqueda de inspiración, enfermedad o porque simplemente le apetezca estar tranquilo. Ellos, sin embargo, detestan que les dejemos solos y la mayoría de perros domésticos por necesidades de sus amos tienen que estarlo continuamente. Esta será probablemente la costumbre humana que más detestan los perros. Además, no podrán entender nunca por qué les dejamos solos ni por qué queremos nosotros estarlo.

Mi amigo Julio toca en un grupo de rock y se suele llevar a Dylan, su precioso mestizo de tres años a los ensayos del local. Julio dice que Dylan es un perro muy roquero y que esta música incluso le relaja, que se queda dormido tras los primeros acordes del bajo o de la guitarra o al sonar los toques de batería. Sin embargo, cuando Julio quiere componer una canción en casa, le gusta encerrarse solo en su habitación con la guitarra acústica, pero Dylan rasca la puerta del cuarto con sus pezuñas para que le abra.

No te confundas, amigo. Dylan me ha dicho que detesta la música de Julio tanto como detestamos el resto de perros los cohetes y petardos, lo que ocurre es que se duerme de aburrimiento.

Me ha dicho también que la primera vez que le llevó a un ensayo quedó espantado con aquel ruido infernal que tanto parece gustaros. Y que se quedó inmóvil en un rincón.

En cuanto a lo de la búsqueda de inspiración, no entiende qué pasa con eso, y por qué narices —hocicos— le molesta su presencia, si cada vez que pasa a la habitación se queda tumbadito en el suelo escuchando su voz y la guitarra. Está algo enfadado porque para algo medianamente tranquilo y aceptable que toca, va y no le permite escucharlo.

Si la búsqueda total o temporal de soledad es algo que los perros no comparten con nosotros, a buen seguro se debe al distinto desarrollo socializante de ambas especies. Nos hemos criado y crecido juntos, pero no

revueltos y, por lo tanto, tampoco se puede decir —al menos de momento— que seamos iguales. Ellos prefieren la manada al individualismo, mientras que nosotros cada vez tendemos más a lo último. Somos así hasta el punto que cada vez son más el número de hogares habitados por una sola persona; eso sí, cada vez más, estos hogares también están habitados por una o varias de esas especies animales que llamamos mascotas.

Los humanos no nos aguantamos los unos a los otros y buscamos la compañía de amigos peludos que no están aún infectados por el virus del egoísmo, la envidia, el rencor o las fobias sociales. Por eso cada vez comprendemos mejor sus costumbres y manías y ellos cada vez comprenden menos las nuestras.

Otra cuestión en la cual no coincidimos humanos y canes es en la forma de mostrar afecto y amor. Creemos que ellos son personas con cuatro patas y que sus condiciones etológicas y orgánicas son las mismas que las nuestras.

Los perros, por lo general, llevan muy mal la manía que tenemos los humanos de abrazarles. Cuando un ejemplar de la especie humana abraza a un igual, estos sienten el afecto mediante la presión ejercida de un cuerpo a otro, el contacto, el calor y la sensación de protección y comprensión que estas producen. Mientras que, por el contrario, ejercer una sujeción del cuerpo de un perro mediante las extremidades superiores de un humano pueden ser interpretadas por el primero como un acto de ataque o dominación similar al que efectúan entre ellos cuando se montan. Además, según la raza canina de la que se trate, los perros suelen tener la caja torácica más tierna y estrecha que la nuestra, y mediante la presión de nuestros abrazos podemos dificultar la respiración.

Por favor. A mí me pone enferma llegar a casa de paseo con Raúl, que me quite la correa y empiece a abrazarme. Menudo agobio, sobre todo en verano. Ni respirar me deja. Suelo zafarme con disimulo fingiendo que tengo que irme a beber agua para no ofenderle, pero la verdad es que se pone insoportable. Y si molesto es el abrazo, ya no digamos las palabritas de las narices. Ay, mi bola de pelo; ay, mi osete dorado; ay, mi pegotito de miel. ¡Bochornoso!

Otra cosa que la mayoría de los perros no llevan demasiado bien es que les toquemos el hocico de modo literal.

Lo llevamos muy mal, la verdad. Vuestra nariz humana es un extraño apéndice puntiagudo que no os sirve para otra cosa más allá que para oler una copa de vino a tres centímetros de distancia o para sujetar unas gafas de sol. Sin embargo, nuestro hocico es un fino instrumento dotado de unas facultades extraordinarias.

Nosotros somos capaces de oler si ha estado un humano o un perro en un sitio concreto, aunque de esto haga horas o incluso días. Reconocemos con nuestro olfato a los seres queridos a decenas de metros de distancia, aunque haya paredes de por medio. ¿Por qué os creéis que cuando recibís visita en casa nos dirigimos a la puerta antes de que suene el timbre? ¿Pensáis acaso que somos adivinos? Naturalmente que no nos gusta que nos toquéis los hocicos, pues estos son muy sensibles y delicados.

Los perros tienen una hipersensibilidad a lo largo y ancho de todo el hocico. Sin embargo, la sensibilidad de nuestra nariz en su parte externa es prácticamente igual que el resto del cuerpo, pero en su interior las cosas cambian. Podríamos decir que aunque escasas, nuestras facultades olfativas están dentro de la nariz mientras que las de los perros, muy desarrolladas, están repartidas por todas partes, de ahí su enorme sensibilidad. Es lógico por ello, que no les guste que les toquemos el hocico, pues es su herramienta más valiosa para conocer el mundo, amén del malestar físico que les provocamos al hacerlo.

Hay aún más manías nuestras que salen a la luz cuando intentamos demostrarles nuestro afecto y metemos la pata de forma deliberada.

Uy, has dicho «la pata». Con lo finos que sois los humanos que habláis de tener piernas y no patas. ¡Como si ambas cosas no fuesen lo mismo o no sirvieran para lo mismo!

Podemos pifiarla en muchos casos cuando les soplamos en la cara, cuando les damos besos o simplemente cuando acercamos nuestro rostro al suyo. Aunque esta suerte va cambiando según el ejemplar del que hablemos.

Te pongo un ejemplo, Chocolate. May, el fallecido yorkshire de mi madre, mostraba su afecto con los humanos lamiendo la cara, cuestión que a la mayoría de nuestra especie —y recalco que a la mayoría— no nos gusta.

Reconozco que en mi caso no es una cuestión especista, odio que me chupe la cara cualquier ejemplar de cualquier especie, incluyendo la humana, y aún diría más, puestos a elegir, pondría a la especie humana en primer lugar a la hora de provocarme esta repulsión por los lametones faciales. Curiosamente, Spock demuestra su amor y afecto con los humanos chupando cualquier parte del cuerpo, menos la cara.

Cumpliendo la máxima de que el perro se parece al amo y viceversa, Spock tampoco soporta, como la mayoría de canes, que acerque mi rostro al suyo.

No llevan demasiado bien tampoco que les manoseemos las pezuñas. Es una zona muy sensible, aunque en un principio creamos que estas son muy sufridas por el constante contacto con el suelo.

En muchas ocasiones, y sobre todo a los ejemplares de pelo más largo, se les puede adherir entre las almohadillas y entre los dedos cuerpos extraños: chicles, pinchos de procedencia vegetal, caramelos o cualquier cosa de las que el incivilizado ser humano tira al suelo de nuestras calles. Como ya hemos visto en capítulos anteriores donde hablamos de la inteligencia canina, los perros aquí hacen un ejercicio de memoria pragmática. Si esa zona estuvo un tiempo dolorida porque le molestaba, por ejemplo, un pincho, cuando se la tocamos en otra ocasión, el perro retirará la pata acordándose de aquello. Pero, posiblemente, la manía humana que más detestan los perros es nuestra insana costumbre de los constantes cambios de humor.

Chocolate, para que no pienses que no soy imparcial, te voy a poner primero un ejemplo hipotético de cambio de humor de un perro —Spock me servirá una vez más de ejemplo— y luego haré el mismo ejercicio con un humano.

Imagina que un buen día decido ir a un concierto de rock en un estadio de fútbol. Spock podría pasar perfectamente a dicho evento. Es un perro guía y legalmente tiene derecho a entrar a cualquier espacio público o privado de uso público, pero naturalmente jamás le llevaría a un lugar donde corriese peligro. Cualquier tipo de concierto de música donde le pudiera molestar el ruido, sufrir algún pisotón, etc., o a alguna feria sobresaturada de gente. Tampoco me subiría con él a ninguna atracción mecánica.

Pues bien, sigue imaginando que ese día del concierto lo dejo en casa. Él primero se enfadaría, gimotearía y lloriquearía cuando me viera marchar y cerrar la puerta, y luego su enfado se convertiría en profunda tristeza.

Horas más tarde, al escuchar el ascensor y después la cerradura, y percibir mi olor y mi presencia, se levantaría de pronto, comenzaría a dar vueltas como loco por la casa atrapando cualquier objeto para entregármelo a modo de regalo de bienvenida y me rodearía haciendo su característico ruido de estar contento con una presa en la boca —es un sonido que tiene algo de rugido y de ronroneo—. Spock sería capaz de pasar de una tristeza profunda a una máxima alegría.

Supón ahora que un día cualquiera quedo con un amigo para ver la última sesión de una obra de teatro que lleva en cartelera casi todo el año —y que por distintas circunstancias me ha sido imposible ver hasta ese momento—, y que saco las entradas con toda la ilusión del mundo.

Cinco horas antes de que comience la obra me llama mi amigo y me dice que lo siente mucho, pero que tendrá que ir solo o buscar a otra persona. Ha conocido una chica a través de una página de contactos y tiene que quedar con ella en ese momento —«Lo siento, tío, pero es que esta chica me gusta un montón, creo que es la mujer de mi vida. Evidentemente yo te pago mi entrada y si no encuentras a nadie que te acompañe y no te apetece ir solo, te pago también la tuya. Esto ha sido culpa mía y no permitiré que te tragues tú el marrón»—. Ni aunque mi amigo me pagara las entradas, ni aunque fuera la misma Elsa Pataky la chica con la que hubiera quedado, no iba a sentirme bien con él durante horas, días, meses o incluso habría gente que no sería capaz de perdonar algo tan simple durante años o durante el resto de su vida.

Este enorme defecto, manía o costumbre que tenemos los humanos y que se nos ha enquistado en lo más profundo de nuestra alma es una cuestión a todas luces incomprensible para un perro, un ser que olvida la ofensa, el dolor emocional y físico, el desprecio, el abuso de poder en décimas de segundos.

Ahora está más de moda que nunca el adiestramiento canino, enseñar a los perros a realizar algunas cosas que los humanos pueden hacer. Tenemos mucho que enseñarles a los canes, pero ¿no deberíamos aprender cosas tan fundamentales de ellos como las aquí expuestas?

Como no entienden este tipo de sentimientos emponzoñados tan arraigados, no comprenden tampoco las consecuencias derivadas de ellos. Si un humano está enfadado por cualquier ofensa y este se queda mirando el televisor durante horas, extasiado con cara de bobo, su perro, aunque desconozca el motivo por el cual su amigo humano está triste o enfadado, y le desespere la duración de este estado de ánimo, gimoteará, lloriqueará y volverá a hacer uno y otro intento para jugar con él.

Yo en estos casos termino por quedarme dormida, y esperar a que, cuando me despierte, la cosa esté más animada. ¡Ya vendrán días mejores!

LAS DE AMBOS

Ya hemos descrito las manías y costumbres que cada especie, la canina y la humana, tienen a grandes rasgos. También de cómo una especie soporta a la

otra, siendo estas manías, costumbres o hábitos un escollo en ocasiones para la relación perro-humano. Hemos de tener en cuenta que por lo general nosotros convivimos voluntariamente con perros, mientras que a ellos nadie les pregunta jamás si lo que quieren es vivir con nosotros. Esto no quiere decir que a los perros haya que consentirles todos los caprichos que se les antojen para redimirnos a nosotros mismos del sentimiento de culpa provocado por su domesticación, pues hacer esto iría en primer lugar en contra de su propio beneficio y en contra también de su desarrollo como ser vivo perteneciente a un grupo, manada y a una sociedad.

Un perro que no tiene claro el lugar que ocupa en cualquiera de los escalones grupales citados es un perro desorientado, probablemente miedoso, inseguro y violento. Por lo tanto, nosotros, en cuanto a las acciones perrunas que puedan ser tildadas de excentricidades, si las observamos a través de nuestra perspectiva, estilo de vida o escala de valores, no tenemos más remedio que aplicar por norma el sentido común e intentar corregir con entrenamiento positivo las que sean solo necesarias y posibles.

Y añada también que no vayan en contra de nuestros derechos naturales. ¡Que ya hemos cedido bastante en todo este proceso vuestro de domesticación!

Lo mismo pasará con aquellas cosas nuestras que a los perros les parezcan raras o difíciles de soportar. No debemos forzarles a que admitan todas y cada una de nuestras costumbres de un modo violento. Si, por ejemplo, pasamos por una mala racha emocional y estamos tristes, enfadados o estresados, tenemos que saber que en la mayoría de las ocasiones el perro ni es culpable ni tan siquiera consciente del motivo que nos ha provocado ese estado de ánimo. Puesto que en este caso y en otros muchos el problema es nuestro, tenemos que intentar por todos los medios que el perro nos entienda.

¿Te digo dos estrategias para conseguir que os entendamos de una vez por todas? Paciencia y perseverancia. Por favor, qué os cuesta tranquilizarnos con unas cuantas caricias. ¿Es que no sois capaces de fingir algo de alegría cuando estáis con nosotros para que nos demos cuenta de que no estáis del todo locos? Con este poquito de esfuerzo es suficiente. No os pedimos más. Además, probablemente esto sirva incluso para ayudaros a vosotros mismos. Que como decía Tana, sois raritos de narices.

Perros y humanos procedemos de un mismo planeta, los ancestros de ambos

vienen de un pasado de vida en grupo; tribus, comunidades, regiones, provincias, confesiones religiosas, organizaciones políticas por nuestra parte y manadas por la de ellos. Ahora ambas especies comparten en muchas ocasiones estructuras sociales comunes o forman una pareja de amigos o compañeros. No tenemos más remedio que entendernos, respetarnos y tener muy claro por nuestra parte que somos los humanos los que más tenemos que trabajar en esto.

No podéis hablar de manías ni de costumbres perrunas sin caer en una simple generalización de esas a las que los humanos nos tenéis acostumbrados.

Me llamo Nico, tengo tres años y medio y soy un lhasa apso, una de las razas que según algunos de vosotros decís, más rarezas desarrollamos en nuestro comportamiento.

Mis dueños —un matrimonio ya jubilado llamados Manoli y Pedro— se reían de mí cuando de cachorro rechazaba la carne y me volvían loco con las verduras y hortalizas. Que si era así por mi procedencia oriental, que si era budista, que si era vegetariano, y no sé qué tonterías más. Yo comía lo que me apetecía y punto. Ahora apenas queda nada de aquella costumbre y no me hace ni pizca de gracia ni los pepinos, ni los calabacines ni las acelgas. Prefiero el pienso y los trocitos de carne tierna.

«Míralo, míralo; este sí que sabe. Ya se ha hecho a la dieta mediterránea», oigo decir a Manoli en el momento que me doy la vuelta. ¡Qué dieta mediterránea ni qué ocho cuartos! Como lo que me pide el cuerpo y sanseacabó. Además, si siempre me están ofreciendo de todo, es normal que escoja, ¿o no? Así que luego que no digan que soy un caprichoso consentido.

Ellos creen que soy un perro pequeño, pero muy agresivo. No se dan cuenta de que lo que soy es algo asustadizo y miedoso, aunque esto está más que justificado.

Los humanos jamás sois capaces de ponerlos en nuestro lugar. Habría que veros si un ser veinticinco veces más alto y más pesado que vosotros se os acercara a acariciaros la cabeza.

Precisamente yo, que reacciono bien la mayoría de las veces, para alguna vez que muerdo o enseño los dientes me llamáis raro, y luego vais vosotros y salís corriendo a gritos cuando veis una avispa o una cucaracha que es infinitamente más pequeña. En fin... rarezas humanas.

Otra cuestión que mis dueños tildan de costumbre y yo catalogo de necesidad es abrazar un cojín y frotarme arriba y abajo con él. ¡Se pensarán que esto es la panacea! Un cojín y, además, feo y hortera con florecitas. Ni que fuera Miss Cojín 2018, digo yo. Si me tienen todo el día entre cuatro paredes y cuando me acerco a una hembra me retiran de un correa. ¿Qué más quieren? No entiendo por qué no me dejan hacerlo o en el mejor de los casos por qué se ríen de mí. Ni que fuese a mancillar el honor del cojín o a dejarlo preñado de una camada de híbridos entre perritos y cojincitos. Menuda tontería tenéis encima los humanos.

EL ADIESTRAMIENTO SEGÚN SANDY

Me pregunto si existen adiestradores para humanos. Ya sé que hay colegios para niños, para adolescentes o para jóvenes y adultos, pero me refiero a que si hay centros o personas especializadas en enseñar comportamiento cívico a los humanos.

Yo soy una american stanford de tres meses, y como según algunas personas pertenezco a una raza delincuente, asesina y casi terrorista internacional, mi dueño Jonatán me lleva a un adiestrador para que me enseñe cuestiones básicas de civismo, como no morder a los demás perros, no estrangular con mis potentes mandíbulas a ancianitos inocentes en los parques e ir siempre pegadita a Joni cuando me lleva con la correa. ¿Pero quién se han creído que soy?

Tan solo por pertenecer a una raza concreta me ponen la etiqueta de agresiva. Ellos, que se comportan peor que salvajes cuando ven el fútbol en casa, en el bar o en el estadio. Que cuando van caminando por la calle se ponen los unos con los otros como fieras por un simple roce de codos. «¿Pero estás ciego chaval?». Enseñan sus dientes como si fueran canes infectados por la rabia. Vamos a ver, por Dios, que te han rozado el codo, no te han roto la cadera por cuatro sitios. ¿Es necesario ponerse así?

Y cuando van conduciendo los ejemplos de incivismo son innumerables. Fíjate si te suena alguno: ¡Te han dado el carné en la tómbola!, ¿Es qué vas borracho?, ¡Sales o entras, vienes o vas!, ¿Te has sacado el carné en la ONCE?

Sí, mucho colegio, instituto, universidad, centros de conocimiento. Mucha ciencia, filosofía, cultura, historia, teoría de la ética, religión y luego mira, ni siquiera saben darse entre ellos lo que nos exigen a nosotros; un poco de comprensión ajena, paz, tolerancia, convivencia, al fin y al cabo.

He dicho al principio que desconozco si existen centros de adiestramiento humano que se dedicaran a tal fin, pero amén de dudar que los haya, en caso de que algún día se fundara algo parecido, con el fin de ser efectivos, no deberían ser personas quienes se dedicaran a esta tarea. Un perro, sin duda, lo haría mil veces mejor.

Ya sé que los de mi especie no tenemos la facultad de comunicarnos a través de vuestro lenguaje, pero no hablo de ese tipo de enseñanzas, las que se transmiten por

medio de palabras, hablo de algo mucho más profundo, de los valores que se inculcan con el ejemplo.

Bastaría con hacer un experimento con un grupo reducido de unos veinte humanos que pusieran encima de la mesa unos pocos valores que nos definan a la especie canina: fidelidad, lealtad, generosidad, capacidad de sacrificio por los seres ajenos, amor por la vida en esencia, sentimiento de pertenencia a la naturaleza, amistad, necesidad de jugar, capacidad de trabajar en equipo y alguna que otra más. Que probaran a vivir bajo estos valores durante un mes, por ejemplo, y que luego contaran al resto de la humanidad cuánto habían cambiado sus vidas y las vidas de quienes les rodeaban.

Bueno, tengo que marcharme a mi clase de adiestramiento, a ver si me vuelvo un poco más civilizada, una cosa así como los humanos más o menos, ¿verdad?

ASPECTOS BÁSICOS DEL ADIESTRAMIENTO CANINO

Hemos de reconocer que siendo la especie humana la hegemónica sobre el planeta, no estamos mínimamente civilizados —Roberto Carlos, un cantante brasileño, decía hace bastantes años que «quisiera ser civilizado como los animales»—. Y para colmo nos permitimos el lujo de intentar dar lecciones sobre civismo a otras especies.

Si somos radicalmente defensores de la naturaleza, del planeta y de todas sus especies, tendremos que volver al principio de los tiempos cuando el perro era salvaje y no el animal domesticado que es ahora.

*Sandy, como ya he dicho antes a otros colegas tuyos, yo soy animalista, lucho por los derechos, la dignidad y la erradicación del sufrimiento físico y psicológico de cualquier especie, pero estarás de acuerdo conmigo respecto del lugar que ocupáis el *Canis lupus familiaris* hoy día en el mundo. Para mal y para bien. Por eso creo que los perros adiestrados os sentís más realizados. Esto no significa que los que no lo estén no puedan ser felices ni que los que lo estéis tengáis garantía de serlo, pero sí que en la mayoría de los casos los que habéis sido instruidos mediante un adiestramiento en positivo encontráis un gran equilibrio emocional.*

El adiestramiento canino se sale de lo natural si creemos que lo suyo sería que los perros fuesen animales salvajes no sometidos a más ley que la suya propia. Si somos conscientes del lugar que les hemos dado en la sociedad, llegaremos a la conclusión de que el adiestramiento va a favor del perro de igual manera

que el conocimiento nos hace más libres y menos vulnerables a los humanos, y contribuye incluso a mejorar la sociedad.

Por suerte, los adiestradores van dejando atrás viejas técnicas basadas en imposiciones agresivas hacia el perro para que este supuestamente obedezca y aprenda a costa de tener miedo a no hacer bien la tarea que se le exige. Un adiestramiento fundamentado en constantes voces agresivas o, lo que sería aún peor, golpes, además de violar los derechos fundamentales de los animales da como resultado perros inseguros. Y como ya sabemos un can miedoso es un animal agresivo y, por lo tanto, peligroso para la seguridad de otros seres y para él mismo.

No obstante, hemos de ser conscientes de que cualquier tipo de adiestramiento ha de ir sujeto a una disciplina, e incluso a una estructura jerárquica. No hay que llevarse las manos a la cabeza por asumir esto. Cuando mandamos a nuestros hijos al colegio tienen primero maestros, luego profesores y estos a su vez jefes de departamento y directoras o directores. Nos guste o no, vivimos en una sociedad jerarquizada. Además, no fuimos los humanos precisamente quienes inventamos las jerarquías; los perros, antes de convivir con nosotros, también las tenían, y sus hermanos de especie —como el lobo, el perro salvaje, el dingo o el coyote— todavía siguen organizándose en manadas jerarquizadas. Los perros domésticos necesitan por el bien de su equilibrio emocional, vivir en un grupo lo más parecido posible a una manada.

El líder debe ser siempre el adiestrador y el perro lo ha de tener claro desde el primer momento, aunque no debemos imponerle para ello una disciplina militar; con nuestro cariño, ánimo y reconocimiento será suficiente.

Eso, eso, cariño y ánimo. Que he visto a cada dueño por ahí, que madre mía. De adiestradores tienen lo que yo de gorila.

Imaginemos que una tal Vanesa ha adquirido una cachorrita golden y que es la primera vez que la chica convive con un perro. Y que cuando esta — llamémosla Chufi— se hace caca en el suelo de la cocina, su ama, muy enfadada, le grita, por ejemplo, «cochina, eso no se hace», y, además, la bronca la acompaña con unos golpes de cojín.

Vanesa es consciente de que su mascota no va a sufrir ninguna lesión porque le dé tres o cuatro cojinazos —encima ha escogido el más blandito—, pero el mensaje que Chufi ha recibido con esta reprimenda es bien sencillo: no se hace pis ni caca en el suelo de la cocina.

A Chufi ni los gritos ni los almohadillazos le han enseñado que no se hacen estas cosas en el suelo del pasillo, de las habitaciones, en la cama de Vanesa, en el portal, ni en esa tienda de té que tanto le gusta visitar a su dueña, cuya regente es una chica simpatiquísima que deja entrar perros. Lo único que ha aprendido Chufi es que en la cocina... ¡No!

Sigamos suponiendo que otro día Vanesa da un largo paseo con ella por una avenida de la ciudad en la que hay unos jardines fantásticos con hierba para que la cachorra pueda relajar allí sus esfínteres y quedarse bien a gusto. Tal vez ese primer día no haga nada, y al otro tampoco, pero seguro que llega un momento en el que Chufi termina haciendo sus necesidades en ese lugar tan apropiado para estos menesteres.

Entiendo. Pues lo suyo sería ahora que Vanesa le premiara con todo tipo de elogios, ¿no? —«¡Bien, bien! ¡Bravo por mi pequeña!»—. Todo ello acompañado por multitud de caricias, aplausos y mimos. Vamos, que los viandantes se quedaran mirando a Vanesa como si estuviera loca perdida, como si le hubiera tocado la lotería. Mi dueño también lo hace conmigo, y a mí me encanta. Y si los parabienes van acompañados de unas galletitas, mejor que mejor, ¿no?

Cuando les demostramos más actitud positiva a nuestros perros en el adiestramiento, mejor lo estamos haciendo. ¿Qué mensaje habría recibido Chufi en el caso del parque? La respuesta es, como en el de la cocina, sencilla también: en los jardines sí se puede.

El adiestramiento básico de un perro doméstico ha de ser precisamente eso, básico. Hemos de tener claro que es lo que queremos conseguir con ello: que sea un perro trabajador o simplemente mejorar su conducta eliminando sus miedos, posibles traumas o inseguridades.

Una buena manera de comenzar un adiestramiento con el fin de mejorar la conducta de tu perro es mediante un lenguaje adecuado que facilite la comunicación entre tú y él. No debes ser verbalmente violento, pero sí firme. Tampoco puedes mostrar miedo a hacerlo mal, inseguridad o vergüenza.

Hablar a un perro no es algo absurdo.

Uf, ya me ha dicho Spock que tú te pasas horas hablando con él. «Spock, izquierda, adelante, derecha. Busca el mostrador, busca la puerta». Por lo que veo, mandar se te da genial, aunque me dice que su trabajo le encanta, y que prefiere estar por ahí contigo dando vueltas, visitando gente, entrando a despachos fresquitos en verano y a oficinas calentitas en invierno, que pasarse todo el día solo en casa.

Has de acompañar las órdenes verbales con gestos, y tanto estos como las palabras empleadas deben ser siempre los mismos. Si le dices un día a tu mascota, «túmbate» y para la misma acción le dices en otra ocasión «acuéstate» o «échate», evidentemente le estarás generando inseguridad y confusión. De la misma forma, si el gesto que utilizas para acompañar a la orden es distinto cada día, dificultará el aprendizaje.

La paciencia, la constancia y la asiduidad son las claves para que los perros asimilen una acción a una orden nuestra. Hemos de contar también no solo con el entusiasmo, ya que seremos su entrenador, sino, además, tenemos que estimular el del alumno perruno. Y para ello debes hacer lo posible para que las clases sean amenas y para que los minutos que pases enseñándole sean motivo de goce y de disfrute para él. Si haces esto no tardarás en percibir cómo tu mascota se siente autorrealizada y orgullosa de sí misma con los avances que vaya teniendo.

Creo que debes añadir que es muy importante que administréis bien el tiempo de las sesiones. Todos los perros nos aburrirnos de estar horas y horas haciendo lo mismo. ¿Es que no os dais cuenta? Si los humanos adiestradores no hicierais las sesiones tan largas como las hacéis, no nos agobiaríamos ni nos estresaríamos tanto.

Doy una idea a cualquiera que me quiera escuchar. Si queréis que entrenemos una hora al día, ¿por qué no lo hacéis en tres sesiones de veinte minutos o incluso en cuatro de quince? Vais a ver como así no nos despistamos con ningún amigo. ¿O que os creéis, que por más entrenar más tiempo vamos a aprender más y lo vamos a hacer mejor? Si no medís esto con sentido común obtendréis un resultado contrario al esperado, al margen de producirnos un sufrimiento psicológico innecesario. ¡Qué somos muy sensibles, hombre!

Es recomendable también —cuando el adiestramiento haya avanzado y veas al perro más seguro— cambiar a menudo el escenario de las sesiones. Él tiene que saber que su comportamiento —referente a cuestiones fundamentales de conducta— ha de ser el mismo en un sitio que en otro. Además, ello

contribuirá a amenizar el adiestramiento tanto para él como para ti, puesto que en ocasiones puede resultar tedioso.

La mejor edad para comenzar a enseñar a un perro, siempre que sea posible, es a partir de la séptima semana de vida. Es ahí cuando sus capacidades cognitivas empiezan a desarrollarse. Esto no quiere decir que sea el mejor momento porque el perro sea más inteligente a esta edad que a otra, significa intrínsecamente que es cuando el animal tiene un mínimo de inteligencia aprovechable para recibir nociones básicas de aprendizaje.

Vosotros los humanos no enseñáis a vuestros hijos de dos años a resolver una ecuación de primer grado —esto se lo he oído decir a los jóvenes en el parque donde voy con Joni. Debe ser algo muy difícil por la cara que ponen—, pero sí que les enseñáis a caminar y a usar el retrete, ¿no? Pues eso mismo nos sucede exactamente a nosotros.

Un buen comienzo sería que se aprendiera su nombre, a familiarizarse con el hecho de hacer sus necesidades fuera de casa o a caminar en calma a nuestro lado, pero todo ello, como ya hemos dicho, con paciencia, con mucha paciencia.

Muchas veces el entrenamiento en positivo es denominado como adiestramiento de la galleta o la salchicha, en referencia al premio que se da a los canes cuando realizan bien un ejercicio; pero este tipo de entrenamiento va mucho más allá, y antes de comenzar con ello debes tener claro dos conceptos:

CASTIGO POSITIVO

Se llama así no porque no se respete la integridad y bienestar del perro, sino porque se trata de la acción en sí. Un ejemplo común de este tipo de castigo sería ejercer un tirón de la correa con el fin de que el can sienta la severidad del amo a través de un brusco golpe que su propio collar le profiere en el cuello.

CASTIGO NEGATIVO

Todo lo contrario del anterior. Sería castigar al perro mediante la no ejecución de una acción, en este caso un premio. Por ejemplo, no hacerle caso, detener el juego o no darle la galleta de premio.

Hechas estas dos aclaraciones, ya sabes que tanto las palabras «positivo» y «negativo» —en cuanto a castigo perruno se refiere—, no hace alusión al comportamiento en negativo o en positivo que podamos tener con nuestro amigo peludo, sino que se refiere a la acción —positivo— o la inacción —negativo—.

Los castigos positivos deben erradicarse de cualquier tipo de entrenamiento, ya que provocan miedo en vez de respeto y hacen que el perro sufra estrés negativo, con lo que corremos el riesgo de tener un perro inseguro. Lo único que se logra con una conducta agresiva —con el fin de corregir su comportamiento— es modificar de modo inestable esas acciones concretas cuando esté el dueño delante. Cuando el verdugo le chille o le agrede, el perro actuará a sus anchas.

Ahora bien, debemos, como en todo en la vida, que utilizar el sentido común y ser conscientes de que ciertos actos que pueden ser catalogados como castigos positivos —e incluso como maltrato puntual al animal— son necesarios precisamente por el bien del perro y de su integridad.

Te pongo un par de ejemplos de lo último dicho, Sandy. Ya sabes que Spock es un perro guía entrenado extraordinariamente, pero puede cometer errores como cualquier otro ser.

Imagina que él y yo caminamos un día por una acera a cuya izquierda se encuentra la salida de un garaje, y de donde sale en ese preciso instante un vehículo. Sería muy raro que Spock no percibiera el ruido del coche y su presencia, e inmediatamente hiciera una brusca maniobra con el fin de que el vehículo no nos atropellase a ninguno de los dos. Pero podría ocurrir que se distrajese por cualquier razón, yo qué sé, un trozo de pan en el suelo, un niño que le llama desde la acera de enfrente, etc. ¿Tú crees que sería un castigo positivo darle en ese momento con todas mis fuerzas un tirón de la correa con la intención de frenar en seco la marcha? Posiblemente él pensaría algo como: «Uf, qué tirón me ha pegado Emilio. ¡Ay, cómo pica el cuello! Pero menos mal que lo ha hecho porque si no nos hubiera atropellado el coche. Si es que somos un gran equipo».

El otro ejemplo es real. Recuerdo que hace unos años —tantos que todavía Spock no vivía conmigo— estábamos mi hija y yo esperando el autobús en la parada y que

ella se entretenía jugando con una bolita de esas que llevan un regalo dentro, cuando de repente se le cayó a la carretera y su primer impulso fue ir a cogerla.

Y fíjate, que siendo yo ciego total, y aunque suene a cachondeo, la vi venir y antes de que pudiera poner los pies en la carretera, yo ya había exclamado un ¡hija! y le había agarrado del cuello del jersey impidiendo que saltara. Se quedó petrificada del susto y en cuestión de segundos la tenía agarrada y acurrucada a mi lado y agarrada a mi brazo pensando seguramente lo que podría haber pasado.

Las reacciones bruscas resérvalas tan solo para esos momentos en los que las consecuencias de lo que podría pasar son peores que el susto o incluso el dolor puntual que le produces. También ten cuidado a la hora de adiestrar o educar a tu perro cuando este lleve a cabo una conducta inapropiada y utilices para ello un refuerzo positivo para que deje de hacerlo.

Los perros sois muy avispados, Sandy. Cuando yo era primerizo en esto del mundo perruno, Spock lo sabía y se aprovechaba de las circunstancias.

A veces ladraba desafortunadamente a deshoras cuando estábamos en la casa —con lo que era probable que molestara a algún vecino—, mordía piedras en el campo —con lo que era posible que se dañara seriamente la dentadura— o escarbaba en los jardines públicos, a riesgo de que me pusieran una multa.

Había una manera eficaz y rápida para solucionar estos problemas a corto plazo, y era dándole una galleta. ¿Cuál era el mensaje que Spock recibía con esto? Pues que como ninguno de esos actos me hacía mucha gracia, él recibiría un premio a cambio de dejar de hacerlo.

Estoy seguro de que no entraba a valorar si eso era bueno o malo, solo que él obtenía su recompensa por no ladrar, morder o escarbar, y yo conseguía que dejara de hacerlo.

Con el comportamiento del ejemplo de la galleta solo se lograba que Spock desvirtuara la jerarquía de la manada, con lo cual no solo afectaba a estos comportamientos concretos, sino a la totalidad de su equilibrio psicológico.

Atarlo y llevarlo lejos del jardín, interrumpiendo así su hora de juego cuando comenzara a escarbar, quitarle la piedra cuando estuviera mordiéndola o no hacerle caso cuando ladrara serían acciones educativas que, aunque no dieran resultados a corto plazo —como sí lo daba la galleta— sí lo harían a la larga. Eso sí, haría falta paciencia.

Una cuestión que hemos de tener clara cuando tildemos ciertas acciones de nuestro can como conductas inapropiadas es si él tiene sus necesidades

físicas, e incluso psicológicas o afectivas, cubiertas.

Pues claro que sí. Son muchas las ocasiones en las que no somos precisamente los culpables de reacciones como las que tenía Spock, sino más bien sois vosotros los responsables por no haber sabido interpretar nuestro lenguaje y, por lo tanto, no haber podido satisfacer nuestras necesidades. ¡Que no, que no somos siempre los malos!

Es frecuente que perros que necesitan quemar mucha energía mediante largos paseos, carreras en libertad por el campo o con entretenidos juegos con su amigo humano u otros perros, ladren, rompan objetos en casa o sean, en los casos más extremos, agresivos con otros perros o con personas por no haber obtenido lo que necesitaban.

Hay conductas que se podrían tipificar como asociales por parte de perros que por un motivo u otro han adquirido estos malos hábitos perjudiciales tanto para ellos como para la sociedad en conjunto.

Como ya hemos indicado, el ladrido frecuente es uno de los síntomas más molestos de mal comportamiento. El perro nos está diciendo algo con más o menos razón: atiéndeme, dame agua, no me dejes solo, hazme caso a mí y deja el mando de la videoconsola, dame una galleta, despiértate, juega conmigo, pelea cobarde, vamos a llamar a los vecinos que vengan a pasarlo bien con nosotros... En caso de que no seamos capaces de determinar qué es lo que quiere decir, ya que esto es muy difícil en la inmensa mayoría de las ocasiones, al menos intentaremos enseñarle cuando no debe decirlo.

Mira, Suni es un cachorro de braco de seis meses, y es el primer perro que tiene Eugenia, una madre soltera de unos cuarenta y pico años, a la que a veces veo en el parque. El hijo de Eugenia, Antonio, le calculo que debe tener alrededor de veinte, y los tres componen una magnífica manada humana.

Me cuenta Suni que cuando él y Eugenia llegan del paseo, su dueña está supercansada, pues antes ha estado trabajando duro en una residencia de ancianos como auxiliar de enfermería, y que aunque él viene algo fatigado, el paseo en vez de cansarle lo que ha hecho es estimularle. Y que les dan las once de la noche y quiere seguir jugando. Y pide que madre e hijo se unan a la fiesta.

Parece ser que Eugenia se apura mucho, pues me confiesa que el piso donde viven linda con otros tres vecinos que parece que escuchan sus potentes y estruendosos ladridos —si las casas de los humanos las hicieran mejor en vez de con paredes de cartón esto no pasaría. En fin, no voy a ser yo quien haga de arquitecto—, y que ella le agarra del hocico tapándole la boca y obligándole a tumbarse. Que gimotea y finalmente

se calla pero no se tranquiliza, todo lo contrario. Cuando su dueña le suelta el morro, él comienza de nuevo a ladrar.

Parece ser que Antonio sale de su habitación somnoliento y le da a su madre todo tipo de consejos que ha leído en páginas web de entrenadores caninos y en foros de usuarios. Y que ella y él empiezan una discusión teórica sobre por qué ladra tanto mi pobre amigo. ¿Y sabes lo que ocurre al final? Que Suni se siente más fortalecido que nunca porque en un par de noches ha derribado toda la jerarquía de la manada.

Como vemos, la líder Eugenia está desesperada y desautorizada por el líder secundario, Antonio. Este no se atreve a actuar por no contradecir a su madre por si sus teorías no funcionan. La anarquía campa a sus anchas en la manada.

Seguramente al final Eugenia deba llevarse a Suni otra vez a la calle y darle otro paseo kilométrico hasta que ella ya no pueda más. Cuando regresen de nuevo a casa, Eugenia estará cansada, desesperada, desmotivada y, para colmo, le dará miedo que su cachorro —el cual ha demostrado ser altamente inteligente— comprenda todo y se apodere aún más de la situación.

Si tu perro, y más si es un cachorro, ladra frecuentemente en casa, debes, repito una vez más, armarte de paciencia y escoger el camino, que por más largo y duro sea, es desde luego el más correcto. Jamás le chilles ni le golpees, porque el can se tomará esto como un reto. Mucho menos le premies continuamente con galletas, salchichas u otro alimento que le guste, pues lo único que conseguirás es llamar su atención para obtener más premios.

Pregúntate qué deseas lograr que haga. Es obvio que lo primordial es que deje de ladrar, pero puedes transmitirle dos mensajes distintos dependiendo de tu actuación. Uno sería que no ladrar reiteradamente está bien, y el otro que ladrar reiteradamente está mal. Aunque parezca lo mismo, no lo es.

Es con el primer mensaje con el que debes quedarte, ya que el segundo llevaría implícito un enfrentamiento con el perro y, como ya hemos dicho, a largo plazo eso no funciona. Es mejor que propicies de la manera que sea que deje de ladrar unos segundos cuando se encuentre en plena crisis de ladrado insistente. Cálmallo acariciándole, hablándole, distrayéndole y nada más conseguir esos minutos de silencio, prémiale con efusivos parabienes gestuales y verbales, además de la consecuenta galleta de premio. Si vuelve el ladrado, ignórale por duro que te parezca.

Lo mismo ocurre con otro comportamiento más que molesto que suelen tener algunos cachorros, y es el de morder incontroladamente cualquier cosa que

haya por casa. Darles un azote o regañarles es entrar en su juego y estimular su capacidad retadora. Si intenta morderte o lo hace, aunque sea débilmente, quéjate como si te hubiera hecho mucho daño, simulando, si es preciso, un lloriqueo y muéstrale luego tu indiferencia deteniendo el juego de inmediato.

Si crees que es muy fácil teorizar con estos consejos, y que tú ya los probaste y no te funcionaron, deja a tu perro en manos de un adiestrador profesional. Ante todo, no le retires la rutina educativa de golpe ni varíes injustificadamente la línea de acción. Es tedioso, duro y rutinario, pero cuando comiences a obtener los primeros resultados, el proceso de aprendizaje será imparabile y altamente satisfactorio tanto para el perro como para ti.

CONVIVIR CON UN PERRO, UN ANTÍDOTO CONTRA LA SOLEDAD

Como casi siempre, la humanidad en su conjunto no reacciona a tiempo cuando sabe que un problema acecha directamente a su bienestar. El individualismo no es tan nuevo como parece, si bien es una deriva que ha caracterizado a nuestra especie desde tiempos protohistóricos, hace ya más de dos siglos que se proclama como sinónimo de libertad.

Estamos acabando poco a poco con la vida en grupo en aras de la privacidad y de la autorrealización, y miramos incluso por encima del hombro a quienes siguen teniendo viejas costumbres grupales que tachamos de pueblerinas o provincianas. Los únicos atisbos de vida grupal que tiene el ser humano ahora se dan a través de las redes sociales.

Los grupos de Whatsapp, Facebook, etc., son sucedáneos de la vida en tribu o en manada que en muchas ocasiones son necesarios con fines lúdicos, profesionales o de convivencia, pero que en otras lo único que consiguen es aislarnos más del mundo real, del contacto con nuestros semejantes.

Esto es muy cierto, Sandy. Mira, yo vivo en un bloque de pisos de una ciudad mediana. Mi portal tiene unas cuarenta viviendas, y hay un grupo de gente, principalmente mayor, que en verano se reúne en un banco que está delante del portal. En uno de los bloques de al lado la cosa va aún más lejos, los vecinos se

sacan sus sillas de mimbre y una mesa plegable y allí se plantan durante las noches frescas de verano a tertuliar o a parlotear.

Sé que algunas personas ven estas costumbres en el seno de una ciudad como algo arcaico o, como poco, pintoresco. Pero de toda la vida en los pueblos pequeños la gente sale a la calle a juntarse, a hablar. Y he de reconocer que a mí me gusta. Un día de estos me cojo una silla, y allí que me planto con ellos. Seguro que a Spock también le encanta.

Cuanto más avanzado es un país, más grado de individualismo exige su sociedad. Hace unos años no se acostumbraba telefonar para avisar cuando ibas a visitar a un amigo o familiar; te presentabas en su casa y punto.

Ya te digo. Me cuenta un colega del parque que su dueña, que es colombiana, se extrañó mucho al venir a España con esta costumbre. Y me dice también que en su país no se lleva esta manía de avisar. Con lo que a mí me gusta que vengan a verme. Y si las visitas vienen con amigos perrunos, mejor.

Defendemos nuestra privacidad e individualidad por encima de todo sin darnos cuenta de que individualismo es sinónimo de soledad. Lejos queda la enseñanza de Aristóteles que nos advertía de que somos animales sociales.

Pues bien, aunque ya lo hemos apuntado en capítulos anteriores, el ser humano ha encontrado en el perro un fiel amigo, primero, y con el transcurrir de los tiempos, en bastantes ocasiones, un familiar.

Vivimos en tensión constante generada por una cada vez más creciente desconfianza hacia otros individuos de la especie, y poco a poco perdemos la fe en nuestros semejantes hasta el punto que muchos han determinado ya que sus únicos amigos van a ser peludos y de cuatro patas.

No son pocos hoy los que comienzan y terminan el día hablando con un perro, porque es el único ser vivo con el que comparten casa y secretos.

Ay, qué sería de esos humanos si alguno de mi especie no estuviera en casa para recibirlos. Te lo digo yo, que me lo sé. Pondrían la tele, la radio o música nada más traspasar la puerta para escuchar aunque fuera un poco de ruido. Qué triste debe ser eso de comer, cenar y desayunar solo. Ufff, no lo quiero ni pensar, que me pongo mala.

Si la convivencia con perros es altamente beneficiosa como remedio contra la soledad para las personas en activo, nos podemos hacer una idea de lo importante que llega a ser para jubilados, incapacitados, personas en paro o

de baja temporal. Todos estos padecen con mayor crudeza la soledad, agravada por la falta de responsabilidad para con otros seres.

La obligación que supone salir a la calle varias veces al día a pasear al perro puede ser la tabla de salvación que saque a personas sin actividad de ahogarse en el mar de la depresión. Ocuparse de la alimentación, la salud e incluso de la higiene del animal es también motivo de satisfacción para ellas.

Escucha, cuando tenéis un perro en casa, esa soledad de la que hablas ni existe. Cuca y doña María son una perrita mestiza y una señora octogenaria respectivamente con las que a veces me cruzo en el parque, y la mujer conversa con mi amiga como si fuera otra humana. Vamos, que le cuenta todo, todo.

—Cuca, vamos a recoger antes que parece que hay nubes negras y va a llover —oí decirle esta misma mañana.

Sé que Spock también las conoce, porque me ha hablado de ellas, y que a él doña María le llama Scot. Ya no se molesta, pero al principio no le gustaba este cambio de nombre. Me ha dicho también que Cuca antes le ladraba mucho cuando se veían, seguramente era por lo enorme que es tu perro.

Cuca es una perrita rescatada que tuvo problemas de comportamiento porque fue maltratada en el pasado. Y doña María estaba sola: no había tenido hijos y sus sobrinos viven lejos. Así que probablemente una y otra se deben la vida. No sé quién necesita más a quién, pero juntas han encontrado la felicidad.

Ambas especies iniciamos hace miles de años dos caminos que ahora confluyen. Por un lado, la domesticación del perro y, por otro, el intento de paliar uno de los grandes males sociales de nuestro tiempo, la soledad.

Hay estudios que demuestran que las personas que conviven con uno o más canes tienen mejor calidad de vida que las que viven intrínsecamente solas.

No dudes que los perros somos los mejores compañeros de vida que podéis encontrar. Tenemos cualidades innatas: somos fieles, valientes, nos gusta vivir con otros seres, juguetones, inteligentes y, además, al menos verbalmente, jamás os llevamos la contraria. Y si sabéis educarnos y adiestrarnos bien, también serviciales, generosos, justos, cariñosos, grandes ayudantes, intuitivos... Bueno, bueno, no sigo que termino yo sola el libro.

Convivir solo con perros no es desde luego un modelo social saludable. La convivencia que aísla al hombre del hombre y que encuentra en el can el sustituto de este amigo que perdió en el camino con la búsqueda de su

individualismo no es lo adecuado, pero los humanos tenemos el suficiente conocimiento y experiencia para aprender de nuestros aciertos y de nuestros errores, y poder escoger de cada cosa lo mejor. No dejemos, por lo tanto, que nada ni nadie nos separe de nuestros iguales y aprovechemos, además, la oportunidad de convivencia que otras especies también nos brindan.

EL PERRO Y EL NIÑO

Si el perro es el mejor amigo del hombre, la relación entre perros y niños es una unión que va más allá de lo física y químicamente explicable.

Sandy, no sé exactamente cuáles son los pensamientos traducidos a nuestro lenguaje que tenéis los perros cuando conocéis a un niño o cuando os encontráis con uno ya conocido, pero estarás de acuerdo conmigo que en la inmensa mayoría de los casos es algo mágico.

Es posible que los cachorros tengan mucha química con los humanos niños por una cuestión coetánea —quizás piensen que son uno más de la camada—, pero en realidad los perros adultos e incluso los más ancianos no distan mucho en cuanto a esto de los más jóvenes.

No te equivoques, sabemos muy bien que los niños humanos no son de nuestra camada, pero para nosotros son como hermanos, porque a pesar de que no tienen pelo, caminan a cuatro patas. Además, ¡tienen un olor tan suave...! Bueno, no siempre, cuando se hacen caca no hay quien se les acerque.

Al crecer, los perros cachorros lo hacen física y funcionalmente más rápido que sus amigos-hermanos de dos patas. Cuando un can cumple cinco años es un perro adulto, mientras un humano de la misma edad sigue siendo niño. Es entonces cuando la perspectiva del perro cambia, pero no la fuerza de la simbiosis con los niños. Ahora, la equidad coetánea cede paso al instinto protector sin dejar atrás la misma complicidad de antes. Lo bueno de los perros es que no suelen perder de adultos las ganas de jugar.

Nunca. No perdemos jamás las ganas. El juego es para nosotros una necesidad vital durante toda nuestra vida. ¡Podrías aprender un poco de vuestros amigos peludos sobre este tema!

Esto se debe naturalmente a un estilo de vida que conjuga a la perfección instinto con inteligencia natural y adquirida. Hay expertos que afirman que unas razas son más propicias que otras —como los golden o los bóxer— para convivir con niños, aunque asegurar esto es difícil por la singularidad que suelen tener tanto los ejemplares caninos de una u otra raza como los niños en cuestión.

Se sabe que hay perros a los cuales no les gustan los niños y viceversa, pero en ambos casos suelen ser por ausencia de convivencia entre ejemplares caninos con niños, por malas experiencias vividas en el pasado o incluso inculcadas por adultos en el caso de los pequeños. Lo que sí es evidente es que en un hogar donde cohabitan niños y perros, ambas especies contribuyen y mucho a la felicidad mutua.

Tengo la gran suerte de no estar casi nunca solo en casa. Mi amigo humano es un jubilado de ochenta y un años de edad; yo también soy un abuelito, un mestizo de trece años y medio, y mi nombre es Flas.

Por lo visto, el señor Paco no era muy amigo de perros antes de conocerme. Sus hijos, Carmen y Guillermo, le enseñaron —sin intención de hacerlo— a amarnos mucho. Ella tiene un bulldog francés de cuatro años y Guillermo, que vive en el campo, dos mestizos de dos y siete años, un caniche y un rottweiler, de cuatro y seis años respectivamente. Ya habían tenido otros perros que yo no llegué a conocer y, según me he enterado, mi dueño no les hizo ningún caso hasta que se jubiló.

Carmen tuvo que hacer un día un viaje al que no podía llevar a su perro y la única persona que podía hacerse cargo de él era su padre. Accedió a regañadientes a quedárselo durante cuatro días, e incluso, cuando su hija volvió por él, el señor Paco refunfuñó sobre lo mal que lo había pasado teniendo que cuidar del dichoso animal.

—No ha hecho más que quejarse, se ha pasado los días lloriqueando en la puerta y se ha hecho pis donde ha querido, y eso que lo he sacado mucho a la calle. Le he dado jamón de York, galletas y magdalenas para que estuviera contento y me rechazaba todo. Y casualmente hoy, que vienes a llevártelo, se porta genial, y hasta parece que nos hemos hecho amigos —protestó al llegar Carmen.

Algo había cambiado para siempre dentro del señor Paco. Desde entonces, cada vez que Carmen iba a visitar a su padre, este le preguntaba por el perro.

—¿Y por qué no te lo has traído?

—¡Pero, papá, si tú jamás has querido que viniera con él! —clamaba extrañada.

También le decía lo mismo a Guillermo y le pedía que, cuando viniera a visitarle, se trajera a uno o a todos sus perros pese al tamaño del piso. Si era él quien visitaba la casa de campo de su hijo, hacía el mismo caso a sus perros como a su propio nieto Samuel, un niño que por entonces no tendría más de cinco años.

Pasado un tiempo, un buen día el hombre telefoneó a sus hijos para que fueran a verle, diciéndoles a los dos que no trajeran esta vez a los perros. Carmen y Guillermo se quedaron muy extrañados y estuvieron hablando sobre ello antes de acudir a la cita. Temían que algo malo hubiera ocurrido, a pesar de que parecía estar bastante bien y de decirles que tenía una gran sorpresa que darles.

La sorpresa era yo, que por entonces tenía ocho meses. El señor Paco me había rescatado de un refugio de perros abandonados en el que había nacido. Allí dejé a mi madre y dos de mis hermanos. Espero que ellos hayan tenido tanta suerte como yo.

Me gustan las mañanas, y aunque comiencen todas de igual manera siempre traen cosas nuevas. Cuando apenas veo la primera luz del día que entra por los agujeritos de la persiana, comienza a sonar el transistor de mi gran amigo. Si estoy muy cansadito me quedo tumbado y pronto aparece por la puerta del salón con una gran sonrisa. Me da los buenos días y yo meneo el rabo con todas mis fuerzas. Si amanezco algo más fresco y con energías suficientes, tras escuchar el transistor y los primeros bostezos disimulados del señor Paco, me acerco hasta la cama y soy yo quien le doy los buenos días con un par de ladridos. Enseguida él se pone en pie y comienza a acariciarme mientras doy vueltas a su alrededor. Todas las mañanas nos alegramos el día mutuamente, todos los días nos hacemos más dulce la vida el uno al otro.

6

LA VIDA Y EL TRABAJO SEGÚN JAZZ

Tengo una vida muy, pero que muy entretenida y variada. Cuando salgo de casa con mi colega, el agente Pedro García, aún no sé lo que me deparará el día. Soy un pastor belga malinois de cuatro años educado en una academia de policía y, por tanto, en este momento ejerzo mi profesión junto al compañero ya mencionado.

A veces le ayudo a detener gente que hacen daño a personas o a animales, otras a localizar sujetos que roban a sus semejantes y en ocasiones tengo que buscar drogas, dinero e incluso armas con mi olfato. Pedro también me ayuda a mí, yo no soy ni su escudero ni su ayudante, formamos una pareja, un equipo de dos agentes.

Comprendo cada una de mis funciones e incluso acepto que me tengan que poner en ocasiones un pesado chaleco que llaman antibalas, pero lo que no comprendo —y a Pedro le ocurre lo mismo— es por qué el ser humano hace que sea necesaria nuestra profesión. Todo podría ser distinto y no lo es.

Nosotros, los policías perrunos y humanos, ponemos parches a un estilo de vida que no es bueno para nadie y que el hombre se niega —o quizás no sepa hacerlo— a darle una solución definitiva.

Yo mientras tanto seguiré ejerciendo mi labor lo mejor que pueda, deseando cada día que llegue mi tiempo de juego y descanso, que lo tengo al igual que mis compañeros humanos.

Cuando libramos por la tarde juego con los hijos de Pedro, con otros niños y con más perros. Si descansamos por la mañana, el agente García y yo nos vamos a hacer un poco de *footing*.

Me siento afortunado por ser un perro trabajador; nunca me aburro, jamás estoy largas horas en casa solo, triste y deprimido como otros de mi especie, ni tengo que andar vagando en busca de cobijo o alimento como lo hacen otros tantos por culpa de personas sin escrúpulos.

Me gusta mi profesión y me encanta la vida.

HÉROES CANINOS

A lo largo de la historia los seres humanos hemos considerado como héroes a otros semejantes nuestros que ganaban guerras o batallas, que liberaban pueblos o todo lo contrario, que los sometían. Esta categoría, la de héroe, en ocasiones la hemos otorgado de forma más afortunada: policías, bomberos, personal de salvamento marítimo, guardas forestales y otros tantos oficios destinados a prestar un servicio público ejemplar han sido ejercidos por mujeres y hombres que han contribuido sobremanera a mitigar muchos males. Todo esto sin olvidarnos claro está de ciudadanos anónimos que han puesto en riesgo su salud, integridad e incluso la propia vida por salvar a otros.

Pero el ser humano no tiene ni mucho menos la exclusividad de ser útil a la sociedad ni de la heroicidad. Hay infinidad de amigos perrunos que pertenecen a cuerpos especiales de seguridad y salvamento de igual manera que pertenecen sus compañeros humanos. También existen perros no profesionales que con su infinita generosidad e instinto han salvado vidas sin ser adiestrados para ello y otros como los de asistencia que dedican buena parte de su tiempo a contrarrestar carencias a sus amigos humanos. Son los ojos, los oídos y las piernas de mucha gente con diversidad funcional. A todos estos grandes héroes que salvan vidas, facilitan la existencia a quienes más lo necesitan o que ayudan a hacer un mundo mejor, dedicaremos las siguientes páginas.

Hombre, ya pensaba yo que no ibas a hablar de nosotros. Sí, sí, ya sé que nos queréis mucho porque os ayudamos en situaciones difíciles, pero también nos gusta a veces un poco de reconocimiento y de gratitud. ¡No somos de piedra!

PERROS DE ASISTENCIA

PERROS GUÍA

En España, la mayoría de perros guía se adiestran en la escuela que la Fundación ONCE del Perro Guía tiene en Madrid.

Esta clase de perro es un trabajador con ciertas obligaciones y muchos derechos. Jamás está solo en casa esperando a que lleguen sus dueños, pues está siempre acompañado por el suyo. Nunca se le priva el acceso a ningún sitio, tiene garantizado su sanidad, el tiempo de descanso y el de ocio y, además, los usuarios de perro guía estamos obligados a darles pienso de la mejor calidad.

A los cincuenta y seis días de nacer, cuando los cachorros comienzan su socialización con otras personas, son entregados a una familia de acogida. Y ya incluso a esta temprana edad, pueden acceder —junto a su familia de acogida— a cualquier lugar a los que, probablemente, más tarde, cuando sean adultos, deban pasar alguna vez con sus amigos invidentes.

Gracias a estas familias, el perro comienza una vida plenamente integrada entre los humanos.

Al cumplir un año, según cada individuo, es de nuevo llevado a la escuela, lo que siempre supone para la familia de acogida un fuerte impacto emocional, que solo es mitigado en parte por la satisfacción personal de haber contribuido al aprendizaje de un ser tan maravilloso para que en un futuro inmediato, un ciego pueda desplazarse con mayor facilidad y vivir con más autonomía.

Jazz, no sabes la enorme labor y el gran esfuerzo que estas familias hacen. Y por ello, se merecen todo mi respeto y reconocimiento.

Tras regresar el perro a la escuela, comienza su adiestramiento con un entrenador profesional que le enseñará —con métodos positivos— obediencia, y estimulará su inteligencia funcional al máximo. Aprenderá de este a guiar, salvar objetos, a evitar peligros y a tener iniciativa propia a la hora de desarrollar su trabajo. Este entrenamiento suele durar entre seis y diez meses; después el perro se le entrega al usuario en la escuela con quien pasa un periodo de adaptación que durará un mes. Más tarde marcharán para compartir una vida en común a casa, donde se harán sin duda alguna amigos inseparables.

PERROS SEÑAL

Si los perros guía son entre otras muchas cosas para los ciegos sus ojos, los perros señal son los oídos para los hipoacúsicos —sordos—. Por suerte, el avance de las tecnologías nos permite hoy día disponer de muchos aparatos que facilitan la vida de quienes carecemos de uno de los cinco sentidos. Despertadores que vibran, timbres domésticos con señales luminosas, televisión con subtítulos... son ejemplos de dispositivos que cambiando el sentido a través del cual emiten su función del oído al táctil o al visual, son perfectamente útiles para sordos.

Este colectivo, sin embargo, no puede ver satisfechas todas sus necesidades gracias a la tecnología, pues hay campos a los que esta no puede o no debe llegar. Para eso, los sordos cuentan con un gran amigo, el perro señal, que les avisa de la procedencia de un sonido haciéndole una advertencia con su patita llamando la atención y dirigiéndose al foco sonoro. También aprenderá el nombre de su amigo humano para cuando le llamen poder advertirle. Asombrosamente, estos perros son capaces de avisar a sus dueños incluso cuando se les llama por megafonía.

Yo conozco a Luna, una mestiza de tres años que es la perra señal de Pepe, un conocido de Pedro. Si no fuera por ella, su amo no sabría qué ocurre a sus espaldas o si hay algún amigo suyo llamándole por detrás para tomar un café.

Vosotros los humanos no la escucháis hablar, pero está todo el día advirtiéndole a su dueño de que se dé la vuelta, de que detenga el paso, poniéndose delante de él, o avisándole con su patita de que por megafonía le han llamado para que pase a consulta. Por cierto, a Pepe los pinchazos no le gustan nada. Me ha contado Luna que se pone muy nervioso. ¡Pero qué cobardicas sois! Total, por unas inyecciones de nada.

Lo maravilloso de los perros señal es que no hay ninguna raza específica mejor o peor para ejercer esta labor, con lo que nos libramos de la injusticia que supone la selección entre unas y otras y, además, podemos contribuir sin pretexto alguno a sacar perros de los refugios y perreras, que encontrarán sin duda una vida mejor junto a su amigo humano sordo.

El entrenamiento de los perros señal se lleva a cabo mediante el denominado método clicker, que se basa en la estimulación positiva mediante señales a base de juegos y premios durante los ejercicios que simulan las

situaciones que no perciben las personas sordas. En este proceso se utiliza un dispositivo que emite un sonido similar a un clic. Cuando el perro identifica este ruido y realiza la señal aprendida se le premia con una galleta. Con el tiempo acaba asociando ese sonido a la recompensa por el trabajo bien hecho.

PERROS ASISTENTES DE MOVILIDAD

De igual manera que los perros guía y los señal son los ojos y oídos respectivamente de sus amigos humanos, los asistentes de movilidad caninos son las piernas y manos de muchos discapacitados físicos.

Estos amigos peludos son capaces de realizar tareas tan increíbles y a la vez tan necesarias como encender y apagar luces, traer cualquier tipo de objetos —teléfonos, medicamentos, mandos a distancia, ropa...—. También saben abrir y cerrar puertas o avisar a familiares, cuidadores y amigos de posibles situaciones de peligro que le puedan ocurrir a su dueño.

Otra tarea que algunos perros de asistencia de movilidad ejercen es la de proporcionar equilibrio a personas con esclerosis múltiple, párkinson u otras patologías que reducen la estabilidad motriz.

Ojo, pero no confundas esta función con la de tiro o arrastre, ya que mis colegas de cuatro patas en estos casos no hacen ningún sobreesfuerzo físico; se limitan a equilibrar a su dueño mediante la técnica del contrapeso.

Estos ayudantes proporcionan —igual que las personas— un equilibrio emocional y una estimulación anímica que va mucho más allá de lo terapéutico.

Jazz, claro que sé que tus colegas asistentes de movilidad no son animales de arrastre y que no solo es la medicación o el mando de la tele lo que acercan a sus dueños, es la felicidad entera lo que les dan.

Sin darse cuenta y sin haber sido adiestrados específicamente para ello, cualquier perro de estos proporciona amor, compañía, estímulo y ánimo a personas de alto riesgo de aislamiento social.

Fíjate, Luisa, una mujer tetrapléjica, me contó cierto día que Dori, su perrita, cada vez que la mira parece que le acaricia hasta el alma. Que le lame las piernas y que a

pesar de no sentir las le gusta que lo haga. Y que no tiene más remedio que sonreír cuando se tumba junto a su silla de ruedas para descansar.

PERROS PEPO

Es en esta categoría de perros de asistencia cuando uno llega a plantearse la superioridad ética y moral de otras especies en comparación con la nuestra. Los pepo son canes destinados a cuidar y proteger a mujeres maltratadas.

Vamos, que tiene que venir una vez más otro ser, que como si procediera de otra galaxia, os ayude a paliar, que no solucionar, una de las lacras sociales más repugnantes que existen en el conjunto de vuestra especie humana. Agg, qué grima me dan algunos humanos.

Los pepo son capaces de reconocer al agresor y poner sobre aviso a la víctima de la presencia de este en caso de vulneración de una orden de alejamiento. También pueden llegar a inmovilizarlo si fuera preciso mientras ella pide ayuda a la policía.

Este tipo de perros no son adiestrados ni mucho menos para ensañarse con el maltratador en caso de intento de agresión. Se les educa, y así lo hacen, a repeler el ataque intentando causar el menor daño posible al delincuente, siendo capaz de tener miramientos hacia este que él no tendría con su víctima.

¿Sabes cómo nacieron este tipo de perros de asistencia, Jazz? Te lo cuento. Fue el adiestrador Ángel Mariscal el pionero en entrenar pepos en nuestro país. Le debemos no solo la iniciativa, también el nombre, pues fue así como bautizó a estos perros de protección.

En España hay unos veinte que proporcionan más que seguridad a mujeres maltratadas. Desde luego que la ayuda psicológica juega un papel de vital importancia, pero con la ayuda de sus mascotas, recuperan más fácilmente la confianza perdida, diluyen la sensación constante de pánico y, en cierto modo, también recuperan la autoestima arrebatada por un hombre.

Ojalá algún día la labor de los pepos deje de ser necesaria y sea el ser humano capaz de dar solución a este y a otros tantos problemas que él mismo ha generado.

PERROS DE ALERTA MÉDICA

Nuestros amigos peludos son capaces, gracias a sus enormes cualidades, de ejercer la profesión de enfermero, cuidador e incluso de médico en cuanto a la detección de síntomas y enfermedades se refiere.

PERROS DE DIAGNÓSTICO

Hay perros capaces de detectar un cáncer por el olfato. Se les entrena acercándoles para su análisis muestras de tejido sano y de tejido afectado. Para el can solo es un juego. Cuando localiza la muestra con células cancerígenas, avisa a su guía o entrenador y este le premia.

En este caso, no existen tampoco preferencias raciales a la hora de seleccionar los candidatos para ejercer esta profesión de especialistas en diagnóstico, pero evidentemente los perros que mejor se ajustan al perfil son aquellos que tienen un olfato más desarrollado, además de tener la suficiente inteligencia funcional para saber cómo y de qué manera expresar mediante alguna señal al guía o entrenador cuando ha detectado lo que será en este caso, un mal diagnóstico para el paciente.

El éxito y la fiabilidad en la detección de tejidos cancerígenos por perros están en torno al noventa por ciento, por encima incluso de la aparatología destinada al efecto. Por desgracia, no son buenas noticias las que nos dan nuestros amigos peludos en estos casos cuando realizan su tarea con una impecable maestría.

Como hemos dicho, para ellos es solo un juego. Un juego similar e igual de divertido a cuando buscan un objeto escondido previamente y le damos una galleta de recompensa al encontrarlo. Por fortuna, en muchos casos la detección temprana de un cáncer por parte de un perro de alerta médica sirve para atajar de mejor manera la enfermedad, llegando a salvar vidas en muchos casos.

Una vez más, y ya son muchas, la labor anónima que hacemos y el gran servicio que os prestamos a los humanos. ¡Qué pena que algunos de vosotros no os deis cuenta!

PERROS DETECTORES DE CRISIS GLUCÉMICAS

Disponemos desde hace tiempo de detectores de estos parámetros que miden el nivel de azúcar en el momento, pero estos aparatos no tienen la facultad de prever una crisis glucémica —hipoglucemia o hiperglucemia, bajada y subida de azúcar respectivamente— veinte minutos antes de desatarse.

Ja, y antes de que tú lo digas, lo digo yo. Tenéis unos amigos mágicos que una vez más parecen seres que han venido a salvaros desde otro planeta. Me refiero a mis colegas capaces de detectar las subidas y bajadas con el suficiente tiempo de antelación para que al paciente humano le dé tiempo a atajar el problema.

No está aún claro cuál es la sustancia que los perros huelen cuando se va a producir una bajada o subida de azúcar. Al parecer podría ser el isopreno que segrega el organismo unos veinte minutos antes de producirse dicho desajuste.

Uy, uy, algo raro huele por aquí, seguro que piensa mi amiga Sucrí, una jack russell terrier, a Cristina, su dueña adolescente de dieciséis años, y que le avisa con sus ladridos para que se ponga un poco de insulina y todo vuelva a la normalidad.

Hay escuelas de adiestramiento que han querido ir aún más lejos con el entrenamiento de perros de alerta y no solo los entrenan para esta función, sino que incluso les enseñan a buscar ayuda, bien sea trayéndoles el medicamento que precisan en ese momento o avisando a familiares, cuidadores o amigos. Son verdaderamente increíbles.

PERROS DE PREVENCIÓN Y RESPUESTA PARA LA EPILEPSIA

Uno de los mayores peligros a los que se expone alguien que sufre ataques de epilepsia es el de lesionarse cuando pierde la consciencia y comienza a convulsionar. Por ser estos tan súbitos corre el riesgo de caerse, golpearse o tener un fatal accidente laboral o de tráfico. Por suerte también tenemos amigos de cuatro patas que con su instinto son capaces de anticiparse a estos ataques.

Aún no se sabe con certeza qué es lo que el perro verdaderamente detecta cuando se avecina una crisis. Existen dos probabilidades que los científicos

exponen: una es la posibilidad de que el cuerpo segregue algún fluido en los instantes anteriores al ataque como sucede con el isopreno de los diabéticos. La otra opción es que sea capaz de detectar cambios cerebrales previos al ataque. Aunque quizás es por alguna otra cuestión química o física que ni siquiera nos hemos llegado a plantear. Es posible incluso que el perro no sea capaz de detectarlo y lo que hace es manifestarlo cuando el ataque ya se ha producido y sus síntomas aún no son perfectibles, al menos para la capacidad del ser humano.

No solo nos sorprenden con su inteligencia instintiva y con su desarrolladísima intuición, sino que también son capaces de llevar a cabo, amén de la tarea preventiva, una paliativa.

A ver. Lo aclaro, que a veces usas unas palabritas... ¡Qué forma de complicarse la vida, de verdad! Esto quiere decir que si el ataque epiléptico se encuentra ya en una fase de no control y las convulsiones han aparecido, mi colega orientará, protegerá y llevará a un lugar seguro a su amigo humano. Y claro, supongo, que este luego, con la alegría de verse ileso tras el ataque, premiará con todo tipo de parabienes a su salvador, su hermano, su fiel e inseparable escudero de cuatro patas.

PERROS DE AYUDA PARA EL AUTISMO

Las personas que se encuentran dentro del espectro autista disponen también de perros respuesta como los descritos anteriormente, preparados para ayudarlas en caso de que su integridad se viera en peligro. Además, estos pueden trabajar como terapeutas como veremos más adelante.

De vez en cuando coincido en el campo con un colega Labrador que me habla de Miguel Ángel. Me dice que no sabe bien qué le pasa, pero que la sensación que percibe es siempre la misma cuando su dueño deja de hablar y comienza a hacer movimientos peculiares.

Me cuenta también Trufo, que así se llama mi colega, que cuando le da tiempo le conduce a un lugar seguro donde no pueda golpearse, y que después ladra con todas sus fuerzas para pedir ayuda a sus padres.

Parece ser que Miguel Ángel es un gran tipo que continuamente le está dando galletas de salmón, que son las favoritas de su raza. Y que los padres de su amigo también son encantadores. Y que a pesar de que no le dan galletas, le colman de caricias y él ufano mueve el rabo y da vueltas a su alrededor.

PERROS DE AYUDA EN TERAPIA

Ya hemos visto cómo hay perros que son capaces de avisar, guiar, proteger a personas o diagnosticar enfermedades, pero también los hay que ayudan en terapias relacionadas con discapacidades intelectuales, enfermos mentales, inserción social de reclusos, ancianos o adolescentes con problemas.

Aunque ya a finales del siglo XIX se comenzaron a perfilar las bases de lo que más tarde sería la terapia asistida con animales, no fue hasta 1953 cuando el psiquiatra Boris M. Levinson realizó una verdadera revolución teórica y práctica sobre el tema.

Un día se encontraba el doctor junto a su perro Jingles, cuando un paciente —un niño con importantes problemas de retraimiento—, que visitaba con su madre al psiquiatra, se acercó al perro y comenzó a interactuar con él. Desde ese momento el niño experimentó importantes mejoras en su conducta. Lo que motivó a que el doctor continuara investigando al respecto. Naciendo así, como primer fruto de estas investigaciones, el libro *El perro como coterapeuta*.

El plantel de expertos dedicados a la asistencia terapéutica de aquellos semejantes que puedan necesitarlo es muy amplio y puede ir desde auxiliares de enfermería, enfermeros, médicos, psicólogos, psiquiatras, animadores, etc. Todos estos profesionales, sin duda alguna, están altamente cualificados, además de preparados humanística y psicológicamente para que el denominado riesgo de penosidad no les afecte. Es, sin duda, una tarea difícil para ellos.

He de confesarte, Jazz, que a mí particularmente el personal sanitario humano siempre me ha parecido digno de admiración. Y en cuanto al «perronal» asistencial perruno, creo que trabajan como hacen con todo, con una seguridad y un equilibrio pasmosos.

El perro jamás es afectado psicológicamente tras la terapia por la problemática que pudiera tener el paciente, sea este un interno penitenciario, una persona con autismo, un adolescente o un anciano. Todo lo contrario, el perro crece y se siente autorrealizado con la terapia en su condición de ser vivo.

Eso te lo aseguro. Porque tanto otros perros de asistencia que conozco como yo, nos sentimos plenos emocionalmente tras un trabajo bien hecho.

Los perros terapeutas no suelen estar en contacto con el paciente en las sesiones más de cuarenta y cinco minutos. Según la patología o tipo de paciente, el proceso de acercamiento se hace de una forma u otra. Probablemente en esto sea en lo que más se diferencie la terapia entre unos grupos de pacientes y otros.

No tiene la misma visión inicial ante un perro un enfermo de Alzheimer que un autista, un adolescente que un recluso. Por lo general, entran en juego dos asuntos: por un lado el hecho de cómo vive interiormente el paciente su primer contacto con el can y sus experiencias pasadas con otros perros o la falta de las mismas, traumas, síntomas de su trastorno si lo hubiere, fobias, etc. Y por otro, está la cuestión de escoger el perro adecuado para ese paciente en particular —hay algunos cuyo aspecto evocan fiereza no recomendados para personas con inseguridades. También hay que tener en cuenta el temperamento e incluso el tamaño físico del perro—. Uno que sea, por ejemplo, inquieto, nervioso o juguetón en exceso podría venirle mal a alguien cuya terapia precise relajación. No obstante, para administrar y dirigir toda esta tarea están los guías o entrenadores que, sin duda alguna, hacen el trabajo de acercamiento al ritmo adecuado y el de creación del equipo humano-perro de manera certera.

Entre los múltiples beneficios que obtienen esos pacientes tratados con colegas terapeutas de cuatro patas, déjame destacar el desbloqueo emocional profundamente arraigado en el individuo. Como bien sabes, los perros somos unos grandes canalizadores de emociones y sensaciones.

Un recluso penitenciario juzgado, prejuizado y etiquetado por la sociedad se verá ante el espejo de un semejante humano como alguien desintegrado del sistema social —sea esta la visión que tiene sobre él quien pueda tener delante o no—; sin embargo, un perro jamás le juzgará ni le prejuizará, con lo que el canal emocional fluirá a todo caudal.

Una persona autista con dificultades para empatizar con sus semejantes, lo hará con menos dificultad con un perro. Un anciano que ha tenido todo tipo de buenas y malas experiencias en su larga vida, verá en el perro ese ser que no

necesita que este le explique nada para que lo entiendan, y mitigará su soledad con ese nuevo amigo que viene de vez en cuando a visitarlo a la residencia.

Una chica de dieciséis años con síndrome de Down no ha podido interactuar como hubiera querido con las muchachas de su edad, mientras que con su terapeuta labrador retriever lo puede hacer sin cortapisas.

Sin duda los terapeutas perrunos mejorarán la autoestima, la expresividad, la socialización, estimularán la facultad de comprensión, la empatía, ayudarán a saber estructurar mejor la vida a través de la obligación —maravillosa obligación— que supone el tener que ocuparse de las cuestiones básicas de higiene y alimentación de un perro. En definitiva, cuando un perro de terapia entra en la vida de una persona que lo necesita, esta cambiará su forma de ver el mundo para siempre, avanzará con mayor seguridad, se apoyará en su nuevo amigo y él se sentirá satisfecho por el trabajo bien hecho.

Jazz, una vez me invitó una asociación de padres de discapacitados intelectuales a dar una charla en un colegio de Villamalea, un pueblo manchego. Al terminar el acto, vinieron a saludarme varios padres y usuarios de la asociación.

Uno de los chicos, que tendría algo más de veinte años, según me comentó más tarde su madre, se acercó a tocar a Spock; estuvo acariciándole en silencio un buen rato. Tengo prohibido que interactúen con él cuando está trabajando para que luego no se distraiga, es una cuestión de seguridad. Ya habrá tiempo para el asueto, que sin duda siempre lo hay. Pero en esta ocasión me dejé llevar por mi instinto y no quise decirle nada al chico.

Yo seguía saludando a alguno de los asistentes a la charla sin dejar de estar pendiente del muchacho que, salvo alguna tímida risita que se le escapaba, estaba en silencio acariciando con toda tranquilidad todo el cuerpo peludo de Spock, el cual estaba encantado.

En menos de un minuto se acercó a mí la madre del chico, que apenas podía hablar debido a la emoción contenida y me dijo casi entre sollozos de alegría, que hasta entonces cada vez que su hijo veía un perro gritaba, se le agarraba a ella muy fuerte al brazo o se escondía. Que ella al terminar la charla se había levantado de la silla a saludarme y había dejado a su hijo sentado en su sitio, pero este se había levantado y pasando entre la gente había venido a jugar con Spock sin que nadie le dijera nada.

No sé cuál es la patología de aquel muchacho, ni de dónde procedía su fobia a los perros, pero lo que sí tengo seguro es que Spock aquel día ejerció sin saberlo de terapeuta y que probablemente cambiará la vida de dos personas —como mínimo— para mejor, como lo hizo en su día Jingles, el perro del doctor Levinson.

PERROS PARA CATÁSTROFES Y SEGURIDAD

Hay otro tipo de perros cuyo trabajo les hace ser auténticos héroes anónimos. Son los de rescate en caso de catástrofe. Su olfato y tesón, entre otras muchas cosas, les lleva donde no alcanza tan siquiera la tecnología. Por eso, en ocasiones, son la única alternativa para salvar vidas en situaciones muy duras y arduas, como sucedió en las Torres Gemelas tras los atentados del 11-S de 2001.

PERROS DE ASISTENCIA EN CATÁSTROFES

Estos comenzaron a entrenarse en Suiza, como asistentes en las avalanchas de nieve de los Alpes. Años después fueron pastores alemanes los perros que se especializaron en la búsqueda y rescate de desaparecidos en los escombros de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Y fue así como, por necesidades coyunturales de distintas épocas, se fueron creando varias escuelas de adiestramiento en diversos países, todas enfocadas a potenciar la efectividad del trabajo de estos perros, lo que en España comenzó a trabajarse con mayor profundidad a partir de 1986.

El objetivo de estos perros es localizar a las personas desaparecidas o sepultadas entre los restos de cualquier tipo de siniestro, con técnicas diferentes según sean las características de este, ya sean escombros —por terremotos o bombardeos—, avalanchas de barro —riadas o desprendimientos de tierra— o de nieve —aludes—, o incluso para localizar a personas perdidas en campo abierto.

La dificultad de su función estriba en que el perro no cuenta con un rastro olfativo previo de la persona que debe localizar en estas situaciones. Y en caso de que lo haya, encontrarlo se le hace mucho más difícil en presencia de otras muchas personas que trabajan en el mismo sentido.

A estos canes se les entrena para ventear, para oler el aire y detectar partículas humanas. Y es sobre la base de un entrenamiento continuo como aprenden a distinguir estas partículas flotantes de desaparecidos de las de aquellas personas que están en la superficie y que tienen a su lado.

Cuando el perro localiza el foco del olor de un desaparecido, avisa a su guía ladrando y sin moverse del sitio. Su ladrido, que ha de ser alto, claro y repetido para hacerse oír entre un probable caos auditivo —provocado por maquinaria y personal humano de rescate— es la señal inequívoca de la detección de una persona. Como pasa con los perros de alerta médica, este considera el trabajo un simple juego que en caso de éxito siempre relaciona con el debido premio.

Para este tipo de función y situaciones de gran dureza, pues el escenario y el momento son siempre críticos, se necesitan perros jóvenes, sanos y robustos, de extremidades largas y magnífico olfato, pero sobre todo muy valientes, que no agresivos, y totalmente socializados y equilibrados. Con estas cualidades imprescindibles pueden valer perros de diversas razas, incluso mestizos, pero se ha demostrado con la experiencia que los más capacitados son los pastores alemán y belga, el border collie, el perro de aguas español, el malinois y, cómo no, los labradores y los golden retriever. Por su parte, el más indicado para el muy especializado salvamento marítimo es el perro de raza terranova.

Ya de cachorros se suele elegir para ello a aquellos que muestran un desarrollado instinto para la búsqueda, porque su trabajo consistirá, al fin y al cabo, en la satisfacción de ese don natural que necesita ser complacido. Pero también se buscan en ellos unos rasgos de carácter concretos, como la atención, los deseos de agradar, la iniciativa, la persistencia, la energía, la sensibilidad y la capacidad de adaptación y resistencia en distintos medios y situaciones.

En dos años, como máximo, un perro puede estar perfectamente preparado para actuar en catástrofes, pero su entrenamiento no acabará nunca, pues se necesita tener siempre activados sus instintos, dispuesto para intervenir en cualquier momento. Eso se consigue con un trabajo continuado, simulando con él constantes, variadas y cada vez más difíciles situaciones de riesgo durante toda su vida laboral.

Gracias a las tareas de rescate con perros se cumplen varios objetivos: en ocasiones liberar de la vida callejera o de la perrera a determinados canes, además de darles una existencia de autorrealización.

Muchos humanos les debéis la vida a estos colegas míos. Si no hubiese sido por su ayuda, algunas personas hubieran sufrido el peor de los destinos posibles.

PERROS POLICÍA

Si existe una profesión canina conocida por el gran público gracias a su difusión en series y películas de ficción, es la de policía. Como denota el ejemplo de la conocida serie austriaca *Rex*, que en su primera versión nos deleitó con diez temporadas, además de darle continuidad al personaje en una película y otras tantas temporadas más tarde con una nueva serie italiana, austriaca y española.

Evidentemente, la magia del cine es casi ilimitada y las escenas son manipuladas en el mejor sentido de la palabra para mayor disfrute del espectador. Sin embargo, la realidad, aunque quizás no tan atractiva a primera vista, en este caso supera muchas veces la ficción.

Déjame, déjame a mí que lo explique, que de esto sé un rato. Los perros policía hemos desmantelado organizaciones criminales de tráfico de armas, droga, blanqueo de dinero... Y hasta lo hemos logrado con mafias dedicadas al tráfico de otros animales que los humanos llamáis exóticos. Con lo cual, les liberamos de la cosificación y de la reclusión a estos pobres que son capturados en su medio salvaje para que vosotros los «admiréis» tras unas rejas. No os entiendo, ¿cómo podéis hacer eso solo por capricho?

La imagen más típica de un agente de la autoridad de cuatro patas es la de un pastor alemán. Esta raza ha sido durante mucho tiempo la más utilizada por sus cualidades —resistencia, inteligencia, capacidad de toma de decisiones, etc.—, y aunque hoy sigue siendo numerosa entre los efectivos policiales de todo el mundo, es el pastor belga malinois el mayoritario por sus excelentes características físicas y por su equilibrio en su comportamiento.

Dependiendo de la sección o la brigada a la que pertenezca cada agente —hablamos de perros—, suelen ser más numerosos de unas razas u otras.

- Para funciones de orden público: bóxer, rottweiler, labrador retriever, dogo argentino, dóberman y schnauzer gigante.
- Para detección de drogas: springer, cocker spaniel, beagle y foxhound.
- Para el rastreo: bloodhound y perro de aguas español.

No solo sirve como indicador la raza, también cuenta la actitud y el carácter individual de cada perro, con lo que veremos a distintas razas realizando

diversas especialidades policiales.

El policía canino forma una pareja profesional con su compañero humano indivisible e indisoluble. El guía —humano— tendrá al agente de cuatro patas como socio durante toda la vida laboral de este.

Dado que por desgracia nuestro ciclo vital es por lo general bastante más corto que el vuestro, un policía humano puede tener en su carrera distintos compañeros perrunos. Espero que cuando yo no esté Pedro tenga otro tan majo como yo.

Cuando este tipo de perro se jubila, tienen la opción de poder hacerlo en el hogar de su compañero humano o ser adoptado por cualquier familia que lo solicite y reúna los requisitos pertinentes.

España cuenta con una asociación destinada a la gestión de estas adopciones llamada Héroes de 4 patas. En esta organización nacida en 2015 no solo se puede adoptar perros policía, también otros que se han dedicado igualmente al servicio público.

Imagino que ya sabrás quien soy, porque no han dejado de nombrarme durante todo el tiempo. Pero por si acaso, me presento: soy un golden retriever de nueve años y trabajo como perro guía con mi amigo y compañero Emilio.

Llevamos juntos más de ocho años, y nos conocimos en Rochester en el estado de Michigan, Estados Unidos. Por entonces yo era algo más travieso que ahora, pero igual de juguetón y según dicen igual de cariñoso.

Emilio no ha cambiado mucho tampoco, salvo que ahora tiene menos pelo en la cabeza, pero se sigue volviendo loco cuando los dos jugamos a quitarnos el Kong o la pelota. O cuando lo hacemos sin juguetes a mi juego preferido que es morder. No te asustes, que lo hago con mucho cuidado y cariño.

También me gusta esconderme por la casa para que él me busque, contengo durante unos segundos la respiración para que no me oiga, y cuando ya no puedo más jadeo y entonces Emilio intenta atraparme, pero yo salgo corriendo a la otra punta de la casa. Hasta que en una de estas, consigue cogermelo del pellejo o por el collar y es él quien gana. Después vienen las galletas, las caricias en el sofá y todo eso.

No pienses tampoco que aquí todo es jugar, también hay que trabajar. Acompaño a Emilio a casi todas partes. He estado en restaurantes, hospitales, centros de salud, centros culturales, librerías, bibliotecas, aviones, autobuses, taxis, trenes, teatros, universidades, colegios y a todos los sitios que te puedas imaginar que soléis frecuentar los humanos.

Guiar es divertido, ya que soy yo quien manda. Él me dice dónde tenemos que ir, pero yo elijo la ruta. Si se empeña en querer ir por otro lado, nada de nada, no le dejas. Clavo

mis cuatro patas en el suelo y hasta que no cede, ni me meneo. Después, cuando llegamos al destino, Emilio siempre se pone contento y me acaricia para darme las gracias. Ese momento es mágico y me siento genial.

La unión que tenemos entre nosotros es total. Cuando Emilio piensa en un sitio al que tiene que ir, no es necesario que hable, a través de una especie de ciencia infusa e inexplicable yo sé dónde quiere dirigirse y le llevo. Además, esta facultad casi telepática también ocurre al contrario. Por poner un ejemplo: a veces hemos estado en un sitio público donde no se debe hacer pipí, como un centro comercial, recepción de un hotel, etc., y si yo he tenido unas ganas repentinas de hacerlo, Emilio me lo ha notado y enseguida me busca un jardín o parterre donde pueda desahogarme. Sus amigos, familiares o acompañantes luego le preguntan que cómo lo sabía; él se encoje de hombros y dice:

—Lo sabemos todo el uno del otro porque ambos somos uno.

EPÍLOGO

LA VIDA CON UN PERRO ES MÁS FELIZ

Al tacto tiene el pelo más suave que jamás han tocado mis manos. Su cabeza la noto enorme al igual que el resto de su cuerpo. Es el golden retriever más grande y robusto que he podido tocar, pesa cuarenta y dos kilos y su alzada es de sesenta y dos centímetros. Sus rasgos faciales y craneales son agradables y redondos al tacto. Al acariciarlo percibo su fuerza exterior e interior. Tiene unos ojitos pequeños y rasgados que aprieta con fuerza para protegerse cuando mi mano pasa cerca de ellos. Las orejas caídas como las de todos los de su raza son la parte del cuerpo a mi juicio más suave; acariciarlas es sentir toda la candidez de su ser.

Ralentiza y profundiza la respiración como queriendo aprovechar al máximo cada sensación al sentirse acariciado, y si paro me da con una patita. «Oye, amigo, sigue que esto da mucho gustito», parece querer decir.

Qué contar sobre la sensación que tengo al henchirse su tórax con la respiración, con sus suspiros plenos de vida y contenido, llenos de amor. Qué contar de su húmeda y siempre fresca trufa, de sus bigotillos gráciles y coquetos, de su vigorosa cola que mueve dando mandobles de alegría a diestra y siniestra o de la humildad que desprende su patita cuando me la entrega con el único fin de complacerme.

Bueno, de complacerte sí, pero si hay una galleta después, mejor que mejor. Ya sabes lo que me gustan.

A veces Spock se tumba panza arriba relajado con las patas traseras abiertas y

las delanteras encogidas haciendo un gesto infantil y juguetón. Si lo hace en verano puedo pensar que es para refrigerarse mejor, pero también lo hace en los días de frío. Quizás es un acto estético-provocador, provocador evidentemente de ternura a terceros. Un mira, que estoy aquí, mira qué pinta de peluche mimoso tengo. Que acariciable que está mi panza peluda y qué digno de sufrir suaves cosquillas en el resto de mi cuerpo.

Hay una cosa en él que me encanta: cuando por trabajo o asuntos sociales he tenido que atender a mucha gente —entrevistas, promociones, reuniones, comidas, paseos familiares, etc.—, él ha estado conmigo y con mi entorno con toda normalidad, pero al llegar a casa me engancha de la pierna mordiéndome el pantalón o agarrándome con sus dos patas delanteras. Imagino lo que esto significa.

Pues aunque lo imagines, déjame a mí explicarlo, que entre todos pocas ocasiones he tenido de hablar, bueno de ladrar.

Después de una mañana, de una tarde o incluso de un día entero charlando con unos y con otros, de gente que va y de gente que viene, al llegar a casa o al hotel te quiero para mí solito. Que sí, que vale, que me has atendido muy bien y, además, todos han sido muy cariñosos conmigo, pero ahora te engancho y no te suelto.

En ese momento, venga yo cansado o no de la jornada, es de cumplida obligación que los dos disfrutemos de unos instantes de juego que suelen consistir en luchar ambos por acaparar el máximo tiempo posible su pelota maciza, revolcarnos en el suelo o jugar al escondite. De esta última cuestión hablaré a continuación, pues tiene lo suyo jugar a esto entre un ciego y un perro.

Hay un momento todos los días en el que Spock quiere jugar. Por las mañanas, cuando voy a prepararlo para su primera salida callejera, cojo su correa y arnés de la percha, y nada más hacer esto, echa a correr a la otra punta de la casa y se esconde. Sobra decir que a Spock —al igual que a todos los perros— le chifla salir a la calle y que esto es solo un reto convertido en juego.

Jajajá, y tú siempre llamándome. Spock, ¿Spock? ¿Dónde estás? ¿Spock? ¡Venga que llegamos tarde! Y yo agazapado en el hueco que deja el armario de tu habitación con la pared que, por cierto, cuando olvidas aquí un calcetín lo mordisqueo y saboreo mientras estás lejos, no vaya a ser que me descubras por el ruido.

Lo que hace en estos casos el muy canalla es aguantar la respiración cuando paso a su lado para que no le escuche. Sabe perfectamente que no puedo verlo. Al final, busco en aquellos rincones de la casa más propicios para el escondite, allá donde se metería un niño de cuatro años o un Spock.

Cuando me acerco irremediamente al lugar donde se encuentra escondido, estalla un poderoso jadeo y comienza un desmesurado movimiento de cola que golpea la madera del mueble o la pared. La sensación es de estallido de carcajada, similar a la de un niño pequeño aguantándose la risa hasta que ya no puede más y se desternilla.

Claro, es que llega un momento en que la respiración se me sale por mis peludas orejas. Los ciegos sabéis mucho, aunque no sé si tanto como nosotros.

Él es mi mejor amigo, mi compañero de trabajo, de hogar y de vida. Hace ocho años que nos conocemos, ya tiene nueve. Aún continúa siendo perro guía y tengo claro, clarísimo, que cuando se jubile seguirá a mi lado, y le proporcionaré todo lo que esté a mi alcance para garantizarle la mayor felicidad posible. Él, sin saberlo, ya lo hace a diario conmigo.

Vivir con Spock me ha cambiado la vida entera, ya lo he contado, pero cuando más lo noto es por las mañanas. Además del divertido juego del escondite que solemos hacer, despertarse con un ser tan magnífico es totalmente diferente a como lo era cuando él no estaba.

Si en el momento de despertarme continúa durmiendo, lo busco por la casa. En invierno suele estar en su camita o de modo furtivo en el sofá del salón. En verano, en el suelo del cuarto de baño o en cualquier otro lugar fresco.

Nada más localizarlo y aún tumbado, comienza a darme los buenos días en forma de contundentes coletazos rítmicos y sonoros golpeando el suelo. Yo le acaricio la cabecita y él me da con ternura y humildad una patita mientras me chupetea. En otras ocasiones es él quien sale a mi encuentro al escuchar cómo me levanto de la cama. En estos casos trae siempre un obsequio para regalarme que bien puede ser una zapatilla, el mando de la tele o un cojín.

En ambas ocasiones comenzar el día así es reconfortante, es alegría en esencia. Es una felicidad que no precisa motivo ni justificación alguna, pues es el estado natural de ellos, de los maravillosos animales instintivos, capaces de hacernos olvidar durante un momento la a veces asfixiante y aplastante razón.

A Spock y a mí nos gustan las mañanas. Las mañanas siempre nos traen cosas nuevas.

La vida con un perro es más feliz

Autor: Emilio Ortiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta, Planeta Arte & Diseño

© fotografía de la cubierta, Santos Roman

© Emilio Ortiz, 2018

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2018

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda/ Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9998-654-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!



EMILIO ORTIZ

*La vida con un
perro es más feliz*

